
DESPERTANDO
A LA
TENTACIÓN
Jamie Sobrato
elit

Portadilla

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos 8B
Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2004 Jamie Sobrato
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Despertando a la tentación, Elit nº 466 - agosto 2025
Título original: Some Kind of Sexy
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. N ombres, c aracteres, l u g ares, y situ aciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo, Bianca, Jazmín, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370008666

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Si te ha gustado este libro…

Prólogo

Julieta Empro se colocó el diario de su tía en el regazo, curiosa y a la vez asustada por descubrir los secretos que albergaba. Había estado guardándolo durante meses, esperando el momento adecuado para leerlo, aunque en el fondo sabía que nunca habría un momento adecuado. Era el diario de su único pariente, su amada tía Ophelia, quien la había educado desde que era una niña y que había fallecido cuatro meses atrás.

Necesitaba aferrarse a ese pedazo de Ophelia, y aquél era un momento tan bueno como cualquier otro. Sin embargo, al imaginarse leyendo el diario se sentía como una fisgona. Su tía le había mostrado un aspecto de su personalidad que a Juliet le había gustado, pero ¿y si el diario revelaba otros aspectos que sería mejor dejar escondidos?

Juliet no quería que la imagen de su modelo a seguir se enturbiara, pero quería volver a oír la voz de Ophelia, aunque sólo fuera impresa.

La brisa sacudió las hojas de los árboles, recordándole cómo se había sentado de niña en aquel mismo cenador bajo las parras y buganvillas, imaginando que los árboles del jardín le susurraban, que las hadas volaban entre las flores y que todos sus sueños eran posibles.

Abrió el diario y una hoja salió del mismo y cayó al suelo. Era un pequeño pedazo de pergamino amarillento. Se agachó para recogerlo, desdobló y leyó el encabezado escrito a máquina.

Principios de la Liga de Mujeres Indecentes.

Un aluvión de recuerdos cruzaron la mente de Juliet. La mansión de su tía había sido el centro del pensamiento libre en la sociedad conservadora de Nueva Orleans. Cualquier mujer que se sintiera atada por las restricciones sociales, que quisiera expresarse libremente o que se atreviera a desafiar los roles impuestos era bienvenida en la Liga de Mujeres Indecentes, y Juliet lo había presenciado todo a través de sus ojos de niña.

Sentada en las rodillas de algunas de las pensadoras progresistas que habían labrado el futuro de las mujeres en América, había oído muchos de los debates intelectuales, de las discusiones sobre libertad sexual de las mujeres y de las lecturas de poesía que se alargaban hasta bien entrada la madrugada. Y por eso había crecido pensando que las tendencias vanguardistas eran algo normal.

Mientras leía los principios, se sorprendió de lo bien que podrían seguir aplicándose en la actualidad. La tía Ophelia y sus amigas se habían adelantado a su tiempo, y todas las cosas que habían intentado hacer parecían de lo más revolucionarias, incluso desde la perspectiva moderna de Juliet.

Volvió a leer la lista, y luego dobló cuidadosamente el papel y lo metió en el diario. Estaba demasiado nerviosa para seguir leyendo. Se sentía enérgica y excitada, no muy segura de lo que hacer con aquellos principios, pero completamente segura de que necesitaba hacer algo. Y su instinto le decía que iba a ser algo grande.

Algo revolucionario. Escandaloso. Indecente.

Capítulo 1

Principio número 1:
Una mujer indecente sabe que el descaro es una virtud.

—He sido una chica muy, muy mala.

Juliet sonrió con el teléfono pegado a la oreja, aliviada al oír la voz de su mejor amiga después de dos semanas.

—Supongo que Cancún nunca volverá a ser lo mismo.

—En realidad, te sorprendería lo poco que fui de juerga —dijo Rebecca Wilson con una carcajada—. Me pasé casi todas las vacaciones en la suite de un hotel.

—Ah, así que conociste a un chico muy, muy malo con el que quemar tus energías.

—No un chico malo cualquiera —dijo Rebecca, con un tono tan cargado de significado, que Juliet sintió que se le revolvía el estómago por alguna razón inexplicable.

—Te escucho.

—¿Estás sentada?

—Sí —recostada en el sillón de su despacho con los pies sobre la mesa, para ser exactos.

—¡Voy a casarme!

Juliet soltó un suspiro de alivio. Era una de las absurdas bromas de Rebecca, aunque no tuviese la menor gracia. La idea de que la salvaje, alocada y feliz soltera Rebecca se comprometiese era tan creíble como que Juliet ingresara en un convento de clausura.

—Oh, eso es genial, porque tengo a Brad Pitt encerrado en mi sótano. Podemos celebrar una boda doble si lo obligo a divorciarse de Angelina.

Hubo un silencio sepulcral al otro lado de la línea.

—Juliet, estoy hablando en serio —dijo Rebecca—. He conocido a un hombre en México. Vive en San Diego, y vamos a casarnos.

Oh.

—Vaya, esto es tan… tan… repentino —dijo Juliet, consciente de que parecía más una madre preocupada que una amiga comprensiva —. ¿Estás segura?

—¡Pues claro que sí! Espera a conocerlo… Es un hombre sencillamente increíble.

Juliet nunca había oído hablar a Rebecca con un tono tan soñador. No sabía ni cómo responder.

—Guau —fue todo lo que pudo murmurar.

—No debería estar contándote esto por teléfono, pero quería compartirlo contigo enseguida, y sé lo ocupada que estás.

—No pasa nada —Juliet se obligó a sonreír—. Nos veremos pronto para celebrarlo.

—Por supuesto. Pero tengo que pedirte una cosa ahora… ¿Serás mi dama de honor?

Juliet puso una mueca, aun sabiendo que debería sentirte conmovida por la propuesta.

—Desde luego.

—¡Genial! Ya estoy pensando cómo quiero que sean los vestidos y…

Rebecca siguió parloteando, pero Juliet apenas oía sus palabras. El revuelo en el estómago se había transformado en náuseas, y no sabía por qué. Debería alegrarse de que su mejor amiga fuera a casarse. Ella no tenía nada en contra del matrimonio. Lo veía como la perfecta expresión del amor entre un hombre y una mujer.

Lo que no le gustaba nada era que sus compañeras de juergas fueran disminuyendo lentamente gracias al matrimonio y a los hijos.

Y ahora le tocaba el turno a Rebecca.

Si no tenía cuidado, se encontraría saliendo con los pobres solitarios de las discotecas: hombres y mujeres de edad avanzada

que deambulaban sin descanso por los locales nocturnos con la esperanza de pasar un buen rato.

Oh, no… ¿A quién trataba de engañar? Si no tenía cuidado, ella misma acabaría siendo una de aquellas almas lastimosas cuya existencia se reducía a lucir la última moda consumiendo un cóctel tras otro.

Nunca había esperado ser la última chica del grupo que permaneciera soltera. Pero allí estaba, obligada a aceptar la buena noticia de su mejor amiga.

—Jule, ¿sigues ahí?

Juliet se ajustó el teléfono y tragó saliva. De acuerdo, se suponía que tenía que parecer alegre y soltar exclamaciones de entusiasmo.

—Sí, sólo estoy un poco perpleja.

—Me encantaría que me ayudaras con los preparativos de la boda.

—Por supuesto. A mí también me encantaría ayudarte —le encantaba tanto como que su perro se escapara cuando ella tenía doce años.

—Quiero que sea un día inolvidable. Con la mejor comida, la mejor música y el mejor ambiente, y no conozco a nadie mejor que tú para organizarlo.

Juliet puso otra mueca, lo que la hizo sentirse culpable. Se obligó a sonreír otra vez.

—Este fin de semana lo tengo ocupado. ¿Por qué no quedamos para comer antes de la fiesta de Audrey y discutimos los detalles?

Audrey era la primera compañera de juergas que había sucumbido al encanto del matrimonio y los hijos. Y ahora iba a montar una fiesta para celebrar el nacimiento de su primer hijo.

—¿Pasa algo? Pareces un poco preocupada —observó Rebecca.

—No, no, estoy encantada. Es sólo que acabo de recibir un montón de facturas de la propiedad de mi tía —eso al menos era cierto.

—Oh, cariño, lo siento. Ya es bastante duro haberla perdido como para encima tener que ocuparte tú sola de los trámites legales.

—Me las arreglaré —dijo Juliet. Hasta el momento lo había conseguido, pero si las facturas seguían amontonándose, iba a empezar a albergar sentimientos asesinos hacia al cartero.

—Entonces, ¿quedamos el próximo sábado al mediodía?

—¿En Ruby Q's?

—Estupendo.

Juliet colgó y enterró la cara en las manos. Su círculo de amistades había quedado reducido a ella sola. Sus amigas, en quienes había confiado y considerado como de su propia familia, pues no le quedaba ningún pariente vivo, se habían ido casando una por una, con el consiguiente e inevitable alejamiento. Y también iba a perder a Rebecca.

¿Con quién iba a salir a partir de entonces? ¿Quién le diría que su vestido era demasiado corto o que sus zapatos no combinaban con el conjunto? ¿Quién la ayudaría a librarse de los desgraciados incapaces de comprender que no estaba interesada?

Juliet se había pasado los últimos años saliendo de compras y divirtiéndose con sus amigas, y una parte de ella había creído ingenuamente que aquella etapa nunca acabaría, convencida de que al menos algunas de sus amigas, como ella, no querían comprometerse en un futuro cercano. Sin embargo, parecía destinada a salir sola los sábados por la noche, tomar a solas el tradicional almuerzo de los domingos y acudir sin pareja cuando una de sus amigas casadas la invitase a cenar.

Con un profundo y purificador suspiro, se juró que abandonaría la autocompasión y devolvió la atención a las facturas que acababan de llegar. La tía Ophelia había fallecido hacía cuatro meses, pero su extraña obsesión por comprar trastos por correo seguía viva.

Juliet estaba a punto de firmar un cheque de doscientos dólares por un exprimidor cuando llamaron a la puerta. Alzó la mirada y se encontró con un metro ochenta de puro músculo enfundado en cuero negro, de pie frente al escritorio. Lo reconoció inmediatamente como Max Matheson, el mayor de los tres hermanos que la habían contratado la semana anterior para preparar una fiesta sorpresa de cumpleaños para el hermano menor, de treinta años.

—Hola, Max.

—Hola —le dedicó una encantadora sonrisa a Juliet, quien sintió una punzada de decepción al ver el anillo de boda que llevaba—.

Sólo me he pasado para dejar el material que pediste. Siento haber llegado un poco tarde.

Bastante tarde, teniendo en cuenta que la fiesta era para el día siguiente por la noche, y ella aún tenía que escanear las fotos y preparar los adornos.

Pero Juliet había aprendido tiempo atrás que el cliente tenía siempre la razón, incluso cuando estaba equivocado, de modo que le devolvió la sonrisa.

—No pasa nada. Acabo de confirmar el espectáculo. En cuanto acabe con estas fotos, todo estará listo para mañana.

Max no necesitaba saber que el espectáculo había sido cancelado por gripe. Juliet no creía que hubiera que preocupar al cliente.

—A Cole va a encantarle. Gracias por todo —le dijo Max, y desapareció por la puerta de Any Ocassion.

Fuera, el tráfico de media tarde era escaso, y las aceras estaban atestadas de compradores y turistas. Unos pocos se detenían a mirar el escaparate del negocio, anunciando preparativos y organización de fiestas, pero la mayoría pasaba de largo. Juliet necesitaba encontrar un emplazamiento mejor, pero eso era difícil en Nueva Orleans, y aunque Any Ocassion le proporcionaba buenos ingresos, no ganaba lo suficiente para pagar el alquiler de los sitios que más le gustaban.

Frunció el ceño mientras abría la bolsa que había dejado Max y sacaba un montón de fotos, recortes de periódico y un anuario.

La primera de las fotos la dejó sin aire. Mostraba a un increíble espécimen masculino de pelo castaño y ondulado, sentado a una mesa de picnic, sosteniendo una cerveza mientras se reía. Era Cole Matheson, el chico del cumpleaños.

Cielos…

Sus ojos azules irradiaban calor y sensualidad, y su mandíbula, oscurecida por una barba incipiente, parecía suplicar por el tacto de una mujer.

Juliet empezó a hojear las fotos. Cole en el instituto, Cole en la universidad, Cole con sus hermanos… El hermano pequeño de los Matheson era el hombre más atractivo que había visto en mucho tiempo.

Se retorció en el sillón mientras admiraba una foto en la que estaba saliendo de una piscina, con el pelo echado hacia atrás y su piel bronceada reluciendo al sol.

Una noche salvaje con un hombre así era justo lo que necesitaba para olvidarse de sus problemas y de la decepción que le había provocado el compromiso de Rebecca.

Intentó recordar si en alguna conversación con los hermanos de Cole éstos le habían mencionado si estaba libre o no. Habían mencionado que era un soltero empedernido, ávido de diversión… Y también habían hablado de invitar a sus amigas solteras.

Seguramente pudiera flirtear un poco durante la fiesta y ver qué pasaba… A lo mejor acababa liándose con el sexy cumpleañero.

Se obligó a concentrarse en el trabajo. Buscó en la lista de direcciones del ordenador y encontró el número de Risky Business, un negocio especializado en bailarinas exóticas. Los hermanos Matheson habían sido muy específicos al respecto. Nada mejor para levantar los ánimos en una fiesta que una mujer desnudándose.

Ella misma había subido los ánimos en alguna que otra fiesta al quitarse una prenda o dos. Siempre había tenido la fantasía secreta de interpretar un striptease para un hombre que lo mereciera, tal vez incluso con público, y estaba empezando a marcar el número de Risky Business cuando una maliciosa idea se le pasó por la cabeza.

Tal vez no necesitara sus servicios después de todo…

No, no podía hacerlo.

¿O sí?

Miró la foto de Cole y una instantánea sensación de calor se le formó entre las piernas. Si su vida necesitaba un cambio, nada mejor que hacerse pasar por una stripper.

Cole Matheson odiaba las fiestas. Odiaba las multitudes, la alegría fingida, las conversaciones superficiales y a gritos por culpa de la música que atronaba por los altavoces.

Pero aquélla, sin embargo, era una fiesta en la que al menos debía intentar disfrutar. Sus hermanos se la habían preparado para celebrar su trigésimo cumpleaños, y sabía que lo hacían con buena

intención. Así que apuró su tercera copa de Wild Turkey y sonrió como si se estuviera divirtiendo.

Gracias al efecto del whisky, en unos minutos ya no tendría que seguir fingiendo. Normalmente no bebía, pero ésa era una circunstancia especial.

Después de todo, cumplía treinta años, aunque su vida no se había desarrollado exactamente como él pensaba. Siempre se había imaginado que a los treinta tendría una relación estable, que a los cuarenta estaría jugando al béisbol con sus hijos, que…

—Eh, hermanito, creo que he visto a Jeannie Monroe hace un momento —le dijo Paul dándole una palmada en la espalda—. ¿Quieres que vaya a buscarla?

Jeannie era una antigua novia que había roto la relación al irse fuera para estudiar, y Cole tenía el incómodo presentimiento de que aquella fiesta era una maniobra de sus hermanos, o más bien de sus cuñadas, para emparejarlo otra vez con ella. Pero si era así, estaban perdiendo el tiempo.

Tras recibir su mirada de advertencia, su hermano decidió cambiar de tema.

—Tenemos una sorpresa para ti.

—Casi me da miedo preguntar.

—No te molestes, porque no pienso darte ninguna pista. Sólo te digo que te va a encantar.

Cole le lanzó una mirada que pretendía ser irónica, pero el alcohol le nublaba la cabeza y no estaba seguro de poder controlar sus músculos faciales.

Su hermano se marchó, y entonces una preciosa rubia cuyo nombre no lograba recordar se sentó a su lado. Estaba casi seguro de que era una amiga de su cuñada Delia. Bajó la mirada hasta su minifalda y sus bien contorneadas piernas, pero aquello no le refrescó la memoria.

—¿No te parece genial que tus hermanos te hayan preparado esta fiesta?

—Sí, genial.

—Delia me ha dicho que eres un psicólogo orgánico.

Él era psicólogo organizacional, no orgánico. Normalmente la hubiera corregido, pero aquella noche se sentía como un lerdo.

—Sí, bueno, cultivo verduras ecológicas y luego las ayudo a superar sus problemas emocionales —respondió con expresión muy seria.

La mujer pareció reflexionar sobre el asunto.

—Vaya, ¿y quién te paga por hacer… eso?

—La industria alimenticia orgánica, por supuesto. Si me disculpas, tengo que encontrar a una persona —si seguía manteniendo una conversación así, iba a ser una noche muy larga.

Atravesó la suite del hotel y salió al balcón, donde su cuñada estaba contemplando una noche inusualmente despejada en Nueva Orleans. Cole alzó la mirada también, pero su sentido del equilibrio estaba un poco afectado por el whisky. Se tambaleó hacia un lado y apoyó una mano en la barandilla.

—Espero que no pretendas que me enamore de una de tus amigas.

Delia se volvió y sonrió.

—Pues claro que no. Lo que de verdad me gustaría es poder atiborrarme de tarta de chocolate sin tener que ir mañana al gimnasio a quemar calorías.

—¿Te importaría dejar de ser una casamentera, o es mucho pedir?

—Yo no he mandado a Cammie. Fue ella la que quería hablar contigo.

—Cree que soy un psicólogo orgánico que aconseja a las verduras.

—Bueno, puede que no sea muy lista, pero es preciosa.

Cole la miró con una ceja enarcada.

—De acuerdo —accedió Delia con un suspiro—. Intentaré no mandarte a nadie más.

—Gracias. Y recuérdalo: no me hace falta ayuda para mi vida amorosa.

Delia le echó una mirada escéptica, pero no dijo nada.

Diez minutos después, Cole se había tomado otra copa, y estaba empezando a disfrutar de la música cuando alguien la apagó.

Levantó la mirada y vio a su hermano Max en lo alto de la barra. Todo el mundo se quedó en silencio, impaciente por oír lo que tenía

que decir.

—Todos sabemos por qué estamos aquí esta noche, ¿verdad?

Un «sí» colectivo se elevó desde la multitud, y Max esperó a que volviera a hacerse el silencio para seguir hablando.

—Eso es. ¡Nuestro hermanito cumple treinta años!

Cole había aceptado que nunca podría quitarse el apodo de «hermanito», pero eso no significaba que tuviera que gustarle. Se había doctorado en Psicología a la edad en la que casi todos empezaban la universidad, había corrido la maratón de Boston, había escalado el monte McKinley y había ganado a sus tres hermanos en innumerables partidas de póquer. Pero nada de eso parecía importarles.

Para Paul, Jake y Max, era el mismo chaval que durante años había intentado emular sus hazañas y unirse a sus juegos. Nuca lo verían como a un adulto, ni siquiera cuando fuera viejo y canoso.

—Tengo que admitir que últimamente estoy un poco preocupado por Cole —siguió Max—. Ha elegido seguir soltero por voluntad propia, pero no parece que esté disfrutando tanto como debería, si sabéis a lo que me refiero.

—¡Sí! —gritaron unas cuantas personas con más copas en el cuerpo que Cole.

Cole intentó no poner una mueca de exasperación. Sus hermanos, todos casados, siempre estaban comentando que debería perseguir a toda mujer que viera, pero en realidad no era ése su estilo. Le gustaba conocer a fondo a una mujer y desarrollar una verdadera relación con ella, pero aún no había encontrado a la adecuada.

Y luego estaban las esposas de sus hermanos, a quienes quería de corazón pero que compartían una irritante y peligrosa afición casamentera. Seguro que ellas tenían la culpa de que Jeannie Monroe y otras amigas solteras estuvieran presentes aquella noche.

—Para nuestro hermanito no hay más que trabajo y trabajo y nada de diversión, pero esperamos poder cambiar eso esta noche. Por eso, amigos, os propongo un brindis —Max levantó su cerveza, justo cuando se oyeron unos golpes en la puerta—. Oh, oh, ¿quién puede ser?

Cole tenía el presentimiento de que, fuera lo que fuera lo que sus hermanos estaban tramando, no iba a gustarle.

Su hermano Paul abrió la puerta, y en aquel momento la música empezó a sonar por los altavoces, unos sensuales compases de bajo que llamaban al baile.

—Parece que tenemos una invitada.

Cole echó un vistazo a la «invitada». Una mujer ataviada con lo que parecía un disfraz femenino del Zorro entró en la suite y la música volvió a apagarse. Avanzó hasta el centro de la habitación, donde la multitud había formado un círculo, levantó el látigo y lo hizo chasquear en el aire. Los hombres silbaron y aullaron. La mujer miró lentamente a su alrededor y su mirada se posó en Cole. Y entonces él supo que no era sólo una invitada excéntricamente vestida.

Su largo pelo castaño le caía por los hombros como una cortina de seda, y su cara estaba semioculta por un antifaz negro. Sólo podían verse sus ojos, que eran grandes y marrones, y su boca, de labios rojos y carnosos.

Llevaba un sombrero negro, una capa negra y un vestido ceñido de cuero negro totalmente inapropiado para montar a caballo. Sus botas de tacón alto acentuaban unas piernas largas y esbeltas propias de una modelo. Cole acababa de fijarse en cómo sus pezones se marcaban contra la tela cuando la música volvió a sonar y la mujer empezó a bailar.

Entonces le quedó claro que sus hermanos habían contratado a una stripper. Y si no hubiera estado tan fascinado por el contoneo de sus caderas, tal vez se habría enfadado un poco. No era que no le gustase ver a una mujer hermosa desnudándose, pero prefería verlo en la intimidad y no delante de cincuenta personas.

Sintió cómo la temperatura de su cuerpo se elevaba mientras ella bailaba provocativamente a su alrededor, girando las caderas al ritmo de la música. Estaba lo bastante cerca para tocarlo pero ni siquiera lo rozó. Entonces arrastró una silla y le hizo un gesto para que se sentara.

Cole obedeció sin pensárselo. Incluso bajo los efectos del alcohol sabía que aquél iba a ser el mejor espectáculo de su vida.

Ella se giró, haciendo que la capa ondulara sobre su cabeza, y arrojó el sombrero a la multitud. Con las piernas separadas, siguió hipnotizando a Cole con sus insinuantes y provocativos movimientos. A pesar de estar medio embobado, Cole pudo imaginar lo que le habría encantado hacer con la sensual bailarina. Le enseñaría unos cuantos usos exóticos para aquel látigo, entre otras cosas…

Fue vagamente consciente de que se quitaba la capa y la arrojaba a un lado, pero su atención fue espoleada cuando la mujer empezó a quitarse el vestido, desabrochándose muy lentamente la cremallera frontal mientras apoyaba un pie en la silla, entre las piernas de Cole. Se deslizó el traje por los hombros y lo dejó caer al suelo, pero Cole no vio dónde aterrizó. Estaba demasiado fascinado por la visión de sus pechos, redondos y perfectos, enfundados en un sujetador negro de cuero.

Mientras ella se movía al son de la música, Cole bajó la mirada por su vientre liso, por la curva de sus caderas y el minúsculo trozo de cuero negro que escondía sus tesoros.

El cuerpo de la mujer, el calor que irradiaba, el olor a algodón dulce… De repente sintió el impulso de llevársela de allí y ayudarla a acabar el striptease. ¿Sabría tan bien como olía? ¿Sería su piel tan suave como parecía? ¿Serían sus movimientos en la cama tan sensuales como los que realizaba delante de toda aquella gente?

Dejó de hacerse preguntas, y de pensar con coherencia, cuando ella le rodeó los hombros con el látigo y le sonrió maliciosamente, justo antes de acabar el striptease con un movimiento final que la dejó sobre su regazo y con los pechos a escasos centímetros de su cara.

En cualquier otra ocasión, tal vez se habría sentido incómodo porque la mitad de sus conocidos lo vieran en una postura tan comprometedora con una desconocida, pero aquella noche se sentía muy bien.

Tuvo el vago recuerdo de Max invitando a la stripper a que se quedara en la fiesta y de haberse puesto él mismo la capa negra y haber bailado con ella delante de todos. El alcohol debía de haberle afectado bastante, porque los recuerdos eran muy borrosos.

Empezaba a despejarse un poco cuando miró su reloj un poco después de la una de la madrugada, sorprendido de lo tarde que era. La stripper estaba a su lado en un taburete junto a la barra, vestida otra vez con su traje de cuero. Era como si su modelo favorita de Victoria's Secret se hubiera encarnado ante sus ojos… salvo que aún llevaba la máscara del Zorro.

Estaba convencido de haberle preguntado por qué no se había quitado el antifaz, pero no se acordaba de ninguna respuesta.

A juzgar por lo que podía ver de su rostro, aquella mujer debía de ser toda una belleza. Su pelo, que le llegaba a la mitad de la espalda, tenía una espesura y textura sedosa que le recordaba a las mujeres de los anuncios de champú, y su tez aceitunada indicaba unas posibles raíces criollas o hispanas.

Seguramente le había dicho su nombre, pero estaba demasiado avergonzado para confesarle que lo había olvidado.

—Tus hermanos son un poco alocados, ¿no? —le preguntó ella mientras veía cómo Jake bebía cerveza de una copa del sujetador que su esposa Nelly se había quitado sin desprenderse de la camisa.

—La gente dice que yo soy el más soso.

Ella lo miró con interés.

—No pareciste muy soso en la pista de baile hace un rato.

Cole intentó recordar lo que había hecho, sin éxito. Se limitó a encogerse de hombros.

—Se me da muy bien ponerme en ridículo.

—Bueno, al menos conseguiste que esa tal Jeannie te dejara en paz.

¿Eso había conseguido? Ni siquiera recordaba haber hablado con Jeannie Monroe.

—Tal vez deberíamos ir a algún sitio donde podamos hablar mejor.

—¿No te gusta la fiesta? —le preguntó ella.

—Ha sido divertida, pero ya he tenido bastante.

—Es sólo la una. La noche es joven —le dedicó una sonrisa embriagadora.

Cole pensó que, ciertamente, para una stripper la noche acababa de empezar. Ella se inclinó para ajustarse una bota, ofreciéndole una

privilegiada vista de su escote. De repente, sintió ganas de quedarse en la fiesta hasta el amanecer si ella se lo pedía.

Aunque la verdad era que tenía otras ideas en mente. Unos pensamientos que no debería tener con una mujer a la que apenas conocía. Pero se moría de deseo por ella, y habiendo perdido todas sus inhibiciones, no podía pensar más que en llevársela a la cama y explorar cada palmo de su exuberante cuerpo.

El antifaz, el traje ceñido, las botas… Sus pensamientos eran un revoltijo de eróticas imágenes de cuero negro. Nunca había tenido la fantasía de hacerle el amor a una mujer con el rostro oculto, pero en aquellos momentos le obsesionaba la idea… igual que le obsesionaba la necesidad de verle la cara. Y puesto que la segunda opción parecía la más segura, se lanzó a intentarlo.

—No tienes por qué seguir llevando el antifaz —le dijo.

Una maliciosa sonrisa curvó los tentadores labios de la stripper.

—¿No te gustaría preguntarte mañana «quién sería aquella mujer enmascarada»?

—Siempre quise que el Zorro se quitara la máscara —respondió él.

—Apuesto a que eres la clase de persona que quiere saber cómo se hacen los trucos de magia…

—Igual que todo el mundo, supongo.

—La máscara se queda en su sitio. No quiero echar a perder mi aura de misterio —dijo con un ligero toque de sarcasmo, haciéndole sospechar que había más que un cuerpo despampanante y un bonito rostro.

Cole estaba más intrigado que nunca y desesperado por besarla. Pero ¿se atrevería?

Miró a su alrededor para ver cuánto público tenía, y por primera vez se dio cuenta de que la concurrencia había disminuido. Los últimos rezagados parecían haber bebido demasiado y no estar en condiciones para marcharse. Estaba claro por qué sus hermanos habían alquilado una suite de hotel en vez de celebrar la fiesta en el restaurante de Max.

—Parece que la fiesta se va apagando. ¿Te apetece ir a tomar un café?

Ella soltó un suspiro.

—Debería irme a trabajar.

Hizo ademán de bajarse del taburete, pero Cole la detuvo con una mano en el muslo.

—No me digas que tienes otro trabajo para esta noche.

La idea de perderla de vista bastaba para arruinarle el cumpleaños. Al diablo con el café… Tenía que hacer algo para mantenerla allí.

—Tengo que ayudar a… —empezó a decir ella, pero él cedió al impulso e interrumpió su explicación con un beso.

Si había una buena razón para superar las inhibiciones con alcohol, lo era el modo de besar que tenía aquella mujer. En otras circunstancias, Cole no la habría besado tan rápidamente, pero aquella vez estaba más que contento por haberlo hecho. Apenas pudo reprimir un gemido de placer cuando ella le rodeó el cuello con el brazo y se lanzó a un frenético baile de lenguas.

Algunos detalles de la fiesta podían haberse desvanecido de su memoria, pero el tacto de aquellos labios, su sabor, el arrojo de aquella lengua descarada… eran unos detalles imposibles de olvidar.

La deseaba tanto, que apenas podía respirar. Quería tocarla, explorarla, saborearla… Quería que sus cuerpos se entrelazaran hasta la mañana siguiente.

Ella interrumpió el beso y le pasó la lengua por la mandíbula, hasta la oreja.

—Tienes reservada una habitación en el hotel para esta noche, ¿verdad?

Habiendo perdido la facultad del habla, Cole consiguió asentir.

—Pues vayámonos.

Capítulo 2

Principio número 2:

Una mujer indecente disfruta de su sensualidad, no la esconde ni se avergüenza de ella, y la usa como arma sólo cuando es necesario.

Juliet no solía buscar aventuras de una sola noche, pero unas circunstancias difíciles exigían medidas extremas. Y Cole era exactamente el tipo de hombre que necesitaba para una aventura libre de compromisos.

Era incluso más sexy en persona que en las fotos, y ofrecerle un striptease había sido más excitante de lo que pensaba. Además, era obvio que a él también le había gustado.

—Ésta es mi habitación —dijo él, deteniéndose frente a la habitación 207 y sacando la tarjeta. Levantó la mirada para verificar que el número de la puerta era el correcto. Fue lo primero que le hizo sospechar a Juliet que había bebido más de la cuenta.

—¿Cuánto has bebido esta noche?

Él esbozó una sonrisa arrebatadoramente sexy.

—Un poco. Pero no lo bastante como para nublarme el juicio en esto —dijo, asintiendo hacia la puerta.

«Esto». Pasar la noche con ella. Juliet sintió cosquillas en el estómago. Tenía al cumpleañero justo donde lo quería, y estaba a punto de pasar una inolvidable noche en sus brazos. Eso era lo que deseaba, ¿no?

Sí, definitivamente sí. Necesitaba un revulsivo en su vida, algo que le recordara que aún era joven, soltera y despreocupada. Normalmente, con los hombres era más cuidadosa de lo que estaba siendo aquella noche. Había demasiados canallas como para correr un riesgo semejante… Aunque conocía a Cole lo bastante a través de las fotos y objetos personales para confiar en él.

Tampoco cedía ante cualquiera. Tenía sus criterios, y sabía que el ambiente en el que se movía estaba lleno de indeseables. Por tanto, era normal sentirse un poco nerviosa por lo que estaba a punto de hacer. Pero necesitaba hacerlo. Lo necesitaba a él. Allí mismo. Ya.

También tenía una serie de reglas para disfrutar de una aventura sin compromisos, y aquella noche estaba rompiendo la más importante: no acostarse con un hombre hasta no conocer su historial sexual y estado mental. Pero Cole parecía tan seguro y digno de confianza, que si había una ocasión para romper las reglas era aquélla.

La pasión la abrasó cuando él la abrazó y la besó con ímpetu y efusión. Su intención había sido quitarse la máscara cuando no estuvieran los hermanos de Cole, a quienes tendría que explicar por qué su organizadora de fiestas y no una stripper profesional había hecho el striptease. Pero, en aquel momento, la idea de hacer el amor con un hombre que no pudiera verle el rostro le parecía muy excitante.

—¿Qué te parece si me dejo puesta la máscara? —le susurró.

—Quiero verte —respondió él, haciéndole cosquillas en el cuello con su aliento. Le tomó el lóbulo de la oreja con la boca y sorbió suavemente hasta ponerle la carne de gallina.

—¿No te parece excitante el misterio? —preguntó ella, reprimiendo un estremecimiento.

Él la miró a los ojos y esbozó una media sonrisa.

—Sí, lo es. Puedes dejártela por ahora. Pero al final querré verte.

Por supuesto que la vería, pensó Juliet. Vería cada palmo de su cuerpo. Pero la idea de acostarse con él sin desvelar su rostro le gustaba. Tal vez se escabullera de la habitación antes del amanecer, dejando que se preguntara sobre su identidad. O tal vez no. En cualquier caso, le encantaba poder elegir.

Una vez dentro de la habitación, Cole encendió una lámpara y Juliet se acercó por detrás y le deslizó las manos por la espalda.

Su cuerpo era sólido y cálido, y los músculos de la espalda se tensaban al tacto. Le pasó las manos alrededor del torso y descendió por la barriga hasta su cinturón. No tenía sentido perder el tiempo, así que lo desabrochó enseguida.

Él echó la cabeza hacia atrás mientras ella le bajaba la cremallera y metía las manos en sus calzoncillos. Estaba duro y tirante. Juliet tomó el extremo y lo masajeó suavemente. Luego, deslizó los dedos por su longitud.

A Cole se le entrecortó la respiración y bajó una mano para detenerla. Se volvió hacia ella y, levantándola por la cintura, la dejó en la cama y se colocó encima como un depredador sobre su presa.

Juliet emitió un gemido ronco. Cole era la clase de amante que más le gustaba… Apasionado y con iniciativa. Y cuando la aprisionó contra la cama y empezó a devorarla con avidez, ella lo rodeó con brazos y piernas y se aferró a él como si fuera un salvavidas.

Él se retiró y la besó suavemente una vez más.

—¿Estás segura de que quieres estar aquí?

Ella sonrió, pensando que no había otro sitio en el que prefiriera estar, y le frotó el muslo con el pie.

—¿No doy la impresión de estar segura?

—Mmm… —le acarició la barbilla con el pulgar y se inclinó para besarla en la clavícula.

—Tengo protección, si es eso lo que te preocupa —dijo ella.

Él le lamió el labio inferior y la presionó con sus caderas.

—¿Parezco preocupado?

No, definitivamente no.

Juliet suspiró y acabó la conversación con un beso. Un beso largo e intenso que le hizo olvidar la sensación de malestar que llevaba sufriendo desde la llamada de Rebecca. Y cuando la mano de Cole se deslizó bajó el vestido y encontró su pezón, todas las preocupaciones que había tenido al principio desaparecieron.

Todo era perfecto en su mundo particular. Aquélla era la liberación salvaje y desinhibida que estaba buscando. Aquel hombre era lo que necesitaba por una noche. Al día siguiente, se levantaría de la cama

como una mujer nueva, con sus energías recargadas y su seguridad reafirmada. Y Cole entendería que se fuera, feliz de que no hubiera ningún compromiso.

Cuando él le lamió el cuello y tiró del vestido hacia abajo para tomarle un pecho con la boca, Juliet arqueó la espalda y emitió una especie de ronroneo. Momentos después, Cole le había bajado la cremallera y ella se estaba desprendiendo de las braguitas. Él le desabrochó el sujetador, le acarició los pechos y volvió a saborearlos uno por uno.

Juliet estiró los brazos sobre la cabeza, cerró los ojos y apretó las caderas contra él. Le encantaba la emoción despreocupada, la noche de infinitas posibilidades, las prisas de la excitación… Cuando Cole deslizó la mano hasta el pubis y le introdujo un dedo, se sintió aliviada de saber que su fiesta privada no había acabado.

—Te deseo —le susurró él, ahondando más en su penetración—. Ahora.

—Ya me tienes —respondió ella, justo antes de que un segundo dedo la penetrara.

A continuación siguió un tercer dedo. Juliet cerró los ojos para deleitarse con el placer, hasta que no pudo aguantarlo más y se retorció para apartarlo.

Cole se irguió y se quitó los zapatos. Juliet lo ayudó a hacer lo mismo con los vaqueros, la ropa interior y por último la camisa. Cuando estuvo arrodillado y desnudo sobre la cama, ella se sentó sobre sus talones para admirarlo.

Su cuerpo merecería aparecer en el desplegable de una revista, tan perfectamente proporcionado y esculpido, pero Juliet apenas podía apartar la vista de su rostro. No podía explicar la extraña conexión que los unía en aquel momento. Se sentía atada a él, como si fuera su alma gemela; pero entonces se recordó que no era más que una aventura pasajera y el momento pasó.

Estaba allí para divertirse, nada más.

Así que agarró el látigo de los pies de la cama y lo pasó alrededor del cuello de Cole para tirar de él hacia ella.

Él sonrió ante aquella apremiante falta de sutileza y se puso encima, abrasándola con su piel ardiente.

—Tu striptease fue increíble —le dijo mientras le quitaba el látigo y lo arrojaba a un lado—. Te mueves muy bien.

—Me alegro de que te gustara —susurró Juliet antes de hacerlo callar con otro beso—. Y sé hacer otras cosas bien.

No quería hablar de su profesión más de lo necesario. Cuanto menos supiera Cole, mayor sería la emoción.

Él se retiró momentáneamente y volvió con un preservativo. Ella se lo quitó y, después de hacerlo tumbarse de espaldas, rasgó el envoltorio, se colocó el preservativo entre los labios y llevó la boca al extremo del pene. Empezó a extender la funda a lo largo del miembro, pero antes de que pudiera hacer nada más, él volvió a tumbarla de espaldas y reclamó su posición encima de ella.

—Eso ha sido un buen truco —susurró.

—Conozco trucos aún mejores —dijo ella, pero entonces él movió las caderas y la dejó sin aire.

La penetró lentamente, sin apartar su intensa mirada. Juliet cerró los ojos y saboreó la sensación de ser invadida y explorada. Pero no quería movimientos lentos y sensuales… Quería arder de frenética pasión.

—No quiero hacer el amor —dijo—. Quiero sexo. Sexo ardiente y sin tapujos.

Él no dijo nada, pero el deseo que ardía en sus ojos expresaba lo que ella quería oír.

Lo besó con la misma intensidad que quería recibir a cambio, y él captó el mensaje, pues empezó a moverse más y más rápido, con el cuerpo tenso. Ella lo rodeó con las piernas y siguió el ritmo de sus embestidas.

El hecho de que pudiera irse sin quitarse la máscara y que él nunca supiese quién era aumentaba mucho más la excitación.

Sus cuerpos avanzaban hacia el clímax a una velocidad frenética. Juliet sentía que estaba a punto de explotar, pero no podía ir más despacio para deleitarse con el placer.

Entonces él se detuvo y se quedó completamente quieto, dentro de ella. Juliet gruñó de frustración.

—Quítate la máscara.

—Acabemos lo que hemos empezado —dijo ella. Vio que una gota de sudor le resbalaba por la sien y se la lamió.

—Cuando te hayas quitado la máscara.

—¿Y si no quiero? ¿Vas a obligarme?

—No tendrás tu orgasmo hasta que pueda verte la cara. Quiero ver cómo llegas.

—Eso es muy cruel —protestó. Pero también era sexy. Muy sexy.

—Si no lo haces tú, te la quitaré yo.

—En cualquier otro momento sería hasta divertido.

—Pues quítatela.

Juliet estaba tan excitada, tan tensa, tan cerca del orgasmo, que no tuvo más opción que obedecer.

Él la estudió con una mezcla de aprecio y deseo.

—Eso está mejor —dijo, y agachó la cabeza para besarla lentamente—. Eres preciosa.

Ella sonrió y apretó las piernas alrededor de sus caderas.

—Cállate y acaba lo que has empezado.

—Sí, señorita.

Cuando él empezó a moverse, Juliet volvió a tensarse. La exquisita presión aumentó hasta estallar en un aluvión de placer incontrolable. Contrajo el cuerpo a su alrededor, absorbiéndolo, colmándose de su esencia masculina, y entonces llegó su liberación.

Cole cerró los ojos y jadeó con fuerza mientras una cortina de sudor le empapaba la piel, recordándole a Juliet cuánto tiempo había pasado desde que no disfrutaba así. Él la sujetó y se estremeció sobre ella, hasta que los dos quedaron inmóviles. Entonces la besó con la pasión de un hombre sumido en la más profunda satisfacción.

Juliet jadeó en busca de aire entre los frenéticos besos, y cuando una punzada de remordimiento amenazó con estropearle el momento, intentó ignorarla y disfrutar de aquellos instantes.

Tenía lo que había querido. Sexo. Diversión. Una aventura sin compromisos. Entonces, ¿por qué haberse acostado con un desconocido le parecía un poco superficial? Sólo era una concesión momentánea al tópico de que una mujer necesita una relación estable para ser feliz.

Ella no tendría nada de eso. Porque no quería nada de eso, ¿verdad?

Cole se despertó con un martilleo en la cabeza. Puso una mueca al ver la luz matinal e intentó tragar saliva, pero descubrió que se había quedado sin saliva y que una repugnante sensación pastosa le llenaba la garganta. Con la lengua pegada al paladar, se giró y vio a una mujer a su lado.

Un brazo largo y delicado, un hombro apetecible, una porción de cuello, suave y cremoso, una melena castaña extendida por la almohada.

¿Quién era? ¿Y qué estaba haciendo en su cama?

Miró la habitación y se dio cuenta de que no estaba en su casa. Más bien parecía la habitación de un hotel. Entonces vio un antifaz negro colgando de la lámpara de la cómoda y los recuerdos empezaron a aclararse en su mente nublada.

La fiesta, el whisky, la stripper… el sexo salvaje y sudoroso con la stripper.

Oh, demonios.

Volvió a mirar a la mujer e intentó recordar si sabía su nombre, el color de sus ojos o el timbre de su voz.

Él no se acostaba con desconocidas ni con strippers. Pero aquella vez lo había hecho. Y no podía echarle la culpa al alcohol.

Juliet… Aquél era el nombre. Soltó un suspiro de alivio, pero enseguida recordó que no sabía su apellido. Ni sabía su historial sexual ni nada más, salvo que se desnudaba para vivir. ¿Qué clase de problemas tendría para tener que desnudarse por dinero?

Nada más pensar en aquella pregunta se sintió como un cretino. Después de todo, él era quien la había arrastrado a la cama para hacer salvajadas, basándose en sus habilidades como artista del striptease.

Intentó sentarse, pero la cabeza no dejaba de darle vueltas. El movimiento le revolvió el estómago y le provocó arcadas.

Maldición.

Si sus hermanos pudieran verlo en aquel momento, se morirían de risa. El hermanito menor emborrachándose, acostándose con una stripper y despertándose a la mañana siguiente con una resaca de mil demonios.

Consiguió incorporarse un poco en la almohada, y el martilleo en la cabeza se redujo a una leve palpitación. Intentó tragar saliva otra vez y descubrió que necesitaba ingerir líquido inmediatamente.

Al otro lado de la habitación, el minibar emitía un suave zumbido, pero era como si estuviese al otro lado de Luisiana. Con mucha dificultad, Cole consiguió moverse a un lateral de la cama y levantarse. Echó a andar hacia el pequeño refrigerador, pero cada paso que daba le provocaba una conmoción en la cabeza.

Una vez que se bebió una botella de agua fría empezó a sentirse ligeramente más humano. Volvió a hundirse en la cama, no muy seguro de querer compañía al despertar.

Pero el brusco movimiento hizo que ella se removiera y suspirara, aún medio dormida. Él la vio frotarse los ojos y deseó que la entrepierna no respondiera a la vista de sus pechos, que asomaban sobre el borde de la sábana mientras se estiraba.

A la luz de la mañana, parecía tan hermosa como él recordaba, y era obvio por qué se había sentido atraído por ella. Aquello, sin embargo, no era consuelo para su estupidez.

La vio abrir los ojos y volvió a quedarse maravillado por aquellas aterciopeladas profundidades marrones. Su rostro era arrebatadoramente atractivo, como él había descubierto la noche anterior cuando consiguió que se quitara la máscara. Tal vez sus métodos fueran crueles, pero eran efectivos.

Ella lo vio y le sonrió.

—Buenos días —murmuró.

—Buenos días —respondió él. Decidió que aquél no era el momento para charlar. Ella necesitaba comprender que a él no le gustaban las aventuras de una sola noche—. Escucha, siento lo de anoche. Normalmente no…

—Nada de disculpas —volvió a sonreír—. No me obligaste a venir.

—No, pero tampoco me preocupé por conocerte antes. Ni siquiera sé tu apellido.

—Emory, y el tuyo es Matheson. ¿Te sientes mejor ahora?

—La verdad es que me siento fatal. Anoche me pasé un poco con el whisky.

Ella se irguió en la cama, aparentemente ajena al hecho de que la sábana le cayera hasta la cintura y sus pechos quedaran al descubierto. Cuando vio que la estaba mirando, sonrió y se recostó contra el cabecero.

Y a Cole volvió a traicionarlo su cuerpo. Por lo visto, el dolor de cabeza no le impedía tener una considerable erección.

Ella bajó la mirada hasta su regazo y volvió a subirla hasta sus ojos. Vio su incómoda sonrisa.

—No me di cuenta de que hubieras bebido tanto.

Él se encogió de hombros.

—Me tomé unas cuantas copas antes de que llegaras.

—Oh… —pareció reflexionar sobre la respuesta—. Sabía que habías estado bebiendo, pero tus hermanos me dijeron que eras un poco… impulsivo.

¿Eso le habían dicho? Sintió una desagradable sensación en el estómago que nada tenía que ver con la resaca. ¿Acaso sus hermanos habían pagado a una mujer para que se acostara con el?

—¿Por qué te dijeron eso?

—Bueno, cuando me contrataron, necesitaba saber un poco de ti para…

—¿Para qué te contrataron? ¿Para desnudarte?

Ella sonrió, un poco avergonzada.

—En realidad, no.

El martilleo volvió a empezar en la cabeza de Cole. Escondió el rostro en las manos y soltó un suspiro.

—Por favor, no me digas que eres una prostituta.

—¿Una qué? ¡No! —se levantó de la cama, agarró la bata del hotel, pulcramente doblaba sobre una silla, y se la puso, lanzándole a Cole una mirada furiosa—. ¡Claro que no!

De acuerdo, pensó él, era un cretino.

—Lo siento. Pero cuando me has dicho que te contrataron…

—¡Para organizar tu fiesta! Me dedico a eso.

—Oh. ¿Eres una organizadora de fiestas que se desnuda para el cliente?

Ella se dejó caer otra vez en la cama y esbozó una tímida sonrisa.

—No exactamente.

Cole decidió no insistir. Sería mejor que ella se lo explicara cuando estuviese lista, así él no podría sacar más conclusiones absurdas.

—¿A qué te referías con eso de que mis hermanos dijeron que era un poco impulsivo?

—Necesitaba información sobre ti para hacer la fiesta a tu medida.

—Creía que era ese tipo, Finn, quien la había organizado.

—Finn es mi ayudante. Le pedí que se ocupara de todo anoche, ya que yo tenía otros planes.

—¿Mis hermanos te contrataron para que te desnudaras para mí?

Ella se encogió de hombros con una misteriosa sonrisa en sus labios.

—Me pidieron que buscara a una stripper, pero la que contraté cayó enferma de gripe, y cuando vi tus fotos, se me ocurrió una locura.

—¿Decidiste desnudarte sólo por ver las fotos? —no sabía si sentirse halagado o aterrado por la idea.

—Sí, pero también había otras razones que no tenían nada que ver contigo.

—Oh.

—No te ofendas. Sólo necesitaba darle un cambio a mi vida, y siempre había fantaseado con desnudarme para alguien.

Cole volvió a sentir un tirón en la ingle.

—Hiciste un gran trabajo. Nadie diría que eras una aficionada.

—He practicado con Finn.

Cole intentó imaginársela haciendo de Miss Zorro con el tipo gay a quien había visto ocupándose de los detalles la noche anterior, pero le resultó imposible.

Ella se echó a reír al ver su expresión de perplejidad.

—Ciertamente, me fue de gran ayuda que sea gay. Él puede darme una opinión objetiva sin estar dominado por las hormonas.

—Es una fantasía muy interesante, la tuya.

—Fue bastante divertido —repuso ella encogiéndose de hombros.

El martilleo de Cole se calmó lo suficiente para que se diera cuenta de que estaba sentado desnudo delante de una desconocida. Miró a su alrededor buscando sus vaqueros y los vio en el suelo, junto a la cama. Se puso en pie demasiado rápido, lo que le provocó otra punzada en la cabeza, así que tuvo que volver a sentarse con una mueca de dolor.

—¿Cuántas copas de whisky te tomaste? —preguntó ella.

—No lo recuerdo.

—¿Recuerdas algo de anoche?

—Recuerdo casi todo lo que pasó aquí, contigo. Al menos eso creo.

Ella sonrió.

—No pareces muy despejado. ¿Qué tal si pedimos café y cruasanes y te damos un poco de tiempo para recuperarte?

El café le pareció una idea celestial. Asintió y se acercó con dificultad a la cama para volver a tumbarse.

Por su parte, Juliet llamó al servicio de habitaciones y encargó el desayuno. Al acabar, se sentó a su lado.

—Tengo el presentimiento de que tus hermanos me mintieron al decir que eras un fanático de las fiestas.

—Por supuesto que te mintieron. Odio las fiestas.

—Oh.

Cole la miró y la vio con el ceño fruncido y abrazada a sus rodillas.

—Quiero decir… La fiesta que organizaste fue estupenda y te doy las gracias por ello, pero prefiero las reuniones íntimas con los amigos.

—¿Por qué mintieron?

—Eso es lo que entienden ellos por una buena broma. Creen que necesito soltarme el pelo y hacer todas las locuras que a ellos les están prohibidas por sus matrimonios.

Ella levantó la vista de las uñas de sus pies, pintadas de rojo, y le clavó la mirada.

—Así que les has demostrado cómo haces tú las locuras, ¿eh?

—No me acosté contigo por eso, si es lo que estás pensando.

—Entonces ¿por qué?

—Porque quería hacerlo. Porque eres una mujer muy hermosa y apetecible.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa—. Tú tampoco estás mal.

—Pero yo no me acuesto normalmente con mujeres a las que no conozco, y quiero que entiendas que me gustaría explorar lo que empezamos anoche y ver adónde conduce.

Ella se estiró a su lado con una expresión inescrutable.

—Pensé que sólo estábamos divirtiéndonos un poco.

Cole parpadeó. ¿Realmente estaba teniendo aquella conversación? Intentó pensar en una respuesta apropiada, pero las palpitaciones volvían a martillearle la cabeza. Las relaciones puramente sexuales no solían interesarle, y si eso era lo que ella le estaba proponiendo, no estaba seguro de si quería seguir adelante o negarse.

No sabía qué podría tener de bueno practicar sexo sin más, y pensó que deberían empezar a comportarse como personas adultas.

Entonces ella le puso una mano en la barriga, extendió los dedos y la subió por el pecho. Aquel simple tacto bastó para que un fuego se encendiera en su interior, a pesar de la resaca.

—Lo de anoche fue increíble —dijo ella—. No me importaría repetirlo alguna vez.

¿Alguna vez como aquel preciso momento? El cuerpo de Cole empezó a responder al recordar cómo habían hecho el amor, con una falta total de inhibiciones y un entusiasmo sensual con el que nunca antes se había encontrado. De repente, no pudo recordar por qué le preocupaba tanto comportarse con madurez. ¿Acaso no se comportaban así las personas adultas?

No se le ocurrió ninguna respuesta, así que se giró sobre un costado, la rodeó por la cintura y volvió a tumbarse de espaldas, colocándola a ella encima. La bata se abrió, revelando su piel cálida y suave, al tiempo que ella separaba las piernas.

—Estaba pensando en tomar antes el desayuno —susurró, antes de besarlo en el cuello.

—Buena idea —dijo él, pero sus manos no pensaban lo mismo, pues se metieron bajo la bata y se deslizaron hasta su trasero.

Mientras le masajeaba los glúteos, la erección se presionó contra su entrepierna, que ya estaba ardiente y húmeda. Empezó a preguntarse de qué había tenido tanto miedo. Acostarse con aquella mujer era algo tan sencillo y natural como respirar. Ni siquiera la resaca podía disuadirlo de los placeres que aquel fabuloso cuerpo le ofrecía.

—En serio —insistió ella mientras le lamía el borde de la oreja—. Deberías comer algo antes de…

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones —dijo una voz masculina desde el pasillo.

Cole sintió una inexplicable decepción cuando ella se apartó y se ató la bata de camino a la puerta. O tal vez fuera una sensación de vergüenza porque el servicio de habitaciones hubiera salvado sus principios.

O quizá sólo fueran los efectos del whisky y de la falta de voluntad.

Capítulo 3

Principio número 3:

Una mujer indecente sabe que la victoria es la recompensa al descaro.

—Te vendría bien tomar una ducha caliente —dijo Juliet al acabar su última taza de café mientras Cole comía con escaso apetito.

Nada más decirlo se dio cuenta de que, aun habiéndolo dicho con su mejor intención, sonaba como una invitación muy erótica.

Una media sonrisa curvó los labios de Cole.

—No creo que pueda sostenerme de pie tanto tiempo.

—No deberías beber si te deja en un estado semejante y hace que te acuestes con desconocidas.

—Tienes razón, pero no te preocupes. Estaré bien en unas horas.

—No soporto verte sufrir así.

—Confía en mí; he aprendido la lección. Se acabó el alcohol para sobrevivir a una fiesta.

—¿Tanto las odias?

—Una vez tuve que salir por la ventana para escapar de una fiesta en la universidad.

Menos mal que no había buscado más que diversión, pensó Juliet, porque Cole y ella eran polos opuestos. Lo único que tenían en común era la cama. Razón de más para alegrarse de que la aventura fuera pasajera.

Cole acabó su taza de café y soltó un suspiro ronco. Entonces a Juliet se le ocurrió una idea… Una idea brillante.

—¿Qué te parece si te ayudo a bañarte?

—Creo que puedo arreglármelas solo.

—Tú enjabonas y yo enjuago.

—No tienes que hacer eso —dijo él, aunque por su tono era obvio que la idea le tentaba.

—Iré a abrir el grifo para que se vaya calentando el agua —respondió ella con una maliciosa sonrisa.

Unos minutos después, la bañera estaba medio llena de agua caliente y una nube de vapor impregnaba el cuarto de baño. Juliet había encontrado aceites perfumados entre los utensilios, y el aire olía a menta. Fue hacia la puerta del baño y le indicó con el dedo a Cole que se acercara.

Se sentó en el borde de la bañera y vio cómo él se quitaba los vaqueros y se introducía en el agua. Tenía el cuerpo de un atleta, y Juliet sabía por las fotos que practicaba el baloncesto y el tenis. Una extraña combinación que lo había dotado de un físico envidiable.

—Hay espacio suficiente para dos —dijo él cuando estuvo sentado en la bañera.

—Créeme, ya me he dado cuenta —se levantó y dejó caer la bata al suelo. A continuación, le acercó una toalla y le hizo levantar la cabeza. Una vez se la hubo colocado en la nuca, se metió en la bañera y se colocó entre sus pies.

—Gracias —dijo él con los ojos cerrados.

—Tú relájate, que yo me ocupo de lavarte.

Se vertió un chorro de gel en las manos y empezó a aplicárselo por el pie izquierdo. Le masajeó suavemente la pantorrilla y el muslo, y luego siguió con el otro pie, prestando especial atención a los músculos importantes. No había nada tan delicioso como un masaje, como corroboraban los gemidos roncos de Cole.

Eludió la zona inguinal y siguió subiendo por el vientre y caderas de camino al pecho. Cuando presionó los dedos en los pectorales buscando la tensión, observó la mezcla de relajación y frustración en el rostro de Cole. Y cuando sus caderas se retorcieron y su erección se pegó contra ella, supo qué emoción estaba ganando.

Se apartó un poco y siguió masajeándolo, sin poder evitar una sonrisa cuando él gruñó y la miró ceñudo. Le trabajó los hombros y el brazo izquierdo. El deseo crecía en su interior, así que se obligó a pensar en otra cosa mientras le aliviaba la tensión del bíceps y el antebrazo. Estuvo pensando durante un minuto en los impuestos que debía pagar por la herencia de su tía, hasta que recordó el placer que le habían dado horas antes los dedos de Cole. Se esforzó por seguir pensando en la herencia mientras pasaba al otro brazo, y cuando acabó en la mano derecha, casi había triunfado en sofocar su deseo.

Casi.

—Siéntate y te enjabonaré la espalda —le dijo mientras intentaba rodearlo. Pero él la agarró por la cintura y tiró de ella, derramando el agua de la bañera y haciendo que sus bocas quedaran a escasos centímetros de distancia.

—Te deseo —susurró, y aquellas dos palabras la hicieron estremecerse.

Ella también lo deseaba. Era una necesidad tan básica, que no podía imaginarse la vida sin tener aquel cuerpo apretado contra el suyo.

—De acuerdo, pero antes tengo que acabar el masaje —dijo con una sonrisa maliciosa.

—Te encanta hacer las cosas del modo más difícil, ¿verdad?

—Mmm… —murmuró ella apretando las caderas contra él.

Cole no dijo nada, pero la soltó y dejó que se sentara a su espalda. Juliet extendió las palmas sobre la parte inferior de su espalda, deteniéndose cuando encontraba un punto de tensión. Mientras lo hacía, empezó a preguntarse por el hombre con el que compartía una bañera. Apenas sabía nada de él.

—¿Por qué no me cuentas algo de ti? —le preguntó, dándose cuenta demasiado tarde de que estaba rompiendo la regla número dos para una aventura con éxito: saber lo menos posible de la otra persona.

—¿Como qué? —preguntó él con voz perezosa.

—¿A qué te dedicas?

—Soy psicólogo organizacional.

—¿Y eso qué es? ¿Organizas a los desequilibrados mentales en filas?

Él sonrió.

—Ayudo a las empresas que tienen problemas de organización. Además doy clases en Tulane.

Juliet intentó imaginarse a Cole dando clases en un aula, pero sólo pudo visualizarlo apoyado en un escritorio, sin camisa, admirado por una manada de alumnas en celo.

—Eso no encaja con tu imagen.

—¿Por qué no?

—No sé… será porque tus hermanos no me dijeron que trabajabas.

—Mis hermanos aún no se han enterado de que me gradué en la universidad.

Juliet siguió trabajándole los hombros mientras cambiaba la imagen mental que tenía de él, de un juerguista macizo a un psicólogo serio y estudioso. Odiaba pensar lo que podía pensar de ella; hacerse pasar por una stripper y acostarse con un desconocido no sugería nada bueno de su equilibrio mental.

—¿Eres una de esas personas a las que les gusta analizarlo todo hasta el fondo?

—Alguna vez me han acusado de eso —dijo él, mirándola por encima del hombro con una triste sonrisa—. Pero yo nunca lo admitiré.

—¿Y qué admitirás?

—Que tomé un puñado de clases de Psicología en la universidad porque pensé que eran fáciles. Mi especialidad era la Química, y estaba camino de convertirme en un científico misántropo e insociable cuando descubrí que me gustaba mucho más la Psicología.

—«Misántropo» e «insociable» no me parecen los mejores adjetivos para describirte.

—Seguramente no pensarás lo mismo si llegas a conocerme.

Lástima que ella no tuviera intención de conocerlo fuera de la cama. Parecía un hombre interesante.

Acabó el masaje, y cuando Cole se giró para mirarla, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no arrojarse sobre él.

—Escucha, Juliet, lo de anoche fue increíble, pero esta charla me ha recordado todas las razones por las que no deberíamos ir más lejos.

¿Cómo? ¿Había decidido que era demasiado alocada para acostarse con ella otra vez?

—Por mucho que lo desee —siguió él, antes de que ella pudiera pensar una respuesta—, sé que no deberíamos volver a hacerlo… —miró su cuerpo desnudo— hasta que nos conozcamos mejor.

Maldición, las cosas no iban como ella había deseado.

—¿Qué pasa? ¿Tengo mal aliento? ¿Ronco?

—Nada de eso. Lo siento. Anoche no era yo. Me gustaría conocerte y ver si somos compatibles antes de acabar en la cama.

—Pero ya hemos acabado en la cama —arguyó.

—Sí, el problema es que eres tan increíblemente sexy, que estoy en peligro de perder mi autocontrol.

—Con lo cual estarías violando tus principios.

—No quiero que ninguno de los dos haga algo de lo que pueda arrepentirse.

De repente, Juliet se sintió ridícula estando desnuda y arrodillada en la bañera. Empezó a levantarse, pero Cole la detuvo con una mano en la cadera.

—Lo siento —le dijo—. Esto no debería haber pasado, pero me encantaría que empezáramos bien desde el principio, que tuviéramos una cita y nos conociéramos.

Genial. Realmente genial. Primero fallecía su tía y le dejaba un desastre de herencia; luego, su mejor amiga se comprometía; y ahora ¿eso? ¿Había encontrado al único hombre de la Tierra que estaba moralmente en contra del sexo sin ataduras?

—Gracias pero no —espetó, pasando de sentirse ridícula a furiosa —. No me interesan las citas en este momento —se levantó, agarró una toalla y salió de la bañera y del cuarto de baño desnuda y chorreando agua, sin saber muy bien por qué estaba tan enfadada.

—¡Juliet, espera! —gritó Cole saliendo de la bañera. Ella se apresuró a secarse y agarró el vestido del suelo—. No te vayas así.

—Ha sido divertido —dijo, volviéndose hacia él con una sonrisa forzada mientras se subía la cremallera—. Pero no te sientas obligado a hacer lo que creas correcto. No estoy buscando ningún compromiso.

—¿No te parece que estás exagerando un poco?

¿Lo estaba? Tal vez, pero ¿acaso no tenía derecho a exagerar su reacción cuando todo iba tan mal? No se molestó en contestarle mientras se ponía las botas y recogía sus braguitas y el bolso del suelo.

La expresión de Cole se ensombreció cuando ella abrió la puerta y salió, pero como estaba desnudo y empapado, no podía perseguirla.

—No te vayas así.

—Ha sido un placer conocerte. Adiós —dijo, cerró la puerta y se marchó.

Capítulo 4

Principio número 4:

Una mujer indecente piensa por ella misma. Valora sus propias ideas y no se doblega ante la opinión general.

Delia Matheson había recogido del suelo el último par de calzoncillos, había planchado la última camisa y había limpiado el sofá de nachos después de un partido de fútbol por última vez. Si Max Matheson quería una criada, que contratase a una. Ella estaba oficialmente en huelga.

Y en cuanto a su vida sexual… bueno, la echaría de menos, pero sabía que debía sufrir por una causa.

Delia y Max se casaron cuando ambos tenían veinte años. Desde entonces habían pasado por buenos y malos momentos pero, a punto de cumplirse su vigésimo aniversario de bodas, estaban definitivamente en un momento malo.

Delia miró su reloj de pulsera y luego comprobó el estado caótico en que la casa había quedado aquella mañana, cuando los chicos se preparaban para ir a la escuela y Max para ir al trabajo. De un momento a otro volverían a casa, tirarían las mochilas al suelo y pedirían a gritos algo de comer. Y sería entonces cuando la huelga empezaría a afectar sus estilos de vida. Los dos hijos mayores tenían actividades extraescolares: Brianna jugaba al fútbol y Tyler participaba en el equipo de debate. Max los recogía después del trabajo.

De alguna manera, todos habían llegado a asumir con el paso de los años que ella era su criada, y tenía parte de la culpa, por no haberse rebelado antes. Había insistido en que las tareas domésticas eran cosa de todos, pero semejante diligencia sólo duraba una semana, cuando no menos, antes de que todos volvieran a sus descuidados hábitos.

Su familia estaba convencida de que ella tenía todo el tiempo del mundo para limpiar lo que ellos ensuciaban y atenderlos bien. Pero entre ayudar a estudiar a su hija menor Katie, que iba retrasada en el colegio, trabajar como voluntaria en otras escuelas, ocuparse de la casa y hacer el resto de las tareas propias de una madre, apenas tenía un momento libre. Estaba cansada de tanto trabajo ingrato, y había decidido que ya estaba bien.

A petición suya, su cuarenta cumpleaños había pasado desapercibido, pero aun así estaba decepcionada por que nadie le hubiera preparado una fiesta sorpresa. Se habría enfadado, pero también se habría emocionado, si tal combinación era posible.

Lo último había sido una semana antes, cuando lo había preparado todo para tener una cena romántica con Max. Incluso consiguió que los chicos no estuvieran en casa durante la velada. Le había dicho a Max a qué hora quería que volviera a casa el viernes y se lo había recordado unas cuantas veces.

Pero ¿qué pasó el viernes por la noche? Max estuvo trabajando hasta tarde y se olvidó por completo de la petición de su esposa, quien se pasó toda la noche viendo su película de amor favorita llorando de rabia en cada escena romántica.

Cuando Delia se enteró de que otra mujer se había declarado en huelga matrimonial, había sabido lo que tenía que hacer, y su resolución se había fortalecido en la fiesta de cumpleaños de Cole.

Max había estado tan ocupado alternando con los demás invitados, que la había ignorado durante toda la fiesta. Ella había bebido un poco y quizá se había pasado al bailar sobre la barra, pero eso fue después de darse cuenta de que su marido no iba a prestarle atención.

Al menos había sacado algo positivo de la noche, pues le había encantado ver a su cuñado Cole divertirse por una vez. Sonrió al

recordarlo con una capa y bailando de modo insinuante con la stripper. Ya era hora de que se desinhibiera un poco.

Delia pasó por encima de un montón de ropa sucia que Brianna había dejado en el suelo del lavadero, a medio metro del cesto. Cuando oyó que se abría la puerta del garaje, atravesó la cocina, en la que aún seguían sin lavar los platos del desayuno, entró en el salón, cubierto desordenadamente de cuadernos y estuches de videojuegos, e hizo algo que no había hecho en semanas: tomó un libro de la estantería y se sentó en el sofá a leerlo.

El silencio fue tan breve como abrumador, y Delia se dio cuenta de que, en su búsqueda del orden y la limpieza, casi había olvidado lo que era la tranquilidad.

Entonces la puerta trasera se abrió y su familia irrumpió en casa.

—¿Qué hay para cenar? —gritó Tyler, sin molestarse en saludar.

—Hola, nena —dijo Max, dejando su portafolios en el único sitio libre del mostrador de la cocina, a pesar de que ella le había pedido un millón de veces que no lo hiciera.

—Mamá —dijo Brianna en su tono quejica—, Deanna Garrett ha dicho que mis pantalones están pasados de moda. No pienso volver a ponérmelos.

Delia levantó la mirada del libro y observó los vaqueros de noventa dólares que habían comprado dos semanas atrás. Se obligó a no reaccionar.

—¡Me muero de hambre, mamá! —exclamó Tyler mirando el frigorífico, como si pensara que haciendo aquello iba a conseguir que la comida se preparara sola por arte de magia.

¿Cómo había podido dedicar su vida entera a su familia, abandonar su carrera para asegurarse de que no les faltara nada, y aun así tener unos hijos como aquéllos? No eran más que unos cretinos egoístas, que le hacían desear escapar de la casa y no volver jamás.

—¿Dónde está Katie? —preguntó Max.

—Cenando en casa de una amiga.

Max miró el desorden y luego se fijó en la bata que llevaba Delia.

—¿Has tenido un mal día?

—Más o menos.

—¿Qué hay para cenar?

Si fuera un dibujo animado, Delia habría echado humo por las orejas.

—No lo sé —respondió, intentando mantener la calma—. ¿Por qué no me lo dices?

—¿Es un chiste?

Max no había preparado la comida ni una sola vez en su matrimonio, pero al menos le agradecía que lo hiciera ella, le alababa sus platos, apreciaba el buen trabajo que hacía en casa…

Pero últimamente sus labores recibían tanta gratitud como el retrete. Nadie le prestaba atención hasta que dejaba de funcionar.

—No es un ningún chiste. Últimas noticias: me he declarado en huelga.

Max la miró perplejo, Brianna hizo girar los ojos y Tyler empezó a beber leche directamente del cartón.

—Mamá se ha vuelto loca —murmuró Brianna mientras se dirigía hacia su habitación.

—¿Eso quiere decir que no vamos a cenar? —preguntó Tyler.

—Eh, nena —dijo Max—, odio decírtelo, pero no perteneces a ningún sindicato. ¿Qué significa que estás en huelga?

«Tranquila. Nada de explosiones de furia», se ordenó Delia.

—Significa que ya no voy a seguir trabajando de madre —dijo con toda la calma que pudo—. El sueldo es una miseria y las condiciones, deplorables. Si quieres una criada, una cocinera y una ayudante personal, puedes contratar a una de cada.

Tyler se quedó con la boca abierta, y Max le dedicó la misma expresión que durante el síndrome menstrual.

—Tal vez debamos pedir una pizza esta noche —dijo, en el tono que usaba siempre que temía que ella le arrojara algo a la cabeza.

—Los cupones de las pizzerías están junto al listín telefónico.

—Yo quiero una de Primo’s —dijo Tyler buscando los cupones. Nunca desaprovechaba la oportunidad de comer pizza.

Max se sentó junto a Delia y la miró con preocupación. Se estaba tomando la noticia sorprendentemente bien, y ella sabía que era porque no comprendía las repercusiones. Unos cuantos días sin

ocuparse de las tareas domésticas y la casa sería declarada zona catastrófica.

—Quizá deberías descansar esta noche —le sugirió él—. Mañana te sentirás mejor.

—Seguro que sí, pero seguiré estando en huelga.

—¿Has visto algo así por la tele o qué? No lo entiendo.

De acuerdo, la idea se la había dado una mujer por televisión que se había declarado en huelga contra su familia. Pero era una buena idea y Delia no lo hacía por llamar la atención. Sólo quería que su familia se enterara de que eran unos cerdos desagradecidos.

«¿Y ahora qué?», se dijo. No había pensado en lo que pasaría después de soltar la bomba. Hacía tanto que no disfrutaba de tiempo libre que no se le ocurría nada divertido para hacer. Desde luego, lo que no quería era seguir leyendo en el salón rodeada por su familia hambrienta.

¿Y si se llevara el libro a… la bañera? ¡Sí! No había leído en la bañera desde que estuvo embarazada de Katie. Un baño relajante le vendría de perlas.

—No importa dónde lo haya visto —dijo—. Lo que importa es que los niños y tú entendáis que no me gusta ser tratada como una criada. Cuando empecéis a hacer vuestra parte y a apreciar mi trabajo, quizá cambie de opinión.

—Todos te apreciamos.

Ella le echó una mirada que le daba a entender lo que pensaba de su aprecio.

—Ahora, si me disculpas, voy a tomar un baño. Y voy a echar el pestillo, así que no quiero que nadie llame a la puerta.

La expresión de Max se tornó escéptica.

—Muy bien. Parece que necesitas relajarte un poco.

Delia se levantó y se dirigió hacia el cuarto de baño de invitados, donde seguro que no encontraría las revistas deportivas de Max desperdigadas por el suelo.

—¿Mamá se ha vuelto loca o qué? —oyó que Tyler preguntaba en la cocina.

—Necesita descansar esta noche, eso es todo —respondió Max.

Era obvio que no se daba cuenta de nada, y seguramente no lo entendiera hasta que tuviera que descubrir cómo se ponía una lavadora.

En el dormitorio de invitados, Delia se quitó la bata y la dejó caer al suelo por primera vez desde que podía recordar. Hizo lo mismo con el resto de la ropa y entró en el baño.

Cuando la bañera estuvo llena, se metió en el agua caliente y respiró hondo mientras intentaba pensar en algo agradable. Tal vez las vacaciones en Tahití con las que había soñado durante años, o una estancia en un balneario…

Pero las imágenes no duraron más que unos segundos, antes de ser barridas por otros pensamientos más acuciantes. ¿A qué hora tenía que recoger a Katie de casa de su amiga? ¿Se había acordado de vaciar la secadora o la ropa seguía dentro, arrugándose? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que se echaran a perder los filetes de la nevera?

«¡Basta!», quiso gritar, pero entonces su familia sí que pensaría que se había vuelto loca.

Allí estaba, intentando disfrutar del primer momento que tenía para ella sola desde hacía meses, y había olvidado cómo relajarse.

Tenía mucho trabajo que hacer, pero no en la casa, ni con su marido o sus hijos. Por una vez, iba a ocuparse de sí misma.

Cole miró su reloj y calculó que al empleado descontento a quien estaba escuchando le quedaban unos diez segundos antes de detenerse para tomar aire.

Se había pasado el día entero escuchando desahogarse a los empleados de Gideon Corporation sobre la inminente fusión. Era el encargado de mediar en la adquisición de la empresa por parte de una firma rival, elaborando estrategias que favorecieran a las dos partes. Pero aquel día no podía concentrarse en la tarea.

Durante toda la mañana, toda la tarde, y toda la semana, no había pensado más que en Juliet. No estaba nada satisfecho de cómo habían salido las cosas. Había manejado muy mal la situación, y quería enmendarlo.

Tal vez debería dejar las cosas como estaban, pero no podía. Ella le había afectado mucho más que el whisky y ahora no podía quitársela de la cabeza. Y no sólo por sus impresionantes curvas. Con Juliet había sentido una conexión que valía la pena explorar. Nunca una mujer le había distraído tanto de su rutina diaria.

Asintió y murmuró una aprobación al empleado, que aún no había hecho una pausa para respirar. Tenía el presentimiento de que Juliet se encaminaba rápidamente hacia la autodestrucción. Los estudios lo demostraban: el sexo sin más no era bueno para los implicados.

Cuando finalmente el empleado acabó de desfogarse, Cole terminó la entrevista y antes de que se diera cuenta estaba metido en su coche. La idea de ponerse en contacto con Juliet le obsesionaba durante el trayecto a casa.

¿Cómo reaccionaría ella al verlo? ¿Habría tenido tiempo para calmarse? ¿Estaría dispuesta a hablar y darle una segunda oportunidad? Él quería empezar de nuevo, tener una cita de verdad, una conversación estando los dos vestidos…

No era que no le gustasen las conversaciones sin ropa. Pero ojalá no hubiera sucedido tan rápido.

Debía de haber una buena razón para llevar el látigo, la máscara y la capa de Juliet en el maletero del coche. Se había debatido entre mandárselos por correo o entregárselos en mano.

Y finalmente supo que lo correcto era llevárselo en persona, porque no le gustaba nada la idea de no volver a verla. Si Juliet no podía ver que su comportamiento no era nada saludable y que la química entre ellos merecía más que una aventura sexual, él intentaría convencerla.

Marcó el número de información en su móvil y pidió el número y la dirección de Any Ocassion, la empresa organizadora de fiestas de Juliet.

Quince minutos después, con el corazón desbocado, estaba buscando aparcamiento junto al local de Juliet. Any Ocassion ocupaba un pequeño y viejo edificio en la periferia del Barrio Francés. El edificio presentaba un aspecto lamentable, pero Juliet había hecho todo lo posible por ofrecer una buena imagen, con un

tentador escaparate que anunciaba sus servicios y un letrero de madera pintado a mano.

Cole entró en la pequeña oficina y Juliet levantó la mirada del escritorio. Parecía muy distinta con su atuendo profesional, más sumisa, pero no menos sexy, y Cole se dio cuenta de que era la primera vez que la veía con otra ropa diferente al disfraz de stripper.

La expresión de Juliet cambió rápidamente del agrado al recelo.

—Oh, hola.

—Hola. Espero que no te moleste que me haya pasado por aquí.

—Eres persistente, ¿verdad? —dijo ella, cerrando un catálogo. Al menos no se lo arrojó a la cabeza, lo cual era una buena señal.

—Me han dicho que ésa es una de mis virtudes.

Dejó la bolsa del disfraz del Zorro en la mesa. Juliet la abrió y miró su contenido.

—Gracias por haberme traído las cosas. No sabía cómo explicar que las había perdido al tipo que me las alquiló.

—Podrías haberte puesto en contacto conmigo.

—Sí, me imagino la conversación… —reprimió una sonrisa—. «Hola, ¿te acuerdas de mí? Soy la chica que salió corriendo de tu habitación y que se olvidó del látigo».

—Créeme, no habría necesitado que me recordaras quién eras.

—Si vienes para contratar a una stripper, tendré que mandarte a otra parte. Lo de tu fiesta fue un servicio exclusivo.

—Lástima, esperaba que pudieras desnudarte en el cumpleaños de mi abuelo.

Ella enarcó una ceja con escepticismo.

—Es una broma —aclaró Cole—. Pero sí me gustaría hablar contigo. Si ahora no es un buen momento…

—Es tan buen momento como cualquier otro.

—¿Entonces hablarás conmigo?

—Sólo porque me siento muy mal por lo que sucedió el domingo. Creo que tuve muy mala uva.

—Es comprensible, dadas las circunstancias.

—¿Eso es lo que le dirías a uno de tus clientes?

Él estuvo a punto de replicar que no aconsejaba a la gente sobre temas sentimentales, pero algo lo detuvo. El estudio que estaban

llevando a cabo sus alumnos era sobre las repercusiones que tenían en una empresa los romances en el trabajo. No tenía nada que ver con la situación entre Juliet y él. Pero ¿y si Juliet pudiera ayudarlo en un hipotético estudio? ¿Y si pudiera valerse de aquella excusa para convencerla?

—Es curioso que me hagas esa pregunta —dijo—. Tengo una teoría sobre las relaciones, y me has hecho pensar en ello esta semana.

«Y me gustaría que fueras mi sujeto privado de estudio».

—¿Qué teoría es ésa? —preguntó ella, en guardia.

Sí, ¿qué teoría? Más le valía pensar algo rápido si no quería quedar como un idiota.

Teoría, teoría… Las teorías siempre le hacían pensar en Einstein…

—Yo la llamo la Teoría de la Relatividad Sexual.

Seguro que Einstein se revolvería en su tumba si pudiera oírlo.

—¿Te importa explicármela? —preguntó ella, divertida.

—Según esta teoría, la salud sentimental está relacionada con la práctica sexual. El sexo sin un componente emocional está siempre directamente relacionado con un descenso en la salud sentimental de un individuo.

Bueno, no sonaba tan descabellado para ser algo que acababa de inventarse.

—Estoy impresionada —dijo ella con una sonrisa—. ¿A esto te dedicas? ¿A pasarte el día sentado mientras piensas en teorías sobre el sexo?

—A veces incluso pongo a prueba mis teorías.

No estaba muy seguro de adónde se dirigía, pero al menos ella no lo había echado aún.

—Me gusta cómo suena eso. ¿Puedo ofrecerme como voluntaria para ser tu sujeto de estudio? Podemos tener una relación estrictamente sexual y así podrás observar los efectos de tu teoría en mí, ¿eh?

Lo había dicho ella, no él. Se le presentaba una oportunidad para pasar más tiempo con Juliet y convencerla de que tenía razón. No podía desaprovecharla.

—Me encantaría poner a prueba la Teoría de la Relatividad Sexual, pero requiere tener una mente abierta. No puedes meterte en ella si estás convencida de que es falsa.

El académico que había en él se resistía a clasificar aquello como un estudio, pero el hombre que era estaba dispuesto a clasificarlo como fuera con tal de estar cerca de Juliet.

Ella cruzó los brazos al pecho, haciendo que el jersey escotado revelara parte de sus pechos. Unas imágenes eróticas asaltaron a Cole y borraron los restos de sus dudas.

—Creo que puedo tener una mente abierta —dijo ella con una sonrisa.

Cole sintió una extraña mezcla de alivio e irritación.

—Genial, entonces ¿qué tal si nos damos, digamos, un mes para completar nuestra investigación?

—Un mes —dijo ella—. ¿Yo consigo ilimitado acceso a tu cama y tú consigues ilimitadas oportunidades para convencerme de tu teoría? Creo que podré arreglármelas.

¿Acceso ilimitado a su cama?, pensó Cole. Sí, él también podría arreglárselas.

Todo por el bien del estudio, naturalmente.

Capítulo 5

Principio número 5:

Una mujer indecente no presta atención a las etiquetas que los demás le pongan. Siempre se define a sí misma por sus propias acciones.

Juliet no era una mujer que se amedrentara ante un desafío, pero estaba un poco sorprendida por su valor. La teoría de Cole era absurda, ¿o no? Ella nunca había experimentado efectos negativos por haber tenido relaciones sexuales sin compromisos, ¿verdad? No sólo eso, sino que además lo contrario era indiscutible: se sufría precisamente cuando se implicaban los sentimientos.

De acuerdo, no todas habían sido experiencias agradables, pero eso había sido cuando era más joven e inexperta. Finalmente, había conseguido dominar a la perfección el arte del sexo sin compromiso. Y lo demostraría con Cole. De ningún modo iba a quedarse de brazos cruzados y permitir que criticara y condenara su vida personal.

—¿Querrías cenar conmigo esta noche? —le preguntó él.

—¿Quieres decir que no vamos a ir directamente a la cama?

—Mi hermano tiene un restaurante y acaba de cambiar el menú —dijo, ignorando su comentario—. Le prometí que iría a probarlo. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Cuál de tus hermanos es?

—Max. Es el mayor, el que tiene una boca enorme. Quizá hayas oído hablar de su restaurante. Se llama Blue Bayou.

—Pues claro que sí —era uno de los mejores de Nueva Orleans—. He estado allí unas cuantas veces. Me encanta. No sabía que Max fuera el dueño.

—¿Y bien? ¿Te recojo a las siete?

Juliet no estaba segura de por qué la invitación de Cole la hacía sentirse más nerviosa que acostarse con él.

—De acuerdo —dijo asintiendo.

Él miró su reloj.

—Tengo una reunión. Te llamaré más tarde para que me des tu dirección.

La puerta del local se abrió y entró Finn Connelly, el ayudante de Juliet, con los brazos cargados de bolsas. Su pelo castaño oscuro perfectamente peinado le indicó a Juliet que se había pasado la hora del almuerzo en la peluquería, y su elegante y cuidado atuendo que estaba enamorado del peluquero.

—Hola, Finn, ¿recuerdas a Cole Matheson, del sábado por la noche?

Finn hizo una mueca de complicidad. Se había pasado la semana esperando que Juliet le contara lo ocurrido en la fiesta del sábado. Pero sabía muy bien que no debía presionarla, y ella no sabía por qué no se lo había contado. Al final, siempre acababa enterándose de la verdad.

—Pues claro —dijo Finn ofreciéndole la mano a Cole.

Después de estrechársela, Cole se despidió y salió de la oficina.

—Está bien, está bien —dijo Juliet ante la mirada inquisidora de Finn—. Ya sé que te mueres por saber qué pasó.

Finn fingió indiferencia y empezó a sacar de las bolsas los artículos para la fiesta de Audrey.

—¿Qué te parecen estos ositos de peluche?

—De acuerdo, no quieres saberlo —Juliet agarró un osito y lo examinó—. Se supone que el bebé va a ser una niña, así que deberíamos pegar algunas flores o algo a la cabeza de los ositos.

—Ya he pensado en eso, querida —dijo Finn, y sacó un ramo de flores de seda y alambre. Enrolló una en la cabeza de un osito—.

¿Así que el señor Macizo se ha pasado por aquí para pedir que vuelvas a desnudarte? —le preguntó en tono afectado.

Aunque según Finn la curiosidad deshonraba al ser humano, era sin duda la persona más curiosa que Juliet conocía.

—No exactamente —le encantaba torturar a Finn, así que siguió adornando con flores a los ositos hasta que su ayudante no pudo aguantar más.

—Está bien, maldita sea, si no me cuentas lo que hay entre ese tipazo y tú, voy a vestir a todos estos ositos con bodys de encaje y saltos de cama.

Juliet sonrió, imaginando la reacción de Audrey al ver a los ositos con lencería. A la antigua Audrey amante de las fiestas le habría encantado, pero a la nueva Audrey obsesionada con los bebés podría darle un ataque.

—Si te dijera lo que hay entre Cole y yo, no te lo creerías.

Finn la miró con ojos muy abiertos y acercó una silla hasta ella.

—¡Oooh! Eso sí que suena bien.

—Te lo contaré todo —bueno, tal vez no todo—, si me prometes llevarme a bailar.

—Trato hecho.

—Cole es profesor de Psicología, lo creas o no, y por lo visto es el único hombre de la Tierra que aún se opone moralmente al sexo sin ataduras.

Finn hizo una mueca.

—Así que es uno de ésos… Una vez salí con un tipo así. Quería volar a Hawái y que nos casáramos allí. Yo quería volar a Cancún a seguir divirtiéndonos. No duramos mucho.

Al menos Juliet tenía un amigo que entendía su repugnancia por los compromisos.

—El sábado por la noche, Cole estaba un poco bebido e hizo cosas que él jura que no habría hecho estando sobrio.

—¿Cosas malas? —preguntó Finn con una sonrisa.

—Muy malas. Y ahora quiere compensarme.

—Haciendo más cosas malas, espero.

—Ése es el problema. Se siente obligado a demostrarme la validez de su… —intentó adoptar su tono más grave y serio— Teoría de la

Relatividad Sexual, que demuestra el impacto negativo que el sexo sin ataduras puede tener en la salud emocional.

—Vaya, vaya… Pues yo tengo algunas historias que le encantaría oír.

—Quiere que lleguemos a conocernos mutuamente.

—¿Y cuál es el problema?

—¿Que cuál es? ¿Acaso querrías tú que alguien te estudiara para demostrar lo mal que tienes la cabeza? —preguntó ella, omitiendo el hecho de que se había presentado voluntaria para aquella supuesta investigación.

—Cariño, no me hace falta un estudio para probar eso.

—El problema es que es un hombre irresistible, sobre todo en la cama. No puedo rechazar una oportunidad para repetir lo del sábado por la noche.

—Pero esa noche él estaba como una cuba —observó Finn con una ceja arqueada—. Quizá sea un pelmazo cuando no está bajo los efectos del alcohol.

—¡Exacto! Entonces mi problema quedará resuelto. Podré mandarlo a paseo y él tendrá una prueba concluyente de que soy una persona emocionalmente inestable.

Finn acabó de adornar un osito y lo colocó sobre la mesa.

—Nunca es tan fácil, ya lo sabes.

—Pues claro que será fácil. ¿Qué puede fallar?

—Para empezar, podrías enamorarte de él.

Juliet se echó a reír, aunque al mismo tiempo se sintió incómoda por el comentario. Y es que, además de ser irresistiblemente atractivo, Cole le había demostrado ser un hombre interesante y divertido.

—Eso es muy improbable. Él detesta las fiestas. ¿Quién podría ser menos adecuado para mí que un hombre que odia las fiestas?

—Ya sabes que los polos opuestos se atraen. Creo que te vendría bien estar con alguien serio y tranquilo que compensara tu exceso de energía.

—Bueno, sea como sea, no voy a enamorarme de él, porque no estoy en absoluto interesada en una relación seria. Tan simple como eso.

Ella era una mujer indecente que seguía los pasos de las mujeres indecentes que la habían precedido. Era una tradición familiar, y no iba a renegar de la vida que deseaba.

Finn se encogió de hombros y se levantó de su silla, recogió los ositos y los volvió a meter en las bolsas.

—Te engañas a ti misma, querida.

Tal vez se engañara, sí. Pero ¿estaba dispuesta a perder la oportunidad de pasar otra noche con Cole? Ni hablar.

Estaba a punto de protestar cuando sonó el teléfono. Juliet respondió e inmediatamente reconoció el acento creole de su casero al otro lado de la línea.

—Señorita Juliet, la llamo para comunicarle que he vendido el edificio que tiene usted alquilado y que el nuevo propietario quiere que se marche de allí.

Finn vio su expresión de horror y gesticuló con los labios preguntándole qué pasaba. Ella lo ignoró y siguió escuchando a su casero, que le explicaba los planes del nuevo dueño para transformar el local en una tienda de baratijas y artículos de vudú para turistas. Cuando colgó, parpadeó para contener las lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó Finn.

—Han vendido el edificio y tenemos que irnos de aquí antes de final de mes.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Era el casero. No es ninguna broma.

Finn rodeó el escritorio, la hizo levantarse y le dio un fuerte abrazo. Pero Juliet no estaba dispuesta a ver aquello como una tragedia; sólo como otro revés en su vida. Tener que encontrar un nuevo local antes de un mes estaba lejos de ser la situación ideal, pero todo tenía su lado bueno. Tal vez encontrara el lugar perfecto para su negocio… un lugar tan perfecto que atrajera a más clientes de los que pudiera recibir.

O no.

—Supongo que podríamos llevar el negocio desde mi apartamento si a final de mes no hemos encontrado nada.

Finn negó con la cabeza.

—Encontraremos algo, no te preocupes. ¿Qué tal la casa de tu tía? Sería un sitio magnífico para albergar fiestas.

—Salvo que está en un estado lamentable, y no tengo ni idea de cómo reformarla.

—Si no tuviera que ir a clase, me encantaría ayudar. Siempre he querido ponerme un cinturón de herramientas y manejar un taladro.

Finn trabajaba a media jornada para Juliet mientras asistía a clases de cocina. Con frecuencia, se encargaba del catering para las fiestas que organizaban, y mientras más aprendía en la academia, más se demandaban sus servicios.

—Estoy segura de que estarías fabuloso con un cinturón de herramientas, pero tendrás que buscarte otro sitio para tus reformas, porque voy a vender la casa. ¿Te importaría salir a comprar el periódico? Tengo que empezar a mirar los anuncios inmobiliarios.

—Enseguida te lo traigo —dijo Finn, y salió de la oficina.

Juliet miró el solitario osito que quedaba en el escritorio. No tenía tiempo para lamentarse por su situación cuando aún le quedaba mucho por hacer para la fiesta del día siguiente… sin mencionar su cita con Cole.

Cuando se le aguaba la fiesta, era una verdadera inundación.

Cole aparcó frente a la imponente mansión que Juliet le había indicado por teléfono. Le había pedido que la recogiera en casa de su tía porque necesitaba mirar algo allí para su negocio. La mansión de color rosa claro había conocido tiempos mejores, pero sólo con mirarla se adivinaba su historia. A Cole le encantaban las casas viejas de Garden District, y ésa en concreto necesitaba más cuidados y atención que ninguna otra.

Subió por la deteriorada acera hasta el porche y llamó a la puerta, con el cuerpo tenso por la anticipación de volver a ver a Juliet.

Cuando ella abrió, Cole se quedó desconcertado ante su belleza. Se había cambiado la ropa del trabajo por un vestido rojo con florecillas y un suéter rosa sobre los hombros. Era la primera vez que

la veía con un aspecto tan femenino, tan encantador, tan irresistible. Miss Zorro podía ser muy sexy, pero Juliet lo era aún más.

—Hola… Estás guapísima.

—Tú tampoco estás mal.

—Menuda casa tienes aquí.

Ella se encogió de hombros.

—Necesita muchas reformas. Voy a venderla tan pronto como encuentre un buen agente inmobiliario.

Cole reprimió el deseo de protestar. Sería una lástima vender una casa familiar como aquélla, pero pensó que era mejor reservar sus comentarios hasta que conociera mejor la situación.

—Me muero de hambre —dijo ella—, ¿nos vamos?

—Claro, aunque me gustaría echar un vistazo a la casa más tarde, si tienes tiempo.

—¿Sabes algo de reformas?

Teniendo en cuenta su obsesión por arreglarlo todo, sí que sabía algo. Su casa, construida en los años veinte, estaba tan necesitada de reformas cuando la compró, que se había pasado meses trabajando en ella.

—Es una especie de hobby para mí.

—Entonces tal vez podrías darme algunos consejos sobre lo que hacer con este sitio antes de venderlo.

—Tendrás más consejos de los que quieras oír —le advirtió él—. Sólo estamos a unas manzanas del restaurante, por si quieres caminar.

Ella cerró la puerta y se volvió hacia él con una sonrisa.

—Me has leído el pensamiento.

Hacía años que Cole no paseaba por Garden District, y hacerlo con Juliet fue un regalo inesperado. Se deleitó con el silencio de las calles, el olor otoñal que impregnaba el aire, la decadente belleza del barrio…

—¿Así que creciste aquí?

—Desde que puedo recordar, sí —dijo ella—. Aquí viví hasta que fui a la universidad.

—¿Y ahora?

—Tengo un apartamento a las afueras del Barrio Francés.

Cole sintió el impulso de tomarla de la mano mientras caminaban, pero supuso que ella se resistiría. Estaba dispuesta a ir directamente a la cama, pero no a otras formas más delicadas de romance.

—Pareces estresada. ¿Te preocupa algo? —le preguntó al notar que caminaba con los hombros tensos.

—Lo siento. Hoy me he enterado de que debo buscar otro local para mi negocio. Y luego están los problemas con la herencia de mi tía.

Le explicó que habían vendido el edificio y Cole no pudo comprender por qué Juliet no parecía ver la solución más obvia al problema.

—¿Has pensado en instalar la oficina en casa de tu tía? —le preguntó finalmente.

—Finn me sugirió lo mismo, pero no creo que sea una buena opción.

—¿Por qué no?

—Ya has visto la casa. Es una ruina.

—Seguro que su estructura es sólida. Sólo necesita unos cuantos arreglos para mejorar su aspecto. Algo muy sencillo.

—¿Sencillo para quién?

—Yo podría ayudarte.

Ella lo miró con suspicacia, como si sospechara que aquello era parte de su plan.

—Es una oferta muy generosa. No puedo aceptarla.

—Pero yo ya he hecho todo lo que podía en mi propia casa. Me harías un favor si me dieras un nuevo proyecto en el que trabajar.

Cole no sabía por qué le entusiasmaba tanto aquella mansión, pero nada más verla había adivinado su potencial. Era un diamante en bruto que merecía recuperar su belleza original.

Ella no dijo nada más, y Cole decidió no insistir en el tema. Juliet no parecía de humor para sermones.

Lo intentaría más tarde.

Llegaron a la zona comercial donde estaba el restaurante de Max, y mientras pasaban frente a las tiendas de música y antigüedades, Cole se dio cuenta del error que había cometido al llevar a Juliet al local de su hermano. No sólo conseguiría que lo asaltara a preguntas

más tarde, sobre todo si Max reconocía a la stripper de la fiesta, sino que tanto Juliet como él serían objeto de miradas curiosas durante la cena.

Había estado tan decidido a probar el nuevo menú, que había olvidado los problemas que le acarrearía presentarse en el Blue Bayou con Juliet.

En cuanto entraron, fueron recibidos al instante por Delia, la mujer de Max, que estaba en el mostrador hablando con otra mujer. No trabajaba regularmente en el restaurante, pero sí lo hacía de vez en cuando para cubrir alguna suplencia o si había mucho trabajo.

—Hola, Delia. ¿Trabajas esta noche?

—No —respondió su cuñada con una sonrisa—. Sólo he salido a cenar con una vieja amiga.

Su mirada se posó en Juliet, quien le sonrió y la saludó.

—Me resultas familiar —dijo Delia, aunque no pareció relacionarla con la stripper de la fiesta.

Juliet miró de reojo a Cole y él recordó que tenía que presentarlas.

—Delia, ésta es Juliet Emory, mi encantadora pareja para esta velada; Juliet, ésta es mi encantadora cuñada, Delia Matheson.

El brillo en los ojos de Delia delató que se moría por saber más de su cita, pero como sabía ser discreta, esperaría a estar a solas con Cole para preguntarle.

Después de intercambiar los obligados comentarios formales, apareció una camarera y los condujo a una mesa junto a la ventana. Les ofreció una carta a cada uno.

—Les recomiendo la crema de marisco y la tilapia con salsa de cangrejo —sugirió, mencionando lo que debían de ser dos platos nuevos en el menú.

Cuando se marchó, Juliet miró furiosa a Cole.

—Espero que tu cuñada no me haya reconocido sin el látigo.

—¿La recuerdas de la fiesta?

—¿La que se puso a bailar en lo alto de la barra?

—No recuerdo muy bien los detalles de la fiesta, pero eso parece propio de Delia.

—Parece que tienes una familia muy divertida.

—Sí, la verdad es que podría calificarse como divertida —y también como entrometida, ruidosa e irritante—. Delia es la mejor. De hecho, me recuerda mucho a ti.

—¿Ah, sí?

—Le gusta la diversión más que a nadie. Antes de que Max y ella tuvieran hijos, sus locuras eran legendarias.

Una extraña expresión cubrió el rostro de Juliet, pero Cole decidió no preguntarle nada.

—Así que decidió convertirse en madre y sentar la cabeza.

—Más o menos —dijo él—. Aunque siempre he sospechado que su faceta salvaje sigue acechando bajo la superficie.

Una camarera a la que Cole no reconoció llegó para tomarles nota de las bebidas. Al marcharse, los dos abrieron a la vez los menús. La camarera volvió con las bebidas y encargaron sus platos.

Cuando volvió a irse, reapareció Delia, acercó una silla a la mesa y le dedicó una sonrisa cómplice a Juliet.

—Mi noche de chicas se ha visto truncada por la inesperada fiebre del hijo de mi amiga.

—Lástima —dijo Juliet—. Pasar tiempo con las amigas es esencial.

—Y que lo digas. Es la primera vez que salgo por mi cuenta en años —sonrió—. Pero basta de hablar de mí. Si necesitas saber los trapos sucios de Cole, los conozco todos.

—¿Trapos sucios? ¿Quieres decir que tiene un sórdido pasado que yo debería conocer? —le sonrió a Cole, quien estaba seguro de que los trapos sucios a los que se refería Delia no eran más que los horribles cortes de pelo que había lucido en el instituto.

—Hay que tener cuidado con él. No sólo parece un buen chico, lo es. Así es como ha cazado a incontables mujeres.

Cole había salido con muchas mujeres, pero siempre había sido sincero con ellas. Y si eso significaba ser un chico bueno, entonces lo era.

O así había sido hasta aquel momento, pensó mirando a Juliet. Su pequeña mentira sobre la Teoría de la Relatividad Sexual le agobiaba, pero aún tenía que pensar en una manera para hacer las cosas bien sin echar a perder su oportunidad con ella.

O bien continuaba con la mentira, y tal vez sacara algo bueno más tarde, o bien le decía la verdad… y conseguía con ello que lo dejara plantado.

—Estoy segura —dijo Juliet—. A mí me ha cazado.

¿Cómo? Que él supiera, Juliet seguía tan libre como un pájaro.

—Basta de halagos, por favor, o conseguiréis que me ruborice —dijo, y las dos mujeres se echaron a reír.

—¿Dónde os conocisteis? —preguntó Delia.

Cole y Juliet intercambiaron una mirada. ¿Cómo explicarlo?

—Nos conocimos bailando —se apresuró a responder Juliet, lo cual era cierto.

Pero Delia no se lo tragó.

—¿Nuestro Cole, el señor Serio, bailando? Su fiesta de cumpleaños fue la primera vez que lo vi… —a Delia se le quebró la voz al relacionar a Juliet con la stripper—. Claro… Juliet es la mujer de la máscara y la capa —dijo, y soltó una carcajada—. Siempre pensé que podías ponerle un toque salvaje a tu vida.

—Eh, yo también tengo un lado salvaje —protestó Cole—. A veces.

Delia se volvió hacia Juliet, conteniendo la risa.

—Su idea de ser salvaje es no pagar los impuestos a tiempo.

¿Así era como lo veía su familia? ¿Como un pesado rígido y aburrido? Siempre había creído que sus actividades favoritas, como escalar y hacer rappel, eran bastante emocionantes y arriesgadas.

—Dame un respiro, ¿quieres? —le dijo a Delia lanzándole una mirada de advertencia—. Estoy intentando impresionar a esta señorita.

—Sabes que sólo estoy bromeando. Seguro que no tienes problemas para impresionarla.

Juliet le dedicó una sonrisa tan enigmática que Cole deseó llevársela de allí para hacerle al amor enseguida.

—Dime, ¿cómo es eso de ser una bailarina exótica? —le preguntó Delia a Juliet—. Apuesto a que tienes muchas anécdotas.

—Sólo una —respondió ella—. Me temo que la del sábado pasado fue mi primera y única actuación.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo estaba… eh… sustituyendo a otra persona. Mi trabajo consiste en organizar fiestas.

—¡Oh! —exclamó Delia, y siguió atando cabos—. ¿Tú eres la organizadora de fiestas a la que contrataron Max y Paul?

—Sí, me conocían porque hace unos meses organicé una fiesta para el mejor amigo de Paul.

Delia parecía absolutamente impresionada.

—Debe de ser un trabajo muy entretenido. ¿Cuál ha sido la fiesta más interesante que has organizado?

Juliet empezó a relatar una historia sobre una fiesta para un grupo de ejecutivos italianos que salió bastante mal, con ganado suelto incluido. Delia rió hasta que se le saltaron las lágrimas. Incluso parecieron olvidarse de que Cole estaba allí.

—Pero mi fiesta favorita fue la de Cole, sin duda —dijo Juliet, mirándolo—. Siempre quise hacer un striptease para el hombre adecuado.

Delia captó la indirecta y se levantó.

—Os dejaré solos. Creo que iré al centro comercial antes de que cierre, pero me encantaría charlar más contigo, Juliet. Tal vez podríamos quedar para tomar un café.

—A mí también me gustaría mucho —dijo ella con una sonrisa radiante.

—El nuevo menú parece estupendo, por cierto —le dijo Cole a Delia, intentando no imaginarse lo que las dos mujeres podrían decir de él cuando estuvieran solas.

—Díselo a Max. Se ha pasado semanas agobiándose por el maldito menú.

—¿Toda tu familia es tan maravillosa? —preguntó Juliet cuando se quedaron solos.

—Soy bastante afortunado. Aparte de ser un poco raros, son buena gente.

A la luz de las velas, Juliet parecía más resplandeciente que nunca, y Cole pensó lo bien que encajaría en su alborotadora familia. Pero entonces recordó por qué estaban juntos, porque le había mentido y ella se había ofrecido voluntaria para un estudio ficticio, y apartó aquellos pensamientos.

Tendría suerte si volvía a hablarle cuando descubriera la verdad. Y debería confesársela ya. La conciencia lo acuciaba a sincerarse. Intentó pensar en las palabras adecuadas:

«Juliet, no hay ninguna Teoría de la Relatividad Sexual. Sólo quería engañarte para que salieras conmigo».

Si se lo decía en aquel mismo momento, tal vez lo perdonara. O quizá se fuera y nunca volviera a darle una oportunidad.

Bajo la mesa, sintió que ella le acariciaba la pierna con un pie desnudo y lo metía entre sus muslos. Los dedos le rozaron la entrepierna, y entonces cambió rápidamente de opinión. No eran palabras lo que estaba a punto de soltar.

Capítulo 6

Principio número 6:

Una mujer indecente sabe que sus inhibiciones son las trabas impuestas por la sociedad. Aquélla que las supere dejará de ser esclava del conformismo.

Juliet había estado muriéndose de hambre durante la cena, pero era un apetito que nada tenía que ver con la comida. Hablar con Cole, tenerlo justo enfrente de ella, hacía que todos sus pensamientos tuvieran un matiz erótico. Apenas había podido pensar en nada más que en lo que quería hacerle cuando estuvieran otra vez a solas.

Cuando salieron del restaurante, él la tomó de la mano y, al rato, la rodeó con un brazo por la cintura. Ella agradeció el contacto íntimo. La necesidad que tenía de él crecía a cada instante.

Pero cuando llegaron a casa de Ophelia, Cole se mostró ansioso por verla. Juliet sentía bastante curiosidad por saber su opinión sobre las reformas, así que apartó su deseo por unos minutos y no se arrojó sobre él en los escalones de la entrada. Después de todo, podría conseguir más dinero por la casa si la vendía en mejores condiciones.

Al entrar la recibió el viejo olor familiar. Se había acostumbrado a la ausencia de su tía, pero siempre que olía la extraña mezcla de lavanda, tabaco y polvo sentía un nudo en el pecho.

—Aquí la tienes —dijo en un tono forzadamente animado.

Cole se paseó por el vestíbulo y el salón principal, mirando a su alrededor, y Juliet intentó imaginarse la casa desde su perspectiva. Ophelia siempre había sido escrupulosamente limpia, pero en los últimos años, cuando sus facultades empezaron a fallar y su presupuesto para contratar a una asistenta disminuyó drásticamente, la casa fue quedando en un estado cada vez más ruinoso. Juliet la limpiaba de vez en cuando, pero su tía no apreciaba aquellos esfuerzos, que veía como una indirecta de su propia incapacidad para cuidar de sí misma.

—Si no te importa la pregunta, ¿cómo murió tu tía?

—Sufrió un ataque, pero antes ya estaba muy mal por la artritis, que le impedía ocuparse de la casa.

—¿Cuántos años tenía?

—Setenta y cuatro, quince años más que mi madre, pero tenía un espíritu tan fuerte, que imaginé que viviría para siempre.

—Debió de significar mucho para ti.

Juliet asintió.

—Ophelia me crió al morir mi padre, cuando yo tenía tres años.

La sonrisa de Cole desapareció y su rostro adquirió una expresión de preocupación.

—Lo siento mucho. ¿Y tu madre?

—No pudo superar la pérdida de mi padre, así que me dejó con mi tía y se marchó. Unos años más tarde, murió en un accidente de coche.

A Juliet no le gustaba hablar de su historia familiar, porque no quería ser motivo de compasión. Había superado cualquier sentimiento que hubiera tenido hacia sus padres, pero a los demás les resultaba difícil creerlo.

—Tuvo que ser horrible para ti.

—Fue hace mucho tiempo. Yo era muy pequeña y no sabía lo que pasaba. Además, mi tía siempre me cuidó.

Cole la miró a los ojos buscando algún dolor oculto, algo a lo que Juliet también estaba acostumbrada. La gente no podía creerse que no estuviera traumatizada por la pérdida de sus padres y por haber sido criada por una tía no muy ortodoxa.

—En serio, estoy bien —dijo.

—Te creo —le aseguró él con una sonrisa—, y me gustaría oír más sobre tu tía y esta casa.

Su mirada se posó en la gran mesa de caoba, rodeada por sillas de respaldo alto.

—Ahí es donde se reunía cada mes la Liga de Mujeres Indecentes —explicó Juliet—. Yo salía a hurtadillas de mi habitación para escuchar sus desvergonzadas conversaciones.

—¿La liga de qué?

—De mujeres indecentes. Mi tía Ophelia iba por delante de su tiempo. Formó una especie de club para las mujeres que desafiaban las convenciones sociales.

—Tuvo que ser un ambiente muy interesante en el que educarse.

—Lo fue —siguió la mirada de Cole hasta una foto sobre la repisa de la chimenea—. Ésa es mi tía, la difunta Ophelia Devereux.

—Tiene unos ojos muy bonitos.

—Fue una mujer única.

—Como su sobrina.

—Yo no podría compararme a ella. La Liga de Mujeres Indecentes estaba llena de chicas «malas», y ella era la más alocada de todas.

Cole se echó a reír.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. En mi apartamento tengo algunos de los escritos que publicó. Puedes leerlos si te interesa. Era escritora… una escritora bastante polémica.

—Me gustaría mucho leer su trabajo. ¿No te asustaba de niña?

—No conocía otra cosa. Mientras que las otras mujeres de su generación se resignaban a las labores domésticas, Ophelia escribía ensayos sobre la libertad sexual y frecuentaba los cafés. Yo iba siempre pegada a ella, y durante mucho tiempo pensé que mi vida era como la de cualquier otro niño.

—Entonces sacaste de ella tus ideas poco convencionales sobre las relaciones —comentó él con una sonrisa.

Juliet fue hacia el escritorio que había frente a la ventana. Abrió un cajón y sacó el diario de su tía, que había empezado a leer unas noches antes. Se había sorprendido al no encontrar confesiones

personales, sino más bien una recopilación de ideas para ser desarrolladas en los ensayos.

La cubierta de piel color púrpura estaba deteriorada por el paso de los años, y el pequeño candado dorado estaba roto. Juliet se había llevado a casa la lista de los principios de la Liga, pero en el diario quedaban otras muchas ideas que enseñarle a Cole. Lo abrió y leyó la primera página en voz alta.

—«Éstos son los pensamientos y reflexiones de Ophelia Claudette Devereux, una mujer independiente y original» —se detuvo y le sonrió a Cole—. Estaba bastante segura de sí misma.

—En eso se parecía mucho a ti —dijo Cole.

Juliet se encogió de hombros. La gente siempre había asumido que eran muy parecidas, pero ella veía más diferencias que semejanzas. Su tía era su modelo a seguir, y aunque ella había intentado vivir según sus principios, tenía el presentimiento de no haber estado a la altura.

—Creo que estaba un poco decepcionada conmigo. Esperaba que yo fuera la primera mujer presidenta, o quizá una escritora famosa, no una organizadora de fiestas.

—Pero ¿es eso lo que tú quieres ser?

—Es el trabajo de mis sueños. Levanté mi negocio a partir de la nada, y me siento orgullosa de lo que he conseguido, a pesar de lo que pensara mi tía.

—Estupendo —dijo Cole—. Tienes suerte de hacer lo que más te gusta. No hay mucha gente que pueda decir eso.

Juliet devolvió la atención al diario, a la parte que quería compartir con Cole.

—Escucha esto: «La sexualidad de una mujer es su arma más poderosa, y hasta que no entienda esto será un juguete en manos de los hombres».

—Interesante —dijo él arqueando las cejas.

—«Después del poder sexual viene la inteligencia. Una mujer inteligente aprovecha cada oportunidad para agudizar su ingenio y buscar el conocimiento».

—Creo que me gusta más eso que el primer consejo.

Juliet sonrió.

—Tal vez no debería admitir que me crié escuchando cosas como ésta cada día.

—Entonces no tengo ninguna oportunidad contigo, ¿verdad? —preguntó él sonriendo.

Juliet no había conocido todavía a ningún hombre que tuviera una oportunidad con ella. Según su tía, los hombres eran unas criaturas sorprendentemente simples, fáciles de entender y a menudo dominados por sus deseos. Aunque ella era lo bastante lista para no decir eso en voz alta.

—Con un título de Psicología sabrás defenderte, ¿no?

—¿Me defendí bien el sábado por la noche? —preguntó él, con una sonrisa arrebatadora.

—Oh, claro… No te acuerdas de nada, ¿verdad? —había hecho mucho más que defenderse. Había sido un amante tan salvaje y desinhibido, que Juliet no creía que pudiera serlo sin la ayuda del alcohol.

—Recuerdo lo más importante.

—Entonces sabes que sí te defendiste bien.

—¿Has leído todo el diario? —preguntó él, cambiando de tema.

—No, sólo las primeras páginas. Quiero leérmelo despacio y saborearlo, ya que es uno de los pocos lazos que me quedan con mi tía —aparte de esa casa en ruinas.

—Entiendo —dijo, y frunció el ceño—. Pero bueno, aún tienes la casa.

¿Acaso podía leerle la mente?

—Lo sé.

—¿Por casualidad es ésta la casa donde se reunía la flor y nata del arte y la literatura de Nueva Orleans, según leí en la universidad?

Juliet asintió, sonriendo al recordar a un famoso poeta que le componía versos infantiles.

—Ésta es.

—¿Y estás pensando en venderla? —la miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Te parece una locura?

—Es tu oportunidad de restaurar un pedazo de la historia de Nueva Orleans y de tu historia familiar. Estarías loca si la

desperdiciaras.

—Estaría loca si pensara que puedo quedarme con una casa tan grande y antigua. Es una pérdida de dinero.

Cole se paseó por el salón, deteniéndose para ver las fotos y antigüedades. Ophelia había tenido un gusto exquisito y no había dudado en comprar lo que le gustaba. Desde las alfombras persas hasta la ecléctica mezcla del mobiliario, todo estaba decorado a su estilo. Y a Juliet le aterraba asumir esa responsabilidad.

Se volvió hacia ella y la observó por un momento.

—Podrías utilizar la casa para tu negocio, pedir un préstamo y reformarla para celebrar fiestas en ella. Así no tendrías que alquilar ninguna suite de hotel como hiciste para mi cumpleaños.

—No sé…

—¿Por qué no pospones la decisión hasta que haya echado un vistazo?

—Si te hace feliz… —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Entonces enséñamela —pidió Cole, y Juliet lo condujo otra vez al vestíbulo.

Recorrieron la planta baja. Cole iba admirando los detalles y comentando lo que en su opinión necesitaba algún arreglo. Su entusiasmo parecía crecer por cada habitación.

Cuando subieron a la segunda planta, Juliet tenía el presentimiento de que Cole sería capaz de comprarle la casa si ella decidía venderla.

¿Si? ¿Cómo que «si»? De acuerdo, quizá el entusiasmo de Cole fuera contagioso. Al oírlo hablar de lo fácil que sería reformar la casa y devolverle su vieja gloria, ella misma sentía una punzada de emoción por semejante perspectiva.

Lo llevó a la habitación donde había pasado su infancia. La decoración era una extraña mezcla de estilo infantil y adolescente, dominada por una cama antigua de cerezo.

Una sensación de nostalgia la invadió. Aquél era el lugar donde se habían fraguado sus sueños y aspiraciones, donde había pasado incontables horas mirando el frondoso jardín de su tía mientras se imaginaba cuál sería su futuro. Fantaseaba con aventuras, con

lugares exóticos y con hombres misteriosos, pero nunca con llevar lo que los demás consideraban una vida normal.

Cole se acercó por detrás y le puso una mano en la espalda.

—Pareces melancólica.

—Siempre me sorprendió que mi tía no cambiara esta habitación después de que yo me fuera. Supongo que no le hacía falta, siendo la casa tan grande, pero pensé que la convertiría en una lujosa habitación de invitados o algo así.

—Tal vez fuera su manera de sentirse unida a ti.

Juliet se echó a reír.

—Ophelia era la mujer menos sentimental que he conocido en mi vida.

—Eso no significa que no te echara de menos cuando te marchaste.

Ella intentó imaginarse a su tía sintiéndose sola, lo cual le provocó una repentina tristeza. Nunca se le había ocurrido que tal vez Ophelia no había querido que se marchara, pero, en cualquier caso, su orgullo le habría impedido reconocerlo.

Miró a Cole, y al verlo tan fuerte y masculino se olvidó de sus sentimientos negativos. Estaba allí para disfrutar de la noche con él, y eso iba a hacer exactamente.

Se acercó al armario y de una balda superior bajó una vieja caja de zapatos.

—Éste es mi cofre del tesoro —dijo, colocando la caja en la mesa y retirando la tapa.

Lo primero que vio fue su foto de graduación. Juliet, diez años más joven y con un vestido de lentejuelas que le llegaba a la mitad del muslo, posaba junto a un chico con el que sólo había salido durante unos meses. Se llamaba Troy o algo así. Apenas se acordaba de él.

Cole agarró la foto y la estudió.

—Debiste de causar una gran impresión en los chicos del instituto.

—Seguramente, pero no les hacía mucho caso. Prefería a los hombres mayores… Universitarios sensibles que se reunieran para recitar sus malas poesías.

—¿Y ahora? —le sonrió de tal manera que a punto estuvo de derretirla.

—Ahora soy un poco más aventurera.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿crees que puedes tener algún interés en los psicólogos demasiado analíticos? Si me presionas, incluso puedo recitarte unos cuantos versos malos.

—Ya que preguntas, te diré que he desarrollado un reciente interés por los psicólogos. El fin de semana pasado conocí a uno realmente atractivo.

—Realmente atractivo, ¿eh?

—Aquí tengo algunas poesías que escribí yo misma por si quieres recitarlas.

—Si lo hago, ¿lo tendré más fácil para conquistarte?

Ella sonrió y apartó la caja, se acercó a él y lo abrazó por la cintura.

—Te contaré un pequeño secreto: puedes hacer conmigo lo que quieras y cuando quieras. No necesitas cortejarme primero.

—Soy un hombre con suerte —murmuró él, justo antes besarla con intensidad, como a ella le gustaba. Pero apenas había empezado cuando se separó—. A este paso nunca acabaremos de ver la casa.

—La casa puede esperar. Yo no —se apretó contra sus muslos y él entendió el mensaje.

—Tienes razón. La casa puede esperar.

—Pero hay un sitio más que quiero enseñarte —sonrió—. Mi jardín secreto.

Lo llevó a la planta baja, lo sacó al jardín y lo condujo por el serpenteante sendero hasta su lugar favorito. El viejo cenador estaba cubierto por buganvillas y parras. Siempre que se sentaba junto a la mesa de piedra se sentía como si estuviera en su mundo particular, donde podían oírse los susurros de los elfos y se respiraba la magia.

Se sentó en el borde de la mesa y le sonrió a Cole.

—Mi tía era muy aficionada a la jardinería. Éste era un lugar estupendo para jugar cuando yo era niña.

Cole recorrió con la mirada la jungla de árboles y plantas, iluminadas por la luna y la tenue luz del porche trasero. Todo estaba

cubierto de matojos desde que Ophelia falleció. Tal vez hubiera perdido sus habilidades domésticas, pero hasta el día de su muerte estuvo saliendo a cuidar el jardín, sin importarle lo duro que fuera el trabajo. Para ella era una auténtica terapia.

—Entiendo por qué te gustaba tanto jugar aquí.

—Aún me sigue gustando —dijo ella, palmeando la mesa a su lado.

Él se sentó, y entonces Juliet se inclinó e hizo lo que deseaba con desesperación: lo besó en los labios y deslizó una mano hasta su entrepierna.

Sabía que Cole también había estado pensando en aquello, pues se quedaba admirando su cuerpo cada vez que pensaba que ella no se daba cuenta. Había elegido el vestido basándose en la aseveración de Finn de que Cole se excitaba con las chicas de aspecto corriente, y Finn rara vez se equivocaba en lo referente a los hombres.

Se apartó de él lo justo para quitarse el suéter.

—Hace calor esta noche —dijo.

Cole tendría que estar muerto para no sentir la tensión sexual que ardía entre ellos. Estaban destinados a tener una aventura memorable, la clase de aventura que ella asociaba con los fuegos artificiales y las explosiones de luz y pasión.

Tan simple como aquello.

Su temperatura corporal alcanzó un nivel de ebullición cuando Cole la colocó sobre su regazo y le levantó el vestido hasta la cintura. Le encantaba un hombre que llevara la iniciativa, y Cole no le había decepcionado aún en ese aspecto. Sentía su erección presionada contra las braguitas, y ahogó un gemido por el calor que la abrasaba entre las piernas. Deseaba tenerlo dentro de ella, allí mismo, en aquel instante, sobre la mesa de piedra del jardín.

—Quizá deberíamos ir a tu casa o a la mía —susurró él.

—Aquí jugué muchas veces de niña, pero cuando me fui a la universidad soñé con que algún día jugaría a otra cosa… como esto —le pasó la lengua por el labio inferior—. Déjame satisfacer mi fantasía de adolescente, ¿de acuerdo?

Tal vez él estuviera pensando en protestar, pero cuando ella le agarró la erección a través de los pantalones, soltó el aire con dificultad y volvió a besarla.

—Me preocupa que los vecinos puedan vernos.

—Tranquilo, no nos verán —le aseguró ella—. Tenemos toda la intimidad que queramos.

Él la besó, la mordió y le succionó un punto sensible del cuello, poniéndole la carne de gallina.

—Quiero que hagas eso más abajo —le susurró, sintiéndose como una mujer indecente que sabía cómo pedir lo que deseaba.

Cole la miró, con los ojos empañados por el deseo.

—¿Qué tal aquí? —le acarició un pezón con el pulgar.

Ella cerró los ojos para deleitarse con la sensación mientras él le tiraba del vestido hacia abajo, junto con la copa del sujetador. Le tomó el pezón con la boca e hizo lo mismo que con el cuello, pasando luego al otro pezón.

—Más abajo —le pidió ella lamiéndole la oreja.

Entonces Cole la levantó y la sentó sobre la mesa, se quitó la chaqueta y la camisa y las puso sobre la fría superficie de piedra a modo de cojín improvisado. Juliet se sentó encima y él la hizo tumbarse de espaldas con un prolongado beso, empezando por la boca y bajando lentamente por el cuello y los pechos.

Cuando llegó a la cintura, tiró de las braguitas y subió con las manos por el interior de los muslos, avivando las llamas que consumían a Juliet. Llegó a la zona crítica y le introdujo un dedo, haciéndola arquearse y gemir. Acto seguido, agachó la cabeza y empezó a lamer su punto más sensible mientras movía el dedo en su interior. Añadió otro dedo y luego un tercero, enloqueciéndola de placer.

Con la lengua mantuvo un ritmo constante que aumentó la tensión de Juliet hasta que ella se dio cuenta de que el orgasmo era inminente, mucho más de lo que había pretendido. Pero no podía protestar, así que se dejó llevar por la oleada de placer hasta la culminación. Gritó, se arqueó y se retorció, y finalmente se calmó mientras las convulsiones del clímax dejaban paso a una dulce satisfacción.

Él la besó en el clítoris una vez más y fue subiendo los besos por el vientre, los pliegues del vestido y los pechos, hasta llegar al cuello.

—¿Era eso lo que querías?

—Oh, sí —consiguió responder ella, aún medio aturdida.

—Bien. Me gusta complacer a las mujeres —sonrió mientras jugueteaba con un pezón.

—Entonces tendrás que hacer mucho más que sonreír. Te quiero dentro de mí.

—Como acabo de decir, me gusta complacer.

Sacó su cartera y Juliet se apresuró a quitársela y buscar un preservativo, que procedió a abrir mientras él se desabrochaba los pantalones y se bajaba los calzoncillos. Una vez lo tuvo colocado, se deslizó con facilidad dentro de ella, que estaba más que húmeda por el reciente orgasmo. Sus cuerpos encajaron sorprendentemente bien, en un perfecto equilibrio de dureza y suavidad.

Cuando Cole empezó a moverse, ella vio cómo el rostro se le desencajaba por el placer. Sus miradas se encontraron y se mantuvieron, y ella volvió a sentir esa conexión en lo más profundo de su alma. Fue una sensación que le maravilló y al mismo tiempo le aterrorizó, y acabó apartando la mirada. Fuera lo que fuera, era demasiado para una aventura despreocupada, que era todo lo que estaban compartiendo.

Le deslizó los dedos por el pecho desnudo mientras sus movimientos se acompasaban y cobraban intensidad. Y entonces él se inclinó sobre ella, apoyándose en los brazos, y acalló sus jadeos con un beso.

Los sonidos nocturnos del jardín armonizaban con su pasión, y Juliet no pudo imaginarse una música de fondo más apropiada que el canto de los grillos y el susurro de los árboles. Sintió cómo Cole se tensaba y aceleraba el ritmo, y supo que estaba a punto de llegar.

Apretó en torno a él, flexionando los músculos internos hasta que ella también estuvo al borde del clímax. Y entonces, sin previo aviso, cruzó el límite y lo arrastró con ella. Cole embistió una última vez y se vació en su interior. Le tomó el rostro con una mano y la besó con frenética desesperación.

Después de unos momentos, se calmó y se detuvo para mirarla.

—¿Estás bien así? —le preguntó, moviéndose para liberarla de su peso.

—Estupendamente —respondió ella en un susurro.

—Quiero decir, ¿te molesta la mesa?

—¿Mesa? ¿Qué mesa?

Él volvió a besarla, con un beso lento y suave que la hizo estremecerse.

—Ven a mi casa esta noche.

El cuerpo de Juliet quería aceptar, pero su mente no pensaba lo mismo. Ya había pasado una noche con él, lo que casi había estropeado todo. No volvería a hacerlo.

—Si tienes pensado más de lo que hemos hecho, es una idea tentadora…

—¿Pero?

—Creo que deberíamos establecer unas reglas básicas —dijo en el tono más ligero que pudo. No quería estropear el ambiente.

—¿Como cuáles? ¿No pasar la noche juntos?

—No creo que sea bueno que nos exaltemos.

—¿No es eso lo mejor de una aventura?

Juliet se sentó y se colocó el sujetador y el vestido en su sitio, mientras intentaba pensar en la respuesta más diplomática. Estaba claro que los dos no buscaban lo mismo en aquella relación.

Cole quería demostrarle que estaba equivocada, y ella quería disfrutar del sexo.

—Depende de lo que quieras. Sé que no tenemos los mismos intereses.

La expresión de Cole se ensombreció, pero en vez de retirarse, como habrían hecho la mayoría de los hombres, se quedó allí e incluso se colocó entre las piernas de Juliet y la abrazó por la cintura, obligándola a mirarlo a los ojos.

—¿Cuáles son tus intereses? —le preguntó.

—El sexo. Nos lo pasamos muy bien en la cama… y en el jardín —añadió con una sonrisa—. Sólo quiero divertirme. Las reglas están para impedir que nadie sufra y se eche a perder la diversión.

—¿Qué reglas son ésas? —preguntó Cole, nada complacido.

Juliet pensó en sus cuatro reglas básicas y decidió que una de ellas ya no podía aplicarse. La regla número uno: «no acostarse con un hombre hasta no conocer su historial sexual y su estado mental».

—Pongamos tres reglas. La primera: no pasar la noche juntos. Segunda: no conocernos mutuamente más de lo necesario.

—¿Cómo voy a demostrar mi teoría si no puedo conocerte?

—¿Cómo voy a demostrar que tu teoría no es válida si no mantenemos la distancia entre los dos?

—Estás mezclando las cosas —protestó él.

—Tercera regla: nos concentraremos exclusivamente en el sexo. ¿Queda claro?

—Entonces ¿qué soy yo? ¿Tu pasatiempo sexual?

—Algo así —respondió ella, esperando que no se lo tomara mal.

—No sé cómo vamos a completar nuestro estudio si no estás abierta a la posibilidad de que haya algo más.

—Ni yo sé cómo vamos a llevar a cabo tu investigación si no aceptas estas reglas.

—Las aceptaré si tú aceptas la posibilidad de que pueda haber algo más que sexo entre nosotros.

Juliet supo que Cole no iba a abandonar, aunque su teoría contradijera las de ella.

—De acuerdo, aceptaré que todo es posible —dijo finalmente. Aunque lo que él sugería era tan posible como que a ella le salieran alas y pudiera volar a Marte.

Se levantó de la mesa y se puso el suéter. Besó a Cole una vez más, deseando que la noche acabara bien.

Pero el simple roce de labios bastó para que el deseo volviera a prender en su interior. Apenas pudo resistir el impulso de irse a casa con él.

—¿Qué tal si acabamos la visita? —propuso Cole, y Juliet asintió agradecida.

Le enseñó el resto de la casa, viendo cómo examinaba los armarios, las paredes y los suelos. Comprobó el estado de las ventanas y las instalaciones del cuarto de baño. Parecía tan absorto en su examen, que Juliet no se atrevió a interrumpirlo.

—¿Y bien? —le preguntó cuando estaban en el porche delantero —. ¿Cuál es su pronóstico, doctor? —esperaba que declarase la casa como causa perdida.

—Parece que la estructura de la casa está bien. ¿No lo habías comprobado?

—No he tenido tiempo —dijo, lo cual era cierto en parte, aunque una inquietante sensación le había impedido hacerlo. En aquel momento veía que la idea de vender la casa le asustaba tanto como quedarse con ella.

—Tendremos que hacerlo, pero en mi opinión sólo necesita un lavado de cara, a excepción del tejado, que habrá que cambiarlo a juzgar por las manchas que he visto en el techo de la planta alta.

—¿Y cuánto me costará ese lavado de cara y la reparación del tejado?

—Depende de lo que quieras. Pero lo mínimo pueden ser unos veinte mil dólares, si hacemos nosotros mismos gran parte del trabajo.

—¿Veinte mil dólares como mínimo?

—Es sólo un cálculo aproximado —repuso él encogiéndose de hombros—. Pero puede que la reparación del tejado cueste la mitad de eso, tal vez más.

—Me haría falta un préstamo… y tendría que dejar mi apartamento y mudarme aquí.

—Buena idea.

Juliet se imaginó con un mono de trabajo arrancando la vieja moqueta y se echó a reír.

—No soy exactamente la clase de chica que pueda hacer los arreglos por sí misma.

—Puedes aprender —dijo él con una sonrisa—. Pintar es fácil, y casi todo lo demás es más aburrido que difícil.

—¿De verdad estás seguro de querer implicarte en un proyecto tan grande? —preguntó, peligrosamente cerca de aceptar.

—Por supuesto.

Y entonces Juliet se imaginó a los dos reformando la casa: sus cuerpos sucios y empapados de sudor… ¿De dónde había salido aquella repentina necesidad por quedarse con la casa? Tal vez fuera

por la brisa nocturna o por los efectos de haber hecho el amor con Cole. O quizá finalmente estuviera dispuesta a afrontar que, aunque no quería estar atada a la casa, tampoco quería desprenderse de ella.

—De acuerdo —aceptó, sintiéndose un poco mareada—. Vamos a hacerlo.

—Estupendo —dijo Cole con una radiante sonrisa—. Mañana llamaré a un inspector técnico que conozco para que venga a examinarla lo antes posible.

Ella cerró la puerta y se dirigió hacia su coche.

—¿Cuándo podré volver a verte? —le preguntó él.

—Mañana por la noche estoy libre, si necesitas una pareja para tu investigación.

—Magnífico. Creo que aún nos queda mucha investigación por delante.

—Tengo que organizar una fiesta por la tarde. Nos veremos después.

—¿Qué te parece si cenamos en mi casa? ¿A las seis?

—Estupendo, siempre que hagamos algo más que cenar —dijo Juliet, recordándose su tercera regla. No podía distraerse por la buena compañía, la buena comida ni la buena conversación.

Era curioso que a ella, toda una profesional en aquellos asuntos, le resultara increíblemente difícil por primera vez en su vida acatar sus propias reglas.

Capítulo 7

Principio número 7:

Una mujer indecente conoce la diferencia entre el deseo y el amor y nunca confunde los dos, pues sabe las ventajas e inconvenientes de ambos.

Juliet se pasó la mañana del sábado preparando la fiesta de Audrey, recogiendo la tarta de la pastelería y decorando su apartamento, pero su cabeza estaba en otra parte.

Por un lado, estaban los recuerdos eróticos de la noche anterior en el jardín. Sus fantasías adolescentes no eran nada comparadas con lo que había vivido con Cole. Apenas había podido pegar ojo. Lo deseaba desesperadamente en su cama.

Por otro lado, estaba el estrés que le provocaba la decisión de quedarse con la casa, el único problema que conseguía apartar sus pensamientos de Cole.

Tenía la incómoda sensación de estar aprovechándose de él para divertirse. Desde luego, nadie mejor que Cole para aliviarla de las preocupaciones. Lo malo era que debía andarse con mucho cuidado para no hacerlo sufrir.

Una vez que terminó de decorar su apartamento, lleno de globos, serpentinas y ositos con flores, salió a almorzar con Rebecca llevándose unos cuantos catálogos de boda.

En el restaurante, situado a escasos metros de su apartamento, vio a Rebecca en una mesa para dos junto a la ventana. Su amiga

tenía un aspecto radiante, y no precisamente por el sol de Cancún.

—Parece que te has divertido mucho —le dijo sentándose frente a ella.

Rebecca esbozó una deslumbrante sonrisa.

—Me muero de impaciencia por que conozcas a Alec. Vendrá de California dentro de dos semanas —sacó un sobre de debajo de la mesa—. ¡He traído fotos!

Juliet miró a su alrededor, intentando disimular el disgusto que le producía ver al hombre que le había robado a su última amiga soltera.

—Mejor las vemos después de pedir la comida —dijo, y la expresión de Rebecca cambió al instante.

—¿Qué te pasa, Jule? Estabas muy rara cuando hablamos por teléfono la última vez.

Juliet se mordió el labio y fingió leer el menú.

—Y además sabes que vas a tomar langostinos —siguió Rebecca —. ¿Por qué finges que te interesa el menú?

Maldición. Nunca se le había dado bien ocultar sus sentimientos con Rebecca. Dejó el menú e intentó no parecer demasiado culpable.

—Está bien, lo admito, estoy un poco conmocionada por tu repentino compromiso.

—¿Un poco?

—De acuerdo, ha sido un golpe muy duro.

—Ya sé que ha sido muy repentino, ¡pero estoy tan feliz…! ¿No te alegras por eso?

—Oh, claro que sí. Me hace sentirme como un sapo.

—Es por ti, ¿verdad?

Rebecca tenía el don de dar siempre en el clavo.

—Eso lo dices tú, no yo —respondió con una sonrisa.

—¿Temes que no vaya a tener tiempo para ti?

—Puede —respondió Juliet encogiéndose de hombros.

—Siempre tendré tiempo para ti, así que deja de preocuparte.

—¿De verdad? ¿Y qué pasa con Teresa, Audrey y Mona? Todas dijeron lo mismo y ahora sólo recibo noticias suyas en Navidad, cuando me mandan una de esas tarjetitas impersonales. Ni siquiera

sabría nada de Audrey si no estuviera preparándole su maldita fiesta de celebración de su embarazo.

—Oh, vamos —Rebecca hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Todas ellas tienen hijos, y Alec y yo no pensamos tenerlos de momento.

¿De momento? ¿Rebecca, la contraria al parto, consideraba la posibilidad de ser madre algún día? Aquello sí que era extraño.

Se dio cuenta demasiado tarde de que estaba mirando con la boca abierta a su amiga. Imposible disimular el shock.

—Lo sé, lo sé —dijo Rebecca—. He dicho cosas en el pasado que pudieron hacerte pensar que no quería tener hijos. Pero… no sé, desde que conocí a Alec, no puedo dejar de pensar cómo serían nuestros hijos.

Juliet pensó que había entrado en un mundo donde todo era lo contrario a lo que se esperaba.

—Vaya, sí que vas en serio con ese tipo.

—Por supuesto —dijo Rebecca, mirándola como si estuviera bailando sobre la mesa—. A mí me parece que el matrimonio es ir en serio.

—Lo siento. Supongo que necesito un poco de tiempo para asimilarlo. Eso es todo.

—Espero que no te haga falta mucho, porque tenemos una boda que planear —dijo su amiga mientras sacaba del bolso unas cuantas revistas de novia. Juliet sacó los catálogos de boda y los añadió al montón.

Un camarero llegó para tomar nota, y al marcharse, Juliet juró que dejaría a un lado sus sentimientos negativos y que haría todo lo posible por ayudar.

—Antes de que empecemos a hablar de la boda —dijo Rebecca—, cuéntame lo que te pasa.

¿Debería contárselo? Era imposible mantener un secreto con Rebecca.

—El sábado pasado hice una pequeña locura, y ahora estoy en un aprieto.

—¿Una locura? ¿No las haces todos los días?

—Bueno, ésta fue un poco diferente —confesó, y le habló de la fiesta de cumpleaños, del striptease y de la noche con Cole, aunque sin entrar en detalles en el último tema.

Cuando acabó, Rebecca se quedó mirándola con ojos muy abiertos.

—¿Te desnudaste para ese tipo delante de toda la gente?

—Lo sé, fue una locura incluso para mí.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que ahora él quiere ir en serio.

Rebecca se echó a reír.

—Déjate de bromas. ¿Te acuestas con un hombre y él quiere algo más de ti?

—Exacto.

—Entonces quizá deberías hacer lo que él quiere y ver adónde os conduce.

—Pero yo no quiero una relación seria ahora.

—Lo sé, lo sé, no necesitas a un hombre para ser feliz. Pero nunca se sabe…

—Para un momento. Que tú te hayas atado a un hombre no significa que yo quiera hacer lo mismo.

—Yo pensaba igual hasta que conocí a Alec.

—Se supone que lo de Cole era una aventura pasajera. Nada más. Las cosas se han ido un poco de las manos.

—Jule, ¿qué te ocurre? Nunca te he visto perder el control de una aventura.

—Tú no has visto a Cole. Es realmente atractivo.

—¿Y por qué no sigues divirtiéndote con él?

—Bueno, no me ha dejado muchas opciones.

—A ver si lo entiendo… ¿un hombre tan atractivo quiere salir contigo y eso es un problema para ti?

—No, siempre y cuando él comprenda que no estoy buscando nada más.

—¿Y él sí lo busca?

—Eso parece.

Una expresión soñadora iluminó los ojos de Rebecca.

—Creo que deberías darle una oportunidad.

Juliet la miró perpleja.

—¿Y eso me lo dice la chica que rompió con un hombre por atreverse a dejar su cepillo de dientes en su cuarto de baño?

—Me gustaría creer que he madurado un poco desde entonces.

—¿Quieres decir desde el mes pasado?

Rebecca la fulminó con la mirada.

—Muy graciosa. Conocer a Alec me ha cambiado la vida, y pensaba que tú, siendo mi mejor amiga, te alegrarías por mí.

—Me alegro. En serio. Siento mi actitud.

—Jule, estoy un poco preocupada por ti. Las dos estamos a punto de cumplir los treinta. No puedes pensar que la felicidad está en los clubes nocturnos y en las citas ocasionales.

—Mira a mi tía. Ophelia encontró la felicidad saliéndose de lo convencional.

La expresión de Rebecca se tornó triste.

—Sé que ella es tu modelo a seguir, pero ¿te has parado a pensar que tal vez no era tan feliz?

—Pues claro que lo era, y tú deberías saberlo mejor que nadie —Rebecca había pasado muchas tardes hablando con Ophelia, distrayéndola mientras Juliet limpiaba la casa.

—Creo que a cada una de nosotras nos mostró un aspecto distinto de ella misma. No quería que pensaras que estaba decepcionada con su vida, pero cuando hablaba conmigo, parecía triste.

Juliet parpadeó para contener las lágrimas. Su tía había sido siempre un ejemplo de fuerza, valor y creatividad. No había conocido a ninguna otra mujer que se atreviera a vivir como quería. Pensar que no había sido feliz… Era algo impensable.

—Lo siento. Debe de ser muy duro para ti oír esto —dijo Rebecca.

Juliet negó con la cabeza y adoptó una expresión animada.

—No, está bien. Seguramente estaba triste por no poder moverse como antes, pero no por cómo había sido su vida.

Rebecca pareció dudar, pero no dijo nada más sobre el asunto. Juliet decidió que era el momento de cambiar de tema y se puso a hojear los catálogos y las revistas de boda.

La distracción surtió un efecto instantáneo. Después de unos minutos mirando fotos, llegaron sus pedidos y siguieron discutiendo

de los planes de Rebecca mientras comían. Juliet no podía evitar la extraña sensación de haber entrado en un universo paralelo, y aquella sensación aumentó cuando volvieron a su apartamento para la fiesta de Audrey. Rebecca, en cambio, estaba muy contenta y animada.

Una hora más tarde, el apartamento estaba lleno de mujeres con regalos que charlaban sobre las estrías y los antojos del embarazo. Muchas de ellas habían sido compañeras de diversión de Juliet, pero todas habían sucumbido al hechizo de la maternidad.

A Juliet aún le gustaban sus amigas, pero se sentía como si fuera la única a la que no habían lavado el cerebro. Cuando no estuvo ocupándose de la fiesta, se pasó el tiempo hablando con la única mujer soltera de la fiesta, fácilmente identificable por su expresión de perplejidad cuando las otras empezaron a discutir si era mejor un parto natural o con epidural.

Alguien empezó a hablar de la cesárea y otra se puso a comentar las ventajas de los aceites para evitar una episiotomía. A Juliet se le revolvió el estómago e invitó a su compañera soltera a la cocina para ver cómo le iba a Finn con la comida.

Lo encontraron colocando minuciosamente ramitas de menta en los sándwiches que había preparado.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Juliet.

—Me haría falta más menta —dijo; le tendió un cuenco casi vacío y corrió a la vitrocerámica para comprobar algo que estaba hirviendo.

—Nos hemos escapado de una fascinante charla sobre el parto.

—Ah, la versión femenina de las batallitas —comentó él.

La mujer cuyo nombre Juliet no recordaba se estremeció.

—Las episiotomías bastan para hacerme pensar si quiero tener hijos.

—Piensa en Kegel —dijo Finn por encima del hombro—. Esos maravillosos ejercicios para fortalecer los músculos pélvicos harán feliz a tu hombre. Y he oído que si tienen que hacerte una incisión en el parto, después siempre pueden coserte de un modo que a él le encantará.

—Eh… Finn, ¿cómo sabes tú eso?

—Tengo una hermana, ¿recuerdas? La máquina de hacer bebés.

—Oh, sí —la hermana de Finn tenía tres hijos y estaba buscando el cuarto—. Esperaba que contigo pudiéramos hablar de algo más interesante que el parto.

—¿Y qué puede haber más interesante? Las mujeres sois muy afortunadas al poder concebir y dar a luz un hijo.

—Quizá podamos encontrar algún modo para que lo hagas tú por nosotras.

—¿Sabes? —dijo Finn volviéndose hacia ella—. Siempre he pensado que si tú quisieras un hijo, podríamos tener uno.

Juliet se agarró al borde de la encimera para no caer al suelo en caso de desmayarse.

—¿Qué?

—Bueno, ya que estás decidida a seguir practicando la soltería, no parece que vayas a formar una familia del modo tradicional, y como a mí me gustaría tener algún día a un pequeño Finn o Finnola…

—Finn, por si lo has olvidado, tú eres gay y yo soy mujer.

—Naturalmente no habría sexo —dijo con una mueca—. Pero podríamos hacerlo mediante inseminación artificial.

Juliet lo miró boquiabierta, incapaz de hablar.

—¡Sólo es una idea! —exclamó él—. No me mires así.

Juliet intentó pensar una respuesta apropiada, pero aún estaba en estado de shock. ¿De verdad sus amistades la veían destinada a ser una solterona? ¿Y Finn hablaba en serio al sugerir la inseminación artificial?

Aquel día estaba siendo de lo más extraño, y ni siquiera eran las tres de la tarde. Oyó las risas y charlas procedentes del salón, y por primera vez en su vida deseó estar en cualquier parte menos en una fiesta.

Después de lo sucedido la noche anterior, Cole estaba convencido de que las palabras «jardín secreto» nunca volverían a significar lo mismo para él.

Debería estar leyendo los proyectos de investigación que le habían presentado sus alumnos, pero en vez de eso estuvo paseándose por

la casa, limpiando cosas que no necesitaban limpieza, hasta que decidió salir a correr. Diez kilómetros más tarde, volvió empapado de sudor, pero no menos preocupado por los recuerdos.

La casa estaba más limpia y ordenada de lo que había estado en años, y en el horno se cocía la lasaña que había preparado siguiendo las instrucciones de Delia. Normalmente tomaba comida precocinada, pero por alguna extraña razón quería preparar la cena para Juliet, hasta el punto de preparar la salsa especial de Delia para la ensalada.

Cuando el timbre sonó unos minutos después de las seis, se sintió como un adolescente ansioso por impresionar a la chica nueva de la clase. Ridículo, pero así era.

Abrió la puerta y contempló a Juliet vestida para la seducción. Realmente sabía cómo ofrecer un aspecto irresistible. Con su larga melena sobre los hombros, un vestido negro ceñido a sus curvas y unas piernas tan largas y suaves como en las fantasías de Cole, era la viva imagen de la tentación.

—Estás muy guapa —dijo con una sonrisa.

—Gracias —respondió ella mirándolo de arriba abajo—. Tú también.

Cole se apartó para dejarle paso y ella aspiró el olor que salía de la cocina.

—¿Has cocinado para mí? —le preguntó sonriendo.

—No es gran cosa —mintió encogiéndose de hombros.

Juliet entró en el salón y miró a su alrededor. Cole intentó imaginarse el lugar a través de sus ojos. No era un decorador profesional, pero su casa tenía mejor aspecto que el típico apartamento de soltero. Había suplido las carencias en la decoración con suelos de madera y paredes pintadas de gris azulado.

En cualquier caso, ¿por qué le preocupaba lo que pudiera pensar Juliet de su casa?

—Es muy bonito —dijo ella, y entonces se fijó en una foto sobre la repisa de la chimenea. Era de un grupo en Navidad, una foto que a Cole le encantaba por cómo había capturado el encanto de su numerosa familia—. Vaya, ¿son tus parientes?

—Sí, los más cercanos… Mis hermanos y sus mujeres e hijos.

—Parece un grupo divertido. Una cosa que siempre eché en falta fue tener una gran familia que se reuniera en las ocasiones especiales.

—¿No tienes más parientes?

Juliet negó con la cabeza.

—Mi tía tenía muchos amigos con los que celebrar el Día de Acción de Gracias y la Navidad, pero no era lo mismo —se sentó en el sofá y se fijó en el montón de papeles—. ¿Trabajos de estudiantes?

—Proyectos de investigación para este semestre.

—Qué interesante —dijo ella con una expresión divertida que indicaba todo lo contrario.

—Sí, es muy aburrido, pero si no los leo ahora, me veré agobiado de trabajo al final.

—¿Te gusta dar clases?

—Me gusta compartir mi experiencia profesional con gente a la que le interese, sobre todo estudiantes.

—¿Y tu trabajo como psicólogo?

—Me encantan los resultados y ver que he ayudado a una empresa en una transacción —miró el reloj y vio que aún quedaban diez minutos para que se hiciera la lasaña—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Claro, si me dejas ayudar —lo siguió a la cocina y miró el horno —. ¿Has hecho lasaña? Eso merece un beso —se acercó y lo abrazó por la cintura, apretándose contra él.

—Creo que debería cocinar más a menudo si voy a conseguir un agradecimiento así.

—Esto es sólo el comienzo —le dijo con una sonrisa maliciosa—. Tengo pensadas otras muchas formas de agradecértelo.

Cole tenía intención de que aquella noche se conocieran en un plano intelectual en vez de físico. Pero la erección fue instantánea y agachó la cabeza para besar a Juliet.

Al demonio con las reglas, con la cena y con todo. La deseaba allí y ahora.

Su conciencia le lanzó un último ruego, pero era imposible resistirse al deseo. La levantó y, tras sentarla sobre la encimera, le subió el vestido y admiró las braguitas blancas de satén. Eran

preciosas, pero tenían que desaparecer. La masajeó con el pulgar a través de la tela y ella cerró los ojos y gimió, apretándose contra su mano.

Él sintió cómo la humedad empapaba el satén y en cuestión de segundos le había quitado las braguitas y le había introducido los dedos. Estaba caliente y preparada. Ella se deslizó los tirantes del vestido por los hombros, y la visión del escote hizo que Cole deseara ver más. Tiró del vestido hacia abajo y descubrió con gusto que no llevaba sujetador. Se inclinó y saboreó los deliciosos pechos uno a uno, tomándose su tiempo.

Juliet le entrelazó los dedos en el pelo y él levantó la cabeza y la besó con frenética pasión. La deseaba, pero también quería disfrutar plenamente de la experiencia.

—Déjame probarte —le susurró.

Ella sonrió seductoramente, y él se arrodilló y deslizó la lengua en su interior, frotándole al mismo tiempo el clítoris. Ella se agitó y gimió, hasta que llegaron los espasmos de placer y la explosión del orgasmo.

Un momento después, Cole se irguió y fue besándola hasta llegar a su boca. Ella se aferró a él, le desabrochó los pantalones y le agarró la erección. Sin preguntar, le sacó la cartera del bolsillo trasero y extrajo un preservativo, que abrió y se lo puso sin dejar de besarlo. Entonces él la levantó y le dio la vuelta, amoldó su cuerpo al de ella y la inclinó sobre la encimera. Encontró su cálida abertura y la penetró con ímpetu y rapidez.

La liberación llegó antes de que pudiera contenerla. Se convulsionó incontrolablemente, aferrado a Juliet, vaciándose en ella. Poco a poco fue siendo consciente del olor a lasaña que llenaba el aire, y recordó que tenía que sacarla del horno.

Besó a Juliet en el hombro y en el cuello, apretándola contra él. Le tomó los pechos con las manos y ella dejó escapar un suspiro.

—Menudo aperitivo —dijo.

—Espera al plato fuerte —susurró él mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—Huele a quemado.

—No me referiría a ese plato, pero tienes razón —se apartó con desgana para quitarse el preservativo y lavarse las manos.

Juliet se puso una manopla y sacó la lasaña, que se había tostado un poco.

—Justo a tiempo —dijo—. Me gusta que el queso esté crujiente.

A Cole no le importaba el queso ni nada. Sólo quería llevarse a Juliet a la cama.

Cenaron animadamente, y Juliet alabó sus dotes culinarias. El mismo Cole quedó impresionado de haber preparado una comida que supiera bien.

Después de cenar, ella insistió en ayudar a fregar los platos, aunque Cole tenía intención de dejar esa tarea para el día siguiente. Cuando acabaron, la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia él.

—Creo que va siendo hora de que nos conozcamos con la ropa puesta.

—Pero yo disfruto mucho ayudándote con tu estudio —dijo ella con una sonrisa.

—El estudio no puede completarse si no nos damos una oportunidad de tener una relación verdadera.

Ella hizo un mohín con los labios, pero no discutió.

—Creo que podré ser paciente. ¿Qué tienes pensado para esta noche?

Él se moría por acostarse con ella, pero también quería conocerla fuera de la cama. Sin embargo, la química era tan fuerte que apenas podía resistirse a ella.

—Tengo una idea… ¿Qué tal si nos sentamos a hablar?

—¿Qué propones, unos preliminares verbales? —sonrió y le dio un beso en el cuello.

Cole se estremeció al recibir el beso, pero intentó pensar en cualquier cosa… impuestos, resultados de fútbol; lo que fuera para olvidarse del deseo.

—¿Qué te parece si vamos al salón y me cuentas cosas de tu trabajo? —propuso.

Hablar sobre los preparativos de una fiesta no podía llevar al sexo, ¿verdad? Parecía un tema seguro, y él sentía curiosidad por su trabajo.

—¿Por qué? ¿Te parece un tema tan fascinante? —preguntó ella.

—Tú me pareces fascinante.

—Bueno, siendo así… —acercó la boca a su oreja y le lamió el lóbulo.

Cole estuvo a punto de perder su determinación. Quería conocer mejor a Juliet, pero su cuerpo le ardía por otra clase de conocimiento. Nunca había sufrido tanto por no llevarse a una mujer a la cama. Y si el deseo seguía creciendo a aquella velocidad, iba a ser una noche muy, muy larga.

Capítulo 8

Principio número 8:

Una mujer indecente nunca es indecente sólo por llamar la atención. Cuando provoca un escándalo lo hace con un propósito mayor.

Juliet sonrió mientras Cole la conducía al salón. Nunca había salido con un hombre que cocinara para ella, y le parecía un detalle muy sexy y encantador, como tantas otras cosas de Cole. Demasiadas cosas…

La sonrisa se le desvaneció al darse cuenta de lo fácil que sería enamorarse de él si bajaba la guardia. En aquel momento, tenía la sensación de que Cole intentaba seducirla fuera de la cama para convencerla de que iba derecha a la autodestrucción.

Aquél era seguramente el mayor peligro de enamorarse de él. No la veía como a una mujer, sino como un desafío; alguien a quien podía salvar de un comportamiento dañino. Y una vez que le hubiera hecho ver el error de sus actos, ¿entonces qué? Su trabajo habría acabado. Así que, por muy increíble que fuera Cole en la cama, ella sería una ingenua si pensaba en él como en algo más que un amante temporal.

—Antes olvidé decirte una cosa —dijo él cuando se sentaron en el sofá—. He hablado con el inspector y le he dado tu número. Te llamará el lunes para concertar una visita.

—Gracias —el pánico la invadió. Una inspección confirmaría el trabajo que había que hacer y la enorme responsabilidad que conllevaba.

—Te has puesto pálida. Espero que no haya sido por la comida.

—He tenido un ataque de pánico al pensar en la reforma de la casa, eso es todo.

—Si de verdad te asusta, míralo de este modo: puedes venderla cuando quieras. La gente hará cola para comprarla, sobre todo después de las reformas.

—Tienes razón. No sé por qué me da tanto miedo.

Juliet se quitó los zapatos e hizo ademán de sentarse sobre sus pies, pero Cole le agarró las piernas y se las puso en el regazo para masajearle los gemelos. Hasta aquel momento, ella nunca había sabido la tensión que albergaban sus músculos.

—Mmm… qué gusto.

—Para mucha gente, ser propietario de una casa es algo muy simbólico. Quizá tengas miedo de todo lo que representa para ti.

Juliet cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras la tensión abandonaba sus piernas.

—¿Me estás psicoanalizando?

—Lo siento —dijo él en tono jocoso—. Es una mala costumbre.

—Tranquilo. Me gustaría saber lo que representa simbólicamente una casa. Quizá descubra así la razón de mis temores.

—El simbolismo es algo muy personal. Así que dime, ¿qué representa una casa para ti?

—Ésa es una pregunta difícil.

—Puede ser, pero ¿no crees que te gustaría saber la respuesta?

Tal vez tuviera razón. Juliet intentó pensar en lo que significaba una casa para ella y al instante se le pasaron muchas cosas por la cabeza.

—Compromiso, estabilidad, familia… —respondió sin preocuparse por las consecuencias—. Responsabilidad. Echar raíces. Estar atada. Tener menos libertad en la vida…

—Vaya… Detengámonos aquí y hablemos de todo eso.

—¿Por qué haces esto?

—¿El qué?

—Ayudarme a superar mis miedos —abrió los ojos y le clavó la mirada.

—Es mi trabajo —respondió él con una encantadora sonrisa.

—Yo no soy una de tus pacientes.

—No, pero has conseguido despertar mi interés. Quiero llegar a conocerte, saber cómo piensas, qué es lo que te mueve… Lo siento si te parece que hablo como un psicólogo.

Juliet se sintió halagada. Era raro encontrar a alguien que se interesara por algo más que su aspecto, su ropa o cómo podía animar una fiesta.

—No puedes evitarlo, ¿eh?

—Así es. Lo analizo todo hasta el último detalle. Pero no tienes por qué hablar de la casa si no quieres. Únicamente siento curiosidad, eso es todo.

Era extraño, pero Juliet sí quería hablar de ello. No creía que pudiera encontrar a nadie más interesado que Cole en escucharla. Y desde luego, no iba a encontrar a un psicólogo tan guapo como él ni que diera unos masajes tan increíbles.

—Cuando pienso en la casa, siento algo extraño en el estómago.

—¿Crees que puede ser por no haberte criado en una familia tradicional? A veces, lo que conocemos es lo que nos hace sentir cómodos.

—Pero yo conozco la casa. Crecí en ella.

—¿Y crees que, en un nivel más básico, tu miedo es a comprometerte con algo tan permanente como una casa?

—Tal vez.

—¿Es posible que ese miedo sea el resultado de no haberte criado con tus padres?

—No veo cómo.

—Lo que nos ocurre en la infancia puede tener repercusiones para toda la vida.

Juliet pensó en aquella posibilidad. No tenía recuerdos de su padre, y los que tenía de su madre eran por las fotos e historias que su tía le había contado. Ophelia creía que no tenía sentido mirar al pasado, y menos a una historia tan triste como la de su familia.

—Supongo que siempre he pensado que podría ser feliz si evitaba las complicaciones.

—Y todo lo que esa casa representa para ti es muy complicado.

—Sí —respondió. Cole dejó de masajearla y ella abrió los ojos—. Se te da muy bien esto. ¿Has pensado en dedicarte a ello profesionalmente?

—¿A dar masajes? Ni hablar —sonrió—. Seguramente tendría que darles masajes a muchos hombres peludos.

—Me refiero a la psicoterapia —dijo ella riendo.

—Nunca he tenido mucho interés en meterme en la vida personal de las personas —le pasó un dedo por la planta del pie, provocándole un escalofrío—. Sólo de unas pocas.

Juliet se sentía completamente relajada, pero el contacto de Cole le había provocado al mismo tiempo una espiral de calor en su interior. Apartó las piernas y se subió a su regazo.

—No me parece que ésta sea la postura adecuada para hablar —dijo él.

—Doctor, tengo un problema que sólo usted puede curar —quizá él quisiera seguir con su estudio, pero ella sabía toda clase de tretas para distraerlo—. Me duele aquí —se levantó el vestido y deslizó la mano en sus braguitas—. Y el dolor se hace más fuerte cuanto más cerca estoy de ti —empezó a masajearse y él bajó la mirada.

—¿Te alivia tocarte tú misma?

—Un poco, pero no mucho.

—Mmm. Normalmente no diagnostico dolencias físicas —dijo, metiendo las manos bajo el vestido y rodeándole las caderas hasta llegar al trasero.

—¿Y no podrías hacer una excepción? —preguntó ella en un jadeante susurro.

Él no dijo nada; siguió viendo cómo se tocaba con una mano entre las piernas mientras con la otra se acariciaba los pechos.

—Creo que puedo complacerte —dijo, cuando Juliet empezaba a pensar que su pequeña treta no estaba funcionando.

La hizo ponerse en pie y los dos se desnudaron mutuamente en un tiempo récord. Una vez desnudos y con el preservativo puesto, Cole la tumbó en el sofá y se colocó encima.

—¿Es aquí donde te duele? —le preguntó, presionando la erección contra ella.

—Sí… Justo ahí.

Él la penetró de una rápida y certera embestida, enloqueciéndola de placer. Juliet gimió y se dijo que debía relajarse y disfrutar.

Pero algo le intranquilizaba.

La culpa. Había usado sus artimañas femeninas para seducir a Cole, cuando él había intentado por todos los medios ir despacio con ella.

Se pasaron el resto de la noche jugando, explorándose, disfrutando de sus cuerpos, pero Juliet no pudo desprenderse del remordimiento. Amenazaba con arruinar la diversión.

Su intención no había sido quedarse dormida en la cama y los brazos de Cole, sino escapar del sentimiento de culpa. Se despertó sobresaltada en mitad de la noche y recorrió con la mirada la habitación desconocida. El sonido de una respiración a su lado y el tacto de un brazo alrededor de su cintura le recordaron que seguía en el dormitorio de Cole. Al dormir allí había violado la regla que se había prometido no volver a romper.

Se maldijo en voz baja, pero la cálida sensación del cuerpo desnudo de Cole era muy tentadora. Si se quedaba, tal vez volvieran a hacer el amor al despertarse; desayunarían en la cama y tomarían juntos una ducha caliente.

No.

Sólo tenía que recordar el último encuentro en la habitación del hotel para saber que era una mala idea. Había demasiadas emociones enfrentadas, y alguien podría sufrir.

Tenía que marcharse.

Se obligó a levantarse de la cama con cuidado de no despertarlo. Buscó a tientas su ropa en la oscuridad, pero recordó que habían quedado desperdigadas por el salón.

Unos minutos después, se había vestido y había encontrado su bolso. Salió silenciosamente por la puerta principal, se subió a su coche y condujo hacia su casa.

Pero en vez de sentirse libre y exultante por una noche de sexo, como sería de esperar, la asaltaba la sensación de que había hecho

algo malo. No quería marcharse aún de casa de Cole. Quería acurrucarse contra él y despertarse en sus brazos. Nunca antes había tenido unos deseos así en una aventura, pero ahí estaban.

Tal vez fuese porque Cole era distinto. Más maduro, más atento y más complejo que los hombres con los que normalmente salía. Todo en él era complicado. Y a Juliet le aterraba pensar que hubiera quedado atrapada en una red de sentimientos y obligaciones hacia él. Pero aún le aterraba más que no quisiera irse, que quisiera quedarse con él y disfrutar para siempre.

«Para siempre». Aquél era un concepto reservado para los cuentos infantiles, no para su vida amorosa. Ella era una chica que disfrutaba del presente, e iba a seguir siéndolo.

Cole alargó la mano sobre la cama, buscando la cálida piel de Juliet, pero sólo palpó la frialdad de la sábana. Abrió los ojos y supuso que estaría tomándose una taza de café en la cocina.

Bostezó y se estiró, decepcionado por no haberse despertado junto a ella, pero impaciente por encontrársela en su casa. Que hubiera pasado la noche con él era un gran paso en su relación. Sin duda estaban progresando.

Se levantó y, una vez vestido, salió al salón, un poco intranquilo de que no se oyera ningún ruido. Fue a la cocina, pero Juliet no estaba allí. Ni en ningún otro lugar de la casa.

Maldición.

Tal vez tuviera un compromiso anterior… ¿un domingo por la mañana? O quizá hubiera intentado despertarlo para despedirse, pero él no se había enterado… Aunque tenía el sueño muy ligero.

O quizá tuviera que aceptar que no habían progresado nada, que Juliet se había ido en mitad de la noche porque no quería verlo a la mañana siguiente.

Se sentó en el sofá donde habían hecho el amor la noche anterior y agarró el teléfono de la mesita. Marcó el número de Juliet y escuchó un tono, dos, tres…

—Hola, no soy yo. Es el contestador. Deja un mensaje —informó la voz de Juliet.

—¿Dónde estás? —preguntó Cole al oír la señal—. ¿Por qué te has ido sin despedirte? Llámame —colgó y se quedó sentado en silencio.

No era así como había imaginado que pasaría la mañana del domingo… solo, perplejo y frustrado. Había pensado que tomarían juntos el desayuno, que comentarían las noticias del periódico, que irían a pasear por el parque… Hasta Juliet, ninguna mujer lo había llenado tanto, hasta el punto de querer pasar el resto de su vida con ella.

Pero si Juliet no era capaz de verlo, tal vez no fuera la mujer adecuada.

Disgustado, se desnudó y se metió en la ducha, decidido a salir de casa para no pasarse todo el día dándole vueltas a la cabeza.

Media hora más tarde, estaba conduciendo hacia la casa de Max y Delia sin haberse molestado antes en llamarlos. Era una tradición familiar presentarse sin avisar.

Aparcó en el camino de entrada tras el enorme Suburban de su hermano y llamó al timbre. Unos segundos después abrió Tyler, todavía en pijama, y le chocó los cinco antes de dejarlo pasar.

—¿Qué haces en pijama, chaval?

—Mamá está en huelga, así que hoy nadie nos ha obligado a ir a misa.

Cole parpadeó sorprendido.

—¿Que está en qué?

—En huelga. Pero papá dice que no pertenece a ningún sindicato, así que su huelga no es de verdad. Lo único que hace es leer novelas de amor en el cuarto de invitados y comprar en internet.

Cole pasó la vista por la casa y vio que estaba hecha una pocilga. Calcetines sucios por el suelo, zapatos desperdigados por el recibidor, periódicos y revistas cubriendo los muebles, una extraña mancha en medio de la alfombra del salón…

—¿Dónde está tu padre?

—Estaba furioso con mamá porque ella no hace nada, así que se ha ido a trabajar. Y yo he tenido que desayunar cereales rancios.

—Creo que iré a hablar con tu madre. ¿Está despierta?

—Sí, pero ten cuidado. Creo que se ha vuelto loca.

Cole llegó a la habitación de invitados sorteando montones de ropa sucia, muñecas Barbie y mochilas. Nunca se había percatado de lo desordenada que era la familia de Max. Llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Qué pasa? —preguntó Delia desde dentro, no muy contenta de que la molestaran.

—Soy Cole. ¿Puedo pasar?

—Siempre que no vayas a pedirme que te haga la comida o la colada.

Cole sonrió y entró en la habitación. Siempre le había gustado el sentido del humor de Delia. La presencia de su cuñada bastaba para iluminar cualquier sitio, igual que la de Juliet.

—¿Te apetece tener compañía?

Ella dejó el libro, se ajustó la bata y se irguió en la cama.

—La verdad es que sí. No he hablado con nadie en todo el día.

—¿Quieres hablar de lo que está pasando aquí?

—No.

—¿Has visto el resto de la casa? —le preguntó él sentándose en una silla junto a la cama.

—Pues claro. Tengo que salir de la habitación para comer, ¿qué te creías?

—Entonces ¿de qué va esta huelga?

—Es una huelga matrimonial. Mi trabajo no se aprecia nada en esta casa, y no voy a volver a mis labores hasta que mi ingrata familia cumpla con su parte.

Cole asintió. Había visto los esfuerzos de Delia por hacer que su familia estuviera cómoda. Y podía comprender que fuera agotador.

—Lo entiendo perfectamente.

—Díselo a tu hermano.

—Max puede tener una opinión bastante anticuada sobre las mujeres —dijo él riendo.

—¿Qué me vas a contar? Tu madre, que en paz descanse, lo mimó demasiado.

—Siempre fue su favorito, incluso de mayor. ¿Crees que esta huelga sirve de algo?

—No lo sé —respondió Delia encogiéndose de hombros—, pero en cualquier caso disfruto de unas vacaciones. Sólo me hace falta la playa y un cóctel para estar en el paraíso.

—Max tiene que darse cuenta de cuánto haces en la casa, a juzgar por el desorden de ahí fuera.

—No creo ni que se haya fijado en el desorden. Ahora bien, si aparece una mancha en su Suburban, puede darle un ataque al corazón.

—Dentro de poco será vuestro aniversario de boda. ¿Piensas celebrarlo así?

—Espero que no. Creía que con la huelga habría conseguido algo a estas alturas, pero no parece que la situación vaya a cambiar.

—Tendré que hablar con él.

Delia puso una mueca y negó con la cabeza, como dándole a entender que aquello tampoco serviría de nada.

—Hablemos mejor de algo más interesante. Quiero saber lo que hay entre esa organizadora de fiestas tan guapa y tú.

Cole pensó que si podía hablar de aquello con alguien, era con Delia. Su cuñada lo había aconsejado en otras ocasiones, y aunque no podía tener peor gusto a la hora de elegirle mujeres, él confiaba en su criterio.

Sin embargo, no estaba seguro de querer contarlo todo.

—La cosa no va muy bien.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Delia arqueando una ceja—. Es guapa, parece lista y divertida y sabe cómo disfrutar en una fiesta.

—No está interesada en una relación. ¿Te basta con eso?

—Oh, vamos —su cuñada lo miró con incredulidad—. ¿Alguna vez has conocido a una mujer que no esté interesada en ti?

—Pues claro que sí.

—Se está haciendo la dura.

—No, en serio, no está buscando nada serio.

—Si fuera cierto, no estaría saliendo contigo —replicó Delia con una sonrisa.

Cole pensó en decirle que la única razón por la que habían estado juntos el fin de semana era porque ella se había ofrecido voluntaria

para demostrar una absurda teoría sexual, pero le pareció que eso sería violar la intimidad de Juliet.

—Bueno, si quieres mi consejo… ¿y quién no lo querría? —se fanfarroneó Delia— sigue tan encantador como siempre y ella acabará cayendo rendida como las demás.

—Se fue de mi casa en mitad de la noche sin molestarse en despedirse.

—¿Ni siquiera con una nota?

Cole negó con la cabeza.

—Tal vez tenía un compromiso temprano y se olvidó de decírtelo.

—¿Un domingo?

—Déjala explicarse antes de sacar conclusiones.

Era un buen consejo, pero Cole presentía que era mejor ir despacio con Juliet hasta que ella estuviera lista para comprometerse a algo más que a una relación sexual.

Además necesitaba cambiar de tema antes de hacer algo estúpido, como confesar que tenía miedo de estar enamorándose de Juliet.

—¿Y dónde está Max? —preguntó—. ¿En el restaurante?

—Sí. Su estrategia para enfrentarse a la huelga ha sido hacer horas extra.

—Creo que me pasaré por el Blue Bayou y le echaré una charla a este hermano mío.

—Asegúrate de decirle lo increíblemente afortunado que es al tener una esposa como yo.

—¿Y que necesita aprender a doblar sus calcetines?

—Oh, sí, eso también —dijo Delia con una sonrisa.

Cole salió de casa de su hermano y se dirigió al restaurante. Mientras conducía, pensó en el matrimonio de Max y Delia y cómo, subconscientemente, lo había tenido como ejemplo de lo que él esperaba tener algún día. Incluso con Delia en huelga y Max en el trabajo, seguía viéndolos como una buena pareja. Se le ocurrían problemas mucho peores que los de ellos.

Como, por ejemplo, los suyos propios.

Capítulo 9

Principio número 9:

Una mujer indecente se rodea de mujeres como ella, con quienes compartir ideas y estrechar los lazos de la amistad, pues sabe que la unión hace la fuerza.

Juliet tomó un sorbo de café y esperó con los ojos cerrados a que la ardiente dosis de cafeína hiciera efecto. Después de marcharse de casa de Cole el sábado por la noche, había estado nerviosa, inquieta y desvelada durante todo el día siguiente.

Se había pasado el domingo intentando ocuparse de las tareas administrativas de Any Ocassion, pero continuamente se sorprendía mirando al vacío y pensando en Cole.

Aquella mañana había quedado con Delia, y aunque le habría encantado quedarse en casa y descansar un poco, estaba impaciente por conocer mejor a la cuñada de Cole, de quien él había hablado tan bien.

Además, tenía trabajo que hacer. Había recibido una llamada del inspector que le había recomendado Cole y habían concertado una cita para ese mismo día. Estaba nerviosa por su valoración, ahora que había decidido quedarse con la casa. Una parte de ella quería oír que estaba infestada de termitas y que había que quemarla hasta los cimientos, mientras que otra temía que la casa estuviese en un estado crítico.

A su alrededor, las conversaciones y ruidos de cacharros de su cafetería favorita se mezclaban con el bullicio del tráfico, y Juliet se sintió extrañamente reconfortada en contraste con el silencio de su apartamento. Vivir sola tenía sus inconvenientes, sobre todo cuando se despertaba con el anhelo de cierta compañía masculina.

Durante toda la noche la habían asaltado las dudas; dudas sobre su decisión de quedarse con la casa de su tía, dudas sobre su capacidad para resistirse a los encantos de Cole, y no sólo a los sexuales, dudas sobre sus oportunidades en la vida. ¿Sería una equivocación permanecer soltera? ¿Se estaría conduciendo hacia una vejez llena de decepción y amargura?

No era la clase de pensamientos que solía tener. Su alegre existencia estaba sufriendo una transformación, y si quería preservar su cordura y la vida que conocía, necesitaba acabar la relación con Cole.

El problema era que le había dado un mes para demostrar su teoría… y que ella deseaba tener ese mes con él. Lo único que debía hacer era atenerse a los principios de las mujeres indecentes y confiar en poder demostrarle a Cole que su teoría estaba equivocada.

Por su parte, Cole hacía todo lo posible por demostrar que la equivocada era ella. Y, ciertamente, sus esfuerzos por retrasar el encuentro sexual habían sido encantadores.

Juliet empezaba a darse cuenta de lo fácil que sería enamorarse de él, por lo que necesitaba establecer una cuarta regla: asegurarse de que la pareja fuese alguien fácil de abandonar. Podía ser guapo, podía ser extraordinario en la cama, pero no podía ser la clase de hombre del que una no quisiera despegarse.

Sonrió al ver que Delia entraba en la cafetería. Se movía con una seguridad apabullante en sí misma. Alta y atractiva, debía de rondar los cuarenta. Tenía una bonita melena rubia que le llegaba hasta los hombros, unos ojos azul topacio, y unas curvas que, a pesar de haber tenido tres hijos, aún podrían detener la circulación.

Delia la vio y la saludó con la mano, antes de dirigirse hacia la barra y pedir un café. Una vez tuvo la taza, se acercó y se sentó frente a Juliet.

—Siento llegar tarde. Me acabo de echar un tinte en el pelo por primera vez en mucho tiempo, y no recordaba lo mucho que se tardaba en hacerlo.

—Tranquila, no tengo prisa. Por cierto, el pelo te queda genial.

—Gracias —dijo ella agitando la melena—. No podía dejar de mirarme en el espejo retrovisor mientras venía hacia aquí.

—¿Qué te ha animado a echarte un tinte y salir a tomar un café?

—Buena pregunta —soltó un suspiro—. Estoy en huelga con mi familia.

—¿Cómo es eso? ¿Te niegas a trabajar?

—Me niego a cumplir con mis deberes de madre y esposa hasta que ellos empiecen a apreciar un poco más mis esfuerzos.

—Haces muy bien —le aseguró Juliet con una sonrisa.

—No llevo ni una semana todavía, pero de momento no he conseguido nada.

—¿Y cuándo sabrás que has conseguido algo?

—Cuando todos vengan arrastrándose a mis pies y me demuestren que han aprendido a cuidar de ellos mismos.

Aquélla era la razón por la que Juliet no tenía prisa alguna en casarse. No quería acabar siendo la criada de una familia desagradecida.

—No me malinterpretes —dijo Delia, como si le leyera la mente—. Quiero a mi familia y me gusta mi vida, pero nuestra casa necesita un poco de reorganización.

—Mi tía siempre decía que ser madre es como nadar a contracorriente en un río… una tarea agotadora que no te lleva a ninguna parte.

—¿Cómo estaba tan segura? —preguntó Delia con los ojos muy abiertos, horrorizada.

Juliet nunca le había preguntado a su tía por el tema, pero algo debía de haber ocurrido para que tuviese una opinión tan radical.

—Supongo que no le gustó mucho que yo entrara inesperadamente en su vida.

—¿Era buena contigo?

—Siempre. No era como una madre normal, pero cuidó de mí lo mejor que pudo.

—Aun así, no debería haberte hablado tan mal de la maternidad.

—Ahora que lo dices, me pregunto si estaba resentida por haber tenido que cuidar de mi madre. Mi tía era quince años mayor que su hermana, así que mi abuela la cargó con gran parte de la responsabilidad maternal.

—No hay nada como arruinar tu adolescencia por culpa de un bebé para que se te quiten las ganas de ser madre.

Aquello tenía sentido, pensó Juliet. ¿Por qué nunca había relacionado aquellas dos partes de la vida de su tía? Guardó la información para pensar en ella más tarde.

—Ophelia era una mujer muy compleja —dijo.

—¿Y tus padres?

—Es una historia muy larga y muy triste que prefiero dejar para otro momento.

Delia la miró con preocupación, pero no insistió.

—Me alegra que hayamos podido vernos. Apenas tengo tiempo para mí, y después de que se me estropeara la otra noche con mi amiga, necesitaba una compensación.

Juliet sonrió.

—Cole me dijo que Max y tú lleváis casados veinte años.

—Así es. Nuestro vigésimo aniversario es el mes que viene.

—Vaya, qué bien. ¿Y qué vais a hacer para celebrarlo?

Delia se encogió de hombros.

—Quién sabe si nos hablaremos para entonces. Lo más seguro es que dejemos a los chicos en casa de mi madre y salgamos a cenar. Es lo que hacemos cada año.

—¡Tenéis que hacer algo especial! Déjame organizar una fiesta de aniversario con todos tus amigos y familiares —ofreció, dándose cuenta inmediatamente de que no debería haberlo hecho. ¿De dónde sacaría el tiempo y el dinero?

—No, no puedo dejar que hagas eso…

—Sí, claro que puedes. Primero os vais a cenar juntos, y a la noche siguiente lo celebráis con todos. Será muy divertido.

—No quiero que te molestes por nosotros.

—Pero quiero hacerlo, en serio.Vamos, ¡de verdad que será divertido!

Delia pareció pensarlo.

—Si nos permites pagarte, tal vez acepte.

—¡Por supuesto que no! Ha sido idea mía.

—Entonces no habrá celebración.

Pero Juliet ya lo había decidido. Si era necesario, prepararía una fiesta sorpresa.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás tramando algo? —le preguntó Delia.

—No sé de qué estás hablando —dijo ella apartando la mirada.

—Si de verdad quieres preparar una fiesta, por favor, haz que Cole participe. Correrá con todos los gastos.

—De acuerdo; si insistes, le pediré que me ayude —le aseguró, sólo para zanjar la discusión. Conseguiría que Cole participara, pero para que la fiesta fuera más personal.

—Bueno, dime, ¿qué hay entre Cole y tú? ¿Es algo serio?

—Nada serio.

—Vamos, tienes que contarme más. Sacarle información a Cole es como intentar ordeñar a un toro.

Juliet soltó una carcajada por la comparación.

—Está bien. Yo no busco una relación seria, pero Cole no acepta un «no» por respuesta.

—El hecho de que Cole te persiga ya es toda una proeza.

—¿Por qué?

—Las mujeres lo han acosado toda su vida. Nunca ha tenido que mover un dedo para tener una novia o una cita.

—Bueno, en ese caso le vendrá bien un desafío, para variar.

Delia sonrió avergonzada.

—Todos mis esfuerzos por emparejarlo han sido desastrosos; por eso estoy encantada de verlo tan interesado en ti. Creo que eres perfecta para él. Nunca lo había visto de tan buen humor.

—¿Qué quieres decir? —no quería desanimar a Delia señalando que no había ninguna posibilidad de que Cole y ella fueran algo más que amantes—. ¿Normalmente es huraño?

—No, sólo un poco serio. Es parte de su encanto, aunque las sonrisas y las bromas lo hacen aún más atractivo.

Otra razón por la que no podían compartir más que sexo. A Juliet no le gustaban los tipos serios. Quería que su pareja fuese el alma de la fiesta. Sonrió al recordar lo que le había dicho Max sobre el carácter alocado de Cole.

—Tu marido me contó unas cuantas historias sobre Cole para asegurarse de que le preparara una fiesta a su medida.

—Este hombre… —dijo Delia con una mueca de exasperación.

—Max me parece un gran hombre. Por lo que Cole me ha contado de vosotros dos, admiro lo que tenéis. La verdad es que me sorprende lo de esta huelga.

Pero ¿de dónde demonios había salido aquella confesión? ¿Cómo podía decir que admiraba a una pareja casada? Aunque, por otro lado, un matrimonio estable era tan poco frecuente, que sus miembros eran dignos de elogio.

—Hemos tenido veinte años de dicha matrimonial —dijo Delia sonriendo irónicamente—. Pero es muy fácil olvidar lo afortunados que somos. Gracias por recordármelo.

—No muchas parejas pueden presumir de durar tanto y seguir siendo felices.

—Cuando conocí a Max, no estaba buscando marido. Y él… bueno, parecía el hombre menos adecuado para mí.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. Gracias a Dios, ambos maduramos, o nunca habríamos sobrevivido como pareja.

—Si no buscabas marido y él no era tu hombre perfecto, ¿cómo es que acabasteis casándoos?

Delia apuró la taza de café y esbozó una sonrisa soñadora.

—Yo era joven y tenía la cabeza llena de pájaros. Fantasías románticas, caballeros que me conquistaban, cosas así.

Juliet no pudo evitar una sonrisa.

—Y él te robó el corazón.

—Sólo para poder acostarse conmigo.

La sonrisa de Juliet se transformó en una carcajada.

—¿No es ésa la estrategia de todos los hombres?

De todos los hombres excepto de Cole.

Se puso seria al darse cuenta de lo lejos que había llegado Cole desafiando sus expectativas. Había revolucionado las ideas que ella tenía sobre las relaciones, el sexo y los hombres. Era demasiado complicado, demasiado analítico, demasiado seguro de su estúpida teoría sexual.

—Sea como sea, espero que cambies de opinión respecto a Cole —dijo Delia—. Creo que haríais una buena pareja.

Juliet se limitó a encogerse de hombros. No quería decepcionar a su nueva amiga, pero tampoco quería engañarla.

Delia la miró fijamente a los ojos.

—Vamos, cuéntamelo… ¿qué hay realmente entre vosotros dos?

—Sexo, nada más.

—No te creo.

—Pues es todo lo que voy a decir. Si quieres más, tendrás que ordeñar al toro.

Delia se echó a reír.

—No, gracias. Ya tengo bastantes ocupaciones.

—Me lo imagino. Tres niños, un marido, un restaurante, una huelga matrimonial…

Las dos se rieron a la vez.

—El restaurante es cosa de Max. Yo me encargo de los niños.

—Me gustaría conocer a tus hijos alguna vez.

—Oh, los conocerás, te lo aseguro. ¿Por qué no venís Cole y tú a casa de Kelly y Jake el domingo que viene para un picnic? Así podrás hartarte de niños.

—Me encantaría —dijo, dándose cuenta demasiado tarde de que tendría que volver a ver a Cole—. ¿Kelly y Jake estarán de acuerdo?

—Por supuesto. Los avisaré de que vais a venir. Ya verás… Cuando conozcas a mis hijos se te quitarán las ganas de volver a tener relaciones sexuales en tu vida.

—No estás haciendo precisamente campaña a favor de la maternidad —dijo Juliet riendo.

—En realidad, y aunque te parezca una sentimental, me encanta ser madre. Es lo mejor que he hecho en mi vida, sobre todo cuando tus hijos son pequeños y puedes mimarlos y abrazarlos todo lo que quieras. Es otra cosa cuando llegan a la adolescencia.

Juliet sonrió, y entonces se le ocurrió una idea.

—Hablando contigo, y oyendo lo ocupada que estás, he recordado lo mucho que una mujer necesita pasar tiempo con sus amigas.

—Tienes razón. Me alegro mucho de que nos hayamos visto. Espero que podamos repetirlo pronto.

Juliet se mordió el labio, pensando si de verdad quería hacer lo que llevaba gestándose en su cabeza desde que encontró la lista con los principios de la Liga de Mujeres Indecentes.

—He estado pensando… Cuando mi tía era joven, formó un grupo llamado la Liga de Mujeres Indecentes.

—Oooh, me encanta cómo suena —dijo Delia.

—Era un grupo de mujeres que se reunían una vez al mes en casa de mi tía para hablar, alternar y celebrar que eran las mujeres más atrevidas de su tiempo. ¿No sería fantástico hacer algo así otra vez?

—¿Tener tiempo sólo para mujeres de manera regular? Suena demasiado bueno para ser cierto.

—Tengo muchas amigas que están en tu misma situación. Desde que se casaron y tuvieron hijos, apenas las he vuelto a ver.

Delia asintió.

—Yo también he perdido el contacto con casi todas mis amigas. Es difícil mantener una amistad cuando nuestras vidas toman caminos distintos.

—Pero si os hubierais reunido regularmente cada mes, seguro que no habríais perdido el contacto.

—¿En serio estás pensando en volver a formar ese grupo de mujeres indecentes? —preguntó Delia, inclinándose hacia delante ansiosa por oír más.

—Desde luego. Creo que es una idea demasiado buena como para no llevarla a cabo.

—Cole dijo que ibas a quedarte con la casa de tu tía y reformarla. ¿Se celebrarían allí las reuniones cada mes?

—Es la tradición.

—Guau, parece muy divertido. Cuenta conmigo. Y dime si puedo ayudar en algo.

—Sé un modo en el que puedes ayudar. Quiero que el grupo empiece siendo pequeño, pero me gustaría que lo formaran mujeres

de varias edades. Si conoces a alguien que pueda ser una mujer indecente y a la que le gustaría unirse, házmelo saber y la invitaremos.

—La verdad es que tengo unas cuantas amigas indecentes con las que me encantaría volver a reunirme.

Juliet miró su reloj y vio que sólo faltaban quince minutos para su cita con el inspector en casa de Ophelia.

—Tengo que irme, pero estoy muy contenta de que nos hayamos visto —dijo al tiempo que se levantaba.

—¿Vendrás al picnic el domingo?

—Por supuesto —aseguró, aunque sentía una punzada de aprensión en el estómago.

Tenía el presentimiento de que, a pesar de la huelga, Delia era feliz con su marido y sus hijos. Ver un ejemplo perfecto de felicidad familiar ¿le haría desear tener lo mismo?

¿Y qué si así era? ¿Por qué le molestaba tanto la idea?

Porque sabía que era un sueño irrealizable. Se conformaría con su vida alegre y sencilla y dejaría los enredos familiares para las mujeres más valientes que ella.

Delia miró por la ventana de la cafetería, viendo cómo Juliet se alejaba por la acera. Veía mucho de ella misma en aquella mujer. Era extraño. Por culpa de unas pocas decisiones, no había sido como ella diez años antes. Podría haber sido una chica soltera, sin compromisos, con toda la vida por delante.

¿Lamentaba haberse casado tan joven? Antes de tener a sus hijos, había tenido momentos de duda; pero no podía decir que envidiara a Juliet.

A pesar de la huelga, no podía imaginarse una vida distinta. Una repentina ola de emoción la inundó, y tuvo que parpadear para contener las lágrimas. No había esperado que la conversación con Juliet le haría apreciar lo que tenía.

Pero así había sido. Y si sólo pudiera conseguir que su familia la apreciara un poco más, todo sería perfecto.

En aquel momento sonó su móvil. Hurgó en el bolso y vio en la pantalla que era su hija Brianna, llamándola desde el colegio con su móvil nuevo.

—Hola, Brie.

—Hola, mamá. Es la hora de comer, y estaba pensando que…

—¿Pensando qué? —la acució cuando su hija no siguió. Seguramente fuera a pedirle permiso para volver tarde o ir a casa de una amiga después del colegio. Brianna nunca la llamaba por otras razones.

—En ti.

—¿Qué pasa conmigo?

—Es por eso de la huelga… Me siento mal por todo el trabajo que te causamos y que no… bueno, que no apreciamos mucho.

¿Cómo? Delia parpadeó con asombro. ¿Había oído bien a su hija? ¿Acaso alguien de su familia había entendido finalmente el mensaje?

—Bueno, supongo que es eso mismo lo que intentaba deciros.

—Sólo quería decirte que lo siento. Te prometo que ordenaré mi habitación esta noche.

—Gracias, Brie. Muchas gracias.

—Tengo que irme. La hora del almuerzo casi ha terminado.

Era demasiado esperar que su hija adolescente quisiera pasar la tarde con ella, pero aun así tenía que intentarlo.

—¿Quieres salir a cenar y a tomar un helado conmigo esta noche?

—Eh… claro. ¿Podré pedir mi helado especial de brownie?

—Por supuesto.

Después de despedirse y meter el móvil en el bolso, Delia sonreía como una tonta. Al menos la huelga había conseguido que Brianna apreciara sus esfuerzos.

Un miembro de la familia menos, pero aún quedaban tres.

—¿Juliet? Soy Cole otra vez. ¿No piensas devolver mis llamadas? Delia me dijo que vas a ir al picnic el domingo. Llámame si es cierto.

Colgó y puso una mueca por el tono irritado de desesperación con el que había hablado. Genial, ahora Juliet pensaría que la estaba acosando.

Dejó el teléfono en la mesa y suspiró, contemplando el monitor del ordenador. Estaba demasiado nervioso para trabajar aquella noche.

Durante toda la semana había pensado en pasarse por la oficina de Juliet o por casa de su tía. Al menos se merecía una explicación por su comportamiento del sábado. Pero había optado por refugiarse en el trabajo y hacer horas extra para aconsejar a los alumnos sobre sus proyectos.

Además, se sentía culpable por haberle prometido que la ayudaría con la casa y no haber movido todavía ni un dedo. Era culpa de Juliet por no devolver las llamadas, pero aquello no era excusa; sabía que la casa debía estar lista para mudarse a ella lo antes posible.

Se levantó y caminó por la habitación en busca de algún libro o revista… cualquier cosa que no le hiciera pensar en ella. Pero se sorprendió vagando por la casa. Casi todas las habitaciones le recordaban lo que había hecho con Juliet el fin de semana anterior. Y ahora, un viernes por la noche, estaba solo y fingiendo que trabajaba.

Había rechazado la invitación de unos amigos para ir a un bar, una de su hermano Paul para ir a cenar y otra de una mujer a la que apenas conocía para salir con ella. Estaba solo en casa y odiándose por ello.

Salió a correr unos kilómetros y estuvo cerca de una hora haciendo pesas en el pequeño gimnasio que había montado en la habitación libre. Luego, se duchó y se tumbó en el sofá con un montón de trabajos que calificar.

Empezó a leer la primera página, pero al cabo de un minuto se dio cuenta de que no había comprendido ni una sola palabra. Sus pensamientos volvían una y otra vez a Juliet y a cómo se había escabullido de su cama en mitad de la noche.

¿Qué le había asustado tanto? ¿De verdad tenía tanto miedo de que se conocieran mutuamente? ¿Tan reacia era a dar a su relación una oportunidad?

Especular no tenía sentido. Pero no podía evitarlo. Si Juliet era tan asustadiza, entonces él quizá se hubiera equivocado. Tal vez había

sido un estúpido por enamorarse de ella.

Sí, definitivamente era un estúpido. No podía negarlo.

Pero lo más escalofriante era que, aun sabiendo que se equivocaba al perseguirla, no quería dar media vuelta y tomar otro camino. Iba derecho a la autodestrucción, como si estuviera conduciendo a toda velocidad hacia un muro; pero si eso significaba llegar hasta ella, no estaba seguro de que le importara mucho la colisión.

Capítulo 10

Principio número 10:

Una mujer indecente reconoce sus errores, aprende de ellos e incluso los celebra. Sabe que sin fracaso no puede haber éxito.

Juliet escuchó por segunda vez el mensaje de Cole y lo borró. Lo correcto sería llamarlo, pero cada vez que levantaba el auricular recordaba la sensación de pánico que la había asaltado el sábado por la noche, y volvía a colgar sin marcar el número.

Estaba inmóvil junto al teléfono cuando éste empezó a sonar, dándole un susto de muerte. Respiró hondo para calmarse y vaciló antes de responder. ¿Sería Cole? ¿Qué iba a decirle ella?

No importaba. Tarde o temprano tendría que hablar con él.

—¿Diga?

—Hola, Juliet. Soy Delia.

Oh, gracias a Dios…

—Hola, Delia. Pensé que eras otra persona.

—¿Alguien como mi cuñado, tal vez?

—No —mintió, pero enseguida se sintió culpable—. Sí.

—Dijo que no sabía si ibas a ir con él al picnic del domingo, así que pensé en preguntártelo yo misma.

—Oh, el picnic. He estado tan ocupada esta semana que lo había olvidado.

—¿Habéis tenido algún problema?

—¿Eso te ha dicho?

—Cole no me ha contado nada, como de costumbre. Esperaba que tú me lo aclarases.

—He estado muy ocupada y no he podido llamarlo, eso es todo.

—Creía que iba a ayudarte con las reformas de la casa.

—Odio pedirle un favor así a nadie.

—Juliet, cuando un hombre quiere ayudarte, no puedes decirle que no, y menos si es un hombre como Cole.

Juliet necesitaba ayuda. Había elegido y comprado la pintura, había pedido un préstamo, había hecho que le examinaran las ventanas y había visitado varias tiendas mirando cocinas y cuartos de baño. Pero en lo referente al trabajo de verdad, no sabía por dónde empezar.

Finn no había sido de mucha ayuda. Su interés en las reformas de una casa se limitaba a ver el canal de televisión Casa y Jardín.

—Está bien, está bien. Lo llamaré esta noche.

—He hablado con él hace unas horas, y me pareció que estaba solo en casa. ¿Tú también estás sola?

—Bueno… iba a salir con una amiga, pero su novio ha llegado inesperadamente de San Diego, así que… sí, estoy sola —confesarlo le resultaba patético.

—¿Tengo que recordarte que sería una buena idea hacerle una visita a Cole?

—Estaba pensando en quedarme en casa y ver una película.

—Puedes verla en su casa.

—¿Estás jugando a ser casamentera o qué?

—Pues claro que sí. No sé qué problema habréis tenido, pero no puede ser nada grave. Los dos sois buenas personas y seguro que os entendéis muy bien. Sólo necesitáis un pequeño empujón.

Juliet sonrió. Le gustaba la franqueza de Delia, aunque no siempre estuviera de acuerdo con ella. Pero tenía razón: le debía una visita a Cole.

—De acuerdo. Me pasaré por su casa si dejas de incordiarme.

—Estupendo, y ponte algo sexy.

Sí, se pondría algo que la haría olvidarse de que llevaba evitándolo toda la semana.

—¿Cómo va la huelga matrimonial?

Delia dejó escapar un suspiro.

—A este paso, empiezo a pensar que tendré que mudarme si quiero conseguir algo.

—Vaya, ¿tan mal te va?

—Los niños siguen aporreando la puerta pidiéndome cosas… «Mamá, ¿dónde está mi camisa roja? Mamá, tienes que llevarme a entrenar. Mamá, necesito esto. Mamá, necesito esto otro. Mamá, mamá, mamá…». Y Max forzó anoche la cerradura del cuarto de invitados y entró para hablar conmigo.

—¿Una conversación buena o mala?

—Me dijo que iba a contratar a una asistenta hasta que yo estuviera lista para volver al trabajo.

—Oh, oh… Contratar ayuda externa no es bueno.

—Le dije que el objetivo de la huelga es conseguir que él y los niños hagan algo en la casa.

—Quizá permita que lo de la asistenta sea permanente.

—Mmm… no lo creo. Fui un poco grosera. Incluso hice algunos comentarios sobre su habilidad en la cama.

—Vaya —dijo Juliet sin poder evitar una sonrisa.

—Sí, puede que me haya pasado un poco. Pero creo que al fin he conseguido su atención.

—Avísame si puedo ayudarte en algo, ¿de acuerdo?

—Tal vez necesite un sofá para dormir dentro de poco —dijo Delia riendo.

—Espero que no haga falta llegar a ese extremo, pero puedes venirte a mi casa cuando quieras. ¿Qué puedo llevar al picnic? ¿Estarás tú allí?

—Oh, claro. Quiero mucho a la familia de Max, y la huelga no es contra ellos. ¿Por qué no traes un poco de ensalada de patata?

—Lo haré. Será mejor que vaya a casa de Cole antes de que sea demasiado tarde.

Delia suspiró.

—Que te diviertas. Al menos podré acostarme sabiendo que alguien va a pasarlo bien esta noche.

Después de colgar, Juliet corrió a prepararse. Había estado haciendo recados todo el día, ayudando a Rebecca con las

invitaciones de boda y mostrándole a un restaurador los muebles antiguos de Ophelia que estaban en mal estado. No se sentía en la mejor forma posible para presentarse en casa de Cole.

Tras maquillarse un poco, cepillarse el pelo y ponerse unos pantalones ceñidos y un top a juego, quedó casi convencida de su aspecto y se marchó.

Mientras conducía, se puso a tatarear la canción que sonaba por la radio para no pensar en el creciente pánico que le producía volver a casa de Cole. No estaba orgullosa de cómo se había ido ni de haberlo evitado durante la semana, pero se había hecho una ligera idea de lo cómodo que era estar con Cole, y eso le aterrorizaba.

La comodidad equivalía a quedar atrapada, atada, a morirse de aburrimiento. Acabaría como Delia, declarándose en huelga matrimonial y encerrándose en un cuarto.

Cole vivía en un barrio antiguo no lejos del suyo, y su casa había sido reformada con esmero. Incluso en la oscuridad Juliet pudo ver que le había dedicado mucho esfuerzo a la fachada y al jardín.

Se quedó en los escalones de la entrada, con el corazón desbocado y el estómago revuelto, sin atreverse a llamar al timbre. Pero la luz que salía del interior parecía darle la bienvenida, y consiguió relajarse un poco.

Cuando finalmente llamó, se preguntó por qué había estado tan asustada. Cole sólo era un hombre, y ella, como mujer indecente, tenía que enfrentarse a los miedos que él despertaba en ella.

Pero en realidad no había tenido miedo, porque lo del fin de semana anterior no había significado nada. Ella tenía un control total sobre sus emociones.

Oyó pasos en el vestíbulo, y entonces Cole abrió la puerta y fue como una fantasía hecha realidad. Estaba casi desnudo, sólo con unos pantalones cortos de deporte, y tenía el pelo húmedo por haberse duchado recientemente.

Le clavó la mirada sin decir nada. Obviamente, no apreciaba su última huida.

—Lo siento —dijo ella torpemente—. No he parado en toda la semana.

—Una llamada telefónica es cuestión de un minuto.

—¿Vas a acusarme de todo en la puerta o puedo pasar para arrastrarme a tus pies como es debido?

Una sonrisa curvó los labios de Cole.

—Si vas a arrastrarte, puedes pasar.

La llevó al salón y se sentó en el sofá con los brazos cruzados. A Juliet se le hizo la boca agua al ver cómo se flexionaban los músculos de su pecho. Bajó la mirada hasta sus abdominales y tuvo que sentarse antes de que le fallaran las piernas.

—Estoy esperando —dijo él. Ella lo miró sin comprender—. Para que empieces a arrastrarte.

—Oh —sonrió—. Claro. ¿Tengo que disculparme? ¿Aún no lo he hecho? Mmm…

No estaba dispuesta a arrastrarse. De hecho, se había prometido no hacerlo nunca, por muy equivocada que hubiera estado. Pero tenía otras maneras de demostrarle que lo sentía…

—¿Puedes hacerlo mejor? —preguntó él rascándose la sien.

—Creo que sí. Y no puedo hacerlo si estoy sentada al otro lado del salón.

Se levantó y fue hacia él. Luego, se colocó entre sus piernas y le pasó los dedos por la cintura de los pantalones mientras le lanzaba su mirada más provocativa.

—Espero que no hayas venido aquí sólo por el sexo —dijo él, poniéndose rígido.

—No. He venido a disculparme. Pero prefiero hacerlo personalmente, ¿de acuerdo? ¿Quieres impedir que me exprese con libertad?

Cole era psicólogo. Aquello tenía que convencerlo.

—¿Por qué desapareciste el sábado pasado?

—No desaparecí. Me fui a casa.

Él la miró con frialdad.

—Sabes a lo que me refiero.

—Vamos a recordar las reglas básicas. ¿Has olvidado que una de ellas prohibía expresamente pasar la noche juntos?

—Creo que deberíamos olvidarnos de esas reglas.

—Las reglas están para protegernos de situaciones como ésta.

Cole la miró sin decir nada.

—Me ofrecí voluntaria para ayudarte con un proyecto científico. Se supone que debemos mantener una relación sexual, siempre y cuando yo esté abierta a algo más.

—¿Cómo puede haber algo más si sólo mantenemos una relación sexual?

—Hemos hecho otras cosas juntos además del sexo.

—¿Como cuáles?

Juliet necesitaba distraerlo, y rápidamente.

—¿Por qué no me cuentas más sobre tu Teoría de la Relatividad Sexual? ¿La has revisado desde que me conociste?

—Diría que estás demostrando su validez.

—¿Cómo es posible? —preguntó ella, esperando que le diera una lista de razones que demostrasen su desequilibrio emocional. Estaba segura de que aquella teoría no era más que pura palabrería psicológica.

—Estás haciendo todo lo posible por mantenerte alejada emocionalmente de mí, a pesar de que los dos salimos beneficiados si nos acercamos.

—No estoy de acuerdo. ¿Qué pasaría si no ponemos distancia? Acabaríamos rompiendo y uno de nosotros, o los dos, sufriría.

Cole pareció pensar lo que iba a decir antes de hablar.

—Ganaríamos mucho más si nos conociéramos el uno al otro.

—¿En tu teoría no se incluyen las rupturas?

—Estoy puliéndola un poco —dijo él encogiéndose de hombros.

—Entonces no importa lo que ocurra, pues encontrarás un modo de demostrar que tienes razón.

—Yo no diría eso.

—Pero si dices que estás puliendo tu teoría…

—¿Por qué no dejas de evitar lo verdaderamente importante? —su expresión dejaba claro que aún no estaba dispuesto a perdonarla—. No sé qué tiene que ver todo esto con haberte marchado sin despedirte.

—No quería despertarte.

—Podrías haberte quedado toda la noche.

—Eso es exactamente lo que no quería hacer. Es imposible mantener las distancias si sigo pasando la noche contigo.

—¿Si sigues pasando la noche?

—Fueron dos fines de semana seguidos, y la primera vez fue desastrosa.

Cole no parecía convencido, pero tampoco protestó. Le miró los dedos, que seguían acariciándole la cintura, y luego la miró a los ojos.

—No vamos a acostarnos —declaró.

Una ola glacial golpeó a Juliet, a pesar del calor que sentía en los dedos. Pero siempre se había enorgullecido de no rendirse ante las adversidades.

—No tenemos por qué hacerlo. Se supone que estoy aquí para demostrarte cuánto lo siento.

—Sí, aún estoy esperando.

Ella miró a su alrededor.

—El sábado pasado estábamos tan ocupados que no tuve oportunidad de ver toda la casa. ¿Quieres enseñármela?

Cole la miró con desconfianza, pero asintió. Juliet retiró la mano y lo siguió mientras salía del salón.

Examinó todas las habitaciones, los cuartos de baño y los armarios, para ver qué descubría sobre la personalidad de Cole. Todo estaba limpio y ordenado, con un ligero toque de decoración masculina. El despacho fue lo que más le sorprendió.

—Elegí esta casa por esta habitación —dijo él al tiempo que encendía la luz.

Juliet observó que había una puerta que conducía al exterior, proporcionando así otra entrada desde la calle.

—Había intentado imaginarme cómo sería tu despacho, pero no he estado muy acertada.

—¿Y eso?

—En primer lugar, no sabía que trabajabas en casa. Y me imaginé algo más sofisticado, con muchos colores y sillones negros de cuero.

—Esa clase de decoración no ayuda a que los clientes se relajen.

—¿Tus clientes vienen mucho a verte aquí?

—No mucho. Normalmente voy yo a la empresa que me ha contratado, pero de vez en cuando vienen aquí, para el contacto inicial.

—Debe de ser genial trabajar en casa.

—Es agradable, pero tiene sus inconvenientes. Por ejemplo, en mi tiempo libre tengo siempre la sensación de que debería estar trabajando.

—¿Eres un adicto al trabajo?

—Tengo cierta tendencia a ello —confesó él.

Juliet se pasó por el despacho, leyendo los lomos de los libros y mirando los objetos artísticos y personales que llenaban las estanterías. El efecto era íntimo y acogedor, lo cual debía de ser una táctica psicológica para que el cliente se sintiera cómodo. Juliet se imaginó a sí misma sentada allí y confesándole sus pensamientos secretos a Cole.

—¿Te gusta el béisbol? —le preguntó al ver su colección de pelotas firmadas.

—«Gustar» es decir poco.

—Ah, así que eres forofo.

—Tengo el carné de socio —dijo él sonriendo.

—Yo también soy aficionada, aunque nunca lo hubieras imaginado.

—Hace tiempo que aprendí a no sacar conclusiones sobre las personas.

—Oh, vamos… ¿Un psicólogo no saca conclusiones? No lo creo — se sentó en el sofá y puso los pies sobre la mesita, estirando los brazos sobre el respaldo.

—De acuerdo, intento no sacar conclusiones…

Ella sonrió. Era el momento de demostrarle lo arrepentida que estaba y, con suerte, quitarle aquella expresión de hielo.

—Dime —deslizó la mano sobre la suave piel del sofá —, ¿qué tengo que hacer para que representes conmigo la fantasía de un profesor seducido?

—¿Un qué?

—Tú puedes ser el profesor, y yo seré la alumna traviesa.

—Te dije antes que no vamos a tener sexo esta noche.

Estaba apoyado contra el escritorio. Ella se levantó y se acercó lo más posible sin llegar a tocarlo.

—¿Quién ha hablado de sexo? Hay otras maneras de representar una fantasía.

Él abandonó finalmente la expresión de recelo y esbozó una media sonrisa.

—Sólo se me ocurre una manera que pueda ser divertida.

—Entonces te falta imaginación. Yo seré una alumna que ha sacado malas notas pero que quiere graduarse.

—Mmm… Soy todo oídos.

—Y tú me pides que venga a tu despacho.

Él guardó silencio por unos momentos.

—¿Qué la trae a mi despacho, señorita? —preguntó, cuando Juliet empezaba a temer que no quisiera seguir el juego.

—Doctor Matheson —dijo, apretándose contra él y exagerando su acento de Nueva Orleans—. No sé cómo voy a aprobar su asignatura. Esperaba que me permitiera hacer un trabajo extra para usted.

—¿Qué clase de trabajo?

—Bueno, para serle sincera, la Psicología no es mi fuerte —llevó una mano hacia abajo y le agarró la erección—. Pero he obtenido muy buenas notas en educación física.

—Interesante —dijo él con voz tensa.

—Me gustaría enseñarle mi mayor talento, si es tan amable de sentarse en la mesa.

Cole obedeció y ella lo besó apasionadamente, explorando con las manos su piel desnuda. Cuando acabó, lo miró con una expresión de inocencia.

—Oh, lo siento, señor. Me he pasado un poco.

—No es necesario que te disculpes.

—Entonces, si no le importa, necesito que se baje los pantalones para ver qué le ha parecido mi trabajo.

—Señorita, supongo que sabrá que en esta universidad tenemos una política muy estricta sobre las relaciones sexuales entre profesores y alumnas.

—Por supuesto, señor. De ningún modo le estoy sugiriendo que hagamos el amor.

—Estupendo.

—Pero no podré terminar mi trabajo si no se baja los pantalones.

Vio que él estaba a punto de protestar, así que volvió a deslizarle la mano por el pecho hasta la erección. Lo acarició a través de la tela y las quejas de Cole murieron en su boca. Se bajó los pantalones y los calzoncillos y ella se arrodilló frente a él.

—Necesito tomarme unas cuantas libertades, señor —dijo, con la boca a escasos centímetros de la erección. Tan cerca que él podía sentir su aliento.

Juliet no había conocido todavía a un hombre que pudiera resistirse a un trabajo oral.

—Tómese todas las libertades que necesite, señorita.

Ella le rodeó el miembro con los dedos y se lo introdujo en la boca. Lo sintió duro y ardiente contra su lengua, y se deleitó con su tacto y sabor.

Lo besó y lamió en el extremo y lo recorrió con la lengua en toda su longitud mientras le acariciaba los testículos. A Cole se le entrecortó la respiración y se le aceleró el pulso, y a ella le encantó tenerlo a su merced.

Cole se aferró al borde del escritorio con una mano y entrelazó los dedos de la otra en los cabellos de Juliet, quien fue aumentando el ritmo hasta alcanzar una velocidad frenética. Lo llevó hasta el límite y más allá, haciendo que explotara y se vaciara en su boca, quedando tendido y jadeando sobre la mesa. Entonces subió hasta su cara y silenció sus gemidos con un beso mientras él se subía los pantalones.

Sentía la satisfacción de una pequeña victoria. Pero también una punzada de culpa… porque lo había manipulado para hacer algo que él no quería hacer, igual que la última vez.

No iba a permitirse pensar de aquella manera. Aquello era un juego entre dos adultos, y ella estaba allí para jugar y divertirse. Tiró de él hacia el sofá, donde tenía intención de seguir con el juego.

—Juliet —dijo él entre besos—, espero que no creas que voy a cambiar de opinión por esto.

—¿Mmm? —lo hizo callar con un beso largo y lento. Sin embargo, él la apartó.

—Gracias —dijo, asintiendo hacia la mesa —, pero ya te lo he dicho. No vamos a tener sexo esta noche.

—Debes de estar bromeando.

—Si quieres quedarte para hablar, magnífico. Pero si quieres hacer algo más, no puedo ayudarte.

Juliet parpadeó, perpleja. Aquello era nuevo para ella.

—¿Me has dejado hacer eso sabiendo que no tenías intención de acabarlo?

—Lo siento. Pensé que sólo querías compensarme por haberte ido sin despedirte.

La furia la invadió y quiso golpear y arremeter contra lo que fuera.

—Maldito estúpido —se levantó bruscamente del sofá.

Él también se puso en pie y la siguió fuera del despacho.

—No vas a ser una buena pareja de investigación si sigues huyendo.

—¿Podemos olvidarnos de esa tontería de estudio? Tu teoría es una ridiculez.

—Pues claro que no. Tú fuiste quien quiso hacerlo. ¿Siempre abandonas cuando las cosas no salen a tu manera?

No, ella no se rendía. Pero sí sabía cuándo saltar de un barco que se estaba hundiendo.

—Tienes razón —dijo—. Yo no abandono. Pero te pedí acceso ilimitado a…

—¿A mi cama? —interrumpió él con una sonrisa—. Es cierto. No estoy siendo justo, pero es mi teoría lo que estamos poniendo a prueba. Creo que debo modificar las condiciones si es necesario.

—El problema es que no puedo pensar en nada más que en sexo cuando estoy contigo.

—Eres insaciable —dijo él con una mirada llena de sensualidad.

—Casi todos los hombres lo consideran una buena cualidad.

—Y yo no lo discuto —cubrió la distancia que los separaba y le tomó las manos—. Pero no voy a acostarme contigo hasta que crea que estamos preparados.

La ira volvió a invadir a Juliet, que apartó las manos de un tirón.

—Entonces acuéstate con tu teoría de ahora en adelante y dime si te da calor por las noches.

Sin esperar una respuesta, se alejó por el pasillo y salió por la puerta principal, deseando no haber conocido nunca a Cole

Matheson.

Capítulo 11

Principio número 11:

Una mujer indecente es una líder, un ejemplo para aquéllas que se atrevan a seguirla.

Cole se sentía fatal por cómo habían dejado las cosas Juliet y él la noche anterior. No había sido su intención que ella hiciera lo que hizo ni que él dijera lo que dijo después. Pero lo habían hecho y dicho, y no estaba seguro de cómo había perdido el control.

Le había costado un esfuerzo supremo no impedir que se fuera y no arrastrarla a la cama. Pero sabía que si no conseguían pasar tiempo juntos sin mantener relaciones sexuales, no tendrían ninguna oportunidad.

De modo que, después de otra noche horrible, se levantó temprano y fue a la vieja mansión de Ophelia, con la esperanza de que Juliet estuviera allí trabajando y así él pudiera ofrecerle ayuda. Cuando vio su coche en el camino de entrada, suspiró aliviado.

Llamó a la puerta y un momento después ella lo miró a través de la ventana del vestíbulo. Él le ofreció una sonrisa reconciliadora, pero ella no se la devolvió.

—¿Qué pasa? —le preguntó secamente cuando le abrió la puerta.

—Siento lo de anoche —dijo él—. No debí dejar que las cosas llegaran tan lejos.

—¿Quieres decir tan abajo?

Cole estaba decidido a no reír, pero cuando ella lo hizo, no pudo evitarlo. Alzó las manos en un gesto de paz.

—Hoy he venido para estar a tus órdenes. Ponme a trabajar.

Ella lo miró con una ceja arqueada, pero se apartó para dejarle paso.

—¿A mis órdenes? Ten cuidado con lo que dices.

Cole entró y miró a su alrededor. A través de la puerta del salón vio que los muebles habían sido desplazados al centro de la estancia y cubiertos con lonas de plástico.

—Parece que has estado ocupada.

—El tipo de la tienda de pintura me dijo lo que tenía que hacer, pero no me atrevo ni a abrir una lata. Y hay otras muchas cosas pendientes. Todo esto me sobrepasa.

—Tendremos que trazar un plan de ataque y empezar por algún lado —examinó el viejo papel y la moqueta roída. La casa suponía todo un reto, pero era la oportunidad para trabajar junto a Juliet e intentar que cambiara de idea respecto a la relación.

Ella suspiró y se encogió de hombros.

—¿Y por dónde empezamos?

—Antes de pintar, tenemos que quitar el papel y preparar las paredes.

Juliet asintió.

—Siempre he odiado estas flores. Estaré encantada de quitarlas.

Cole fue a su coche y volvió con una caja de herramientas. Cada uno tomó un raspador y empezaron a trabajar.

Cinco minutos después, habían encontrado otras cinco capas de papel debajo del primero. No parecía muy probable que pudieran acabar en un día.

—¿Alguna vez habías hecho esto? —preguntó Juliet.

—Bueno, no es la primera vez que retiro el papel de una pared, pero nunca me había costado tanto.

—Creo que sería mejor vender la casa, después de todo.

—Sé que puede intimidar, pero lo que tenemos que hacer es dividir el trabajo en pequeñas tareas e ir completándolas una a una.

—Y mientras tanto, tengo que ocuparme de mi negocio y pagar las facturas —dijo ella arrancando una tira de medio metro.

—Cuando hayamos acabado, tendrás una casa preciosa y un lugar perfecto para tu negocio. Y además habrás preservado una parte de tu historia familiar.

—Sí, sí, sí. Qué fácil y bonito es decirlo.

Siguieron trabajando en silencio durante un rato, y Cole se dio cuenta de que desde que había llegado se sentía rejuvenecido. Su cansancio había desaparecido gracias a Juliet. Nunca había conocido a una mujer que tuviera un efecto tan fuerte en él. Tal vez fuera su energía vital, o su atractivo, o sus ganas de divertirse. O todo aquello a la vez.

—Pareces pensativo. ¿Te preocupa algo?

Cole fingió estar concentrado en retirar el papel. ¿Y si le decía hasta qué punto se sentía atraído por ella? ¿Cómo reaccionaría Juliet si le confesaba que era la mujer más increíble que había conocido y que no podía permitirse perderla?

Seguramente tan sólo consiguiera aterrorizarla.

Y quizá pudiera decirle al mismo tiempo que le había mentido para tenerla cerca, que no había ninguna Teoría de la Relatividad Sexual. Entonces sí que la ahuyentaría.

—Lo siento… Estaba pensando en cosas de mi trabajo. Nada interesante.

—Tu trabajo me parece muy interesante. No creas que me aburrirías con el tema. Me gustaría saber cómo desarrollaste tu teoría sexual.

Oh, oh. ¿Acaso le había leído la mente? No era ésa la conversación que quería tener.

—Tranquilo —dijo ella, sonriendo al verlo dudar—. Te prometo que no te echaré a patadas si me lo cuentas. Tal vez me pasé un poco anoche.

—La teoría se me ocurrió hace poco, cuando estaba viendo a una persona cuyo comportamiento la llevaba a la autodestrucción —dijo, buscando una respuesta coherente. No añadió que aquella persona era Juliet.

—¿Una ex novia?

—Algo así. Me hizo darme cuenta de un patrón que había visto otras muchas veces.

—¿Puedes ser más específico? Por ejemplo, ¿cómo demuestra tu teoría que el sexo sin compromiso es perjudicial?

—La teoría sólo expone el enunciado. Es nuestro comportamiento lo que la demuestra.

Ella lo miró con escepticismo.

—Vamos a ver si lo entiendo. Tú y yo tenemos una aventura sexual formidable… ¿y por culpa de eso vamos a sufrir un daño irreparable?

—No, el sufrimiento viene cuando ignoramos las emociones que acompañan al sexo. Sobre todo cuando uno quiere ir más lejos y el otro no.

—Tal vez uno de nosotros debería aprender a mantener una distancia emocional, ya que al otro parece que se le da bien levantar una barrera con su parloteo psicológico.

Lo dijo en tono jocoso, pero a Cole le dolió el comentario. ¿Sería cierto? ¿Estaría usando la Psicología para mantener a Juliet a raya?

—Dejemos eso por ahora. ¿Qué tal si hablamos de tu trabajo? —propuso, esperando distraerla—. ¿Crees que te lloverán los encargos cuando puedas celebrar fiestas aquí?

—Es posible. Si devolvemos a este lugar su vieja gloria, la gente podrá usarlo para toda clase de celebraciones, banquetes, incluso bodas.

—El salón de baile sería genial para eso. ¿Para qué usaba tu tía esa sala?

—Para nada. Supongo que la usarían mis antepasados, pero mi tía nunca celebró una fiesta lo bastante grande como para necesitarla.

—Por lo menos no está empapelada —dijo Cole, enfrascado con un trozo particularmente difícil de papel.

—Sí, es la sala que está en mejor estado de la casa, puesto que apenas se usó.

—¿Esta casa perteneció siempre a tu familia?

—No sé muchos detalles de su historia. A Ophelia no le gustaba hablar del pasado, pero parece ser que la construyeron mis bisabuelos.

A Cole empezaba a dolerle el brazo, así que se cambió el raspador a la otra mano y se apoyó contra la pared para tomar un respiro y

ver trabajar a Juliet.

Iba vestida con unos pantalones de peto muy holgados y un top que se ceñía provocativamente a sus pechos. Se había recogido el pelo en una cola de caballo y estaba preciosa sin maquillaje.

—No podría haber hecho esto sola —dijo ella, deteniéndose un momento—. Gracias.

Cole sintió un tirón en el pecho. En los ojos de Juliet podía ver su futuro, o al menos el futuro que él quería. Los dos juntos, no sólo como amantes o amigos, sino como algo más. Más de lo que ella deseaba… y de lo que nunca desearía.

La pregunta era ¿cuánto tiempo estaba él dispuesto a esperar?

Juliet puso el cuenco de ensalada de patata en la mesa de picnic y contempló el resto de la comida, aliviada de no ver otra ensalada de patata y sintiéndose un poco ridícula por preocuparse de llevar la comida adecuada a la reunión familiar. El simple movimiento de dejar el cuenco le recordó lo duro que había trabajado el día anterior. Definitivamente, necesitaba pasar más tiempo en el gimnasio.

Cole, en cambio, no parecía haber estado trabajando en la casa como un esclavo. No había duda de que era un trabajador nato.

Le había resultado imposible enfadarse con él cuando lo vio en la puerta de casa de su tía, vestido con ropa vieja y dispuesto a ayudar. Incluso la había asustado un poco lo feliz que se había puesto al verlo, a pesar de su negativa a acostarse con ella.

De hecho, todo sobre sus sentimientos hacia Cole le daba un poco de miedo. La conversación del día anterior se repetía una y otra vez en su cabeza. Tenía que recordarse continuamente que la teoría de Cole era una ridiculez y que, a pesar de las apariencias, no estaban hechos el uno para el otro.

—Olvidé decirte que mi familia puede ser muy curiosa —la avisó Cole—. Es posible que te hagan preguntas muy personales.

Juliet miró por encima del hombro y vio que todos los adultos que había en el jardín los estaban observando. Le gustaba ser el centro de atención, pero no así.

—¿Debería decirles que sólo nos hemos acostado por un estudio científico?

—Diles lo que quieras, pero recuerda que puedo vengarme si me dejas en mal lugar.

—Gracias por recordármelo. Hasta la otra noche, no sabía que fueras tan vengativo.

—Estoy lleno de sorpresas —dijo él.

Un niño pequeño y rubio con un bigote azul se acercó corriendo.

—¡Tío Cole!

—Hola, Jackson —Cole lo levantó para darle un abrazo y volvió a dejarlo en la hierba—. Ésta es mi amiga, la señorita Juliet.

Juliet lo saludó y sonrió, y Jackson le devolvió la sonrisa.

—¿Es tu novia? Mamá dijo que vais a casaros.

Juliet miró a Cole con ojos como platos, pero enseguida adoptó una expresión neutra.

—¿Hay algo que no me hayas contado?

—Te avisé —dijo él encogiéndose de hombros, y se volvió hacia Jackson—. Creo que tu mamá sólo estaba bromeando.

—No, dijo que estabas loco por una mujer.

Por primera vez, Juliet vio que Cole parecía avergonzado.

—Tendré que hablar con tu madre.

—¿Puedes decirle que tiene que comprarme un helicóptero nuevo con control remoto?

—Se lo diré.

—Oh, ¡aquí estáis! —exclamó Delia saliendo por la puerta trasera. Abrazó a Cole y después a Juliet—. Cuánto me alegra que hayas podido venir.

—Estaba conociendo a Jackson —dijo ella sonriendo.

—Sí —confirmó Cole—. Nuestro sobrino nos estaba contando cierta conversación familiar.

Jackson vio a un pájaro posado en el césped y salió corriendo a por él. Juliet lo vio alejarse, miró a los otros niños jugando y riendo en el jardín, y decidió que Cole era más afortunado de lo que había pensado. Las familias con niños eran las más felices.

Delia fue a separar a dos críos que se peleaban por un camión de juguete, y Cole llevó a Juliet a las tumbonas.

—Te presentaría a todos, pero sería como dejarte ante una manada de lobos. Dejaremos que sean ellos quienes vengan a nosotros. Y, créeme, vendrán.

La pelea por el camión se resolvió y Delia volvió junto a ellos.

—¿Dónde está Max? —le preguntó Cole.

—Cuando se enteró de que yo iba a venir al picnic, se fue a trabajar.

—Vaya. Parece que la huelga no está funcionando como estaba previsto.

—Pues no —corroboró ella. Se sentó en la tumbona de Cole y apoyó la cabeza en su hombro—. Lo cual es perfecto, porque no quiero verlo más.

—Hablé con él la semana pasada sobre el asunto, y no oyó ni una palabra de lo que le dije, como de costumbre.

—En fin, acabaremos siendo una de esas parejas de ancianos que duermen en camas separadas y apenas se hablan —dijo Delia con un suspiro.

Juliet se compadeció de su amiga, pero al mismo tiempo vio el ejemplo perfecto de por qué ella no quería casarse. Al final, incluso el más feliz de los matrimonios podía acabar mal.

—Juliet, ¿quieres que traiga a mis hijos para que los conozcas? —propuso Delia.

—Me encantaría.

Delia se marchó y Juliet se convenció aún más de que quería ayudarla.

—Quiero preparar una fiesta para el vigésimo aniversario de boda de Delia y Max —le susurró a Cole.

—Una fiesta está muy bien, pero no deberías entrometerte en sus problemas, sobre todo cuando ni siquiera se hablan entre ellos.

—Ya he decidido que voy a hacerlo. Por Delia. Pero necesito tu ayuda.

—Claro, siempre y cuando me dejes correr con los gastos.

Juliet no discutió, pues ella no estaba pasando por su mejor momento económico.

—Pero antes tienen que superar esta crisis —dijo, al tiempo que se le ocurría una brillante idea—. ¿Y si los juntamos una noche y les

hacemos ver el vídeo de su boda, si es que lo tienen, o algún álbum de fotos? A lo mejor así recuerdan por qué se enamoraron.

—Me parece una idea estupenda. Y creo que podré conseguir sus viejos álbumes de fotos y el vídeo de su boda.

Delia salió de la casa seguida por sus tres hijos. La menor, una preciosa niña rubia, era idéntica a ella, y los dos adolescentes tenían los ojos azules de Max.

—Juliet, te presento a Tyler, Brianna y Katie —dijo Delia.

Juliet sonrió y los saludó, pero su mente estaba en otra parte. La había asaltado una espeluznante cuestión: ¿cómo serían los hijos que pudiera tener con Cole?

El estómago se le revolvió al pensar en aquella posibilidad. Tenía que alejarse de Cole antes de acabar siendo parte de su escandalosa y gran familia.

Antes de encontrarse a sí misma en una vida que no deseaba en absoluto.

Capítulo 12

Principio número 12:

Una mujer indecente nunca mira atrás. Aprende del pasado, pero mantiene la vista fija en el futuro.

Desde el picnic familiar, Juliet se mostraba extraña y distante, a pesar de que Cole y ella trabajaban juntos casi a diario en las reformas de la casa. En las últimas semanas, habían conseguido pintar casi todas las habitaciones, restaurar los suelos de madera y renovar la cocina y los cuartos de baño, mientras que en el exterior se había reparado el tejado y los postes carcomidos del porche.

Habían hecho grandes progresos en poco tiempo, y aun así Juliet no parecía muy feliz.

Se habían pasado la mañana dándole una última capa de pintura roja al salón de baile. Una tarea agotadora, dadas las dimensiones del salón, pero el esfuerzo merecía la pena. Él nunca habría elegido el rojo, pero Juliet tuvo razón al pensar que sería el color perfecto. Hacía más cálida y acogedora la enorme sala y el brillo de las arañas de cristal que colgaban del techo la hacían aún más íntima.

Pero Cole parecía más satisfecho que Juliet de que el trabajo más duro se hubiera acabado, y estaba decidido a conseguir que se relajara… costase lo que costase.

Sumergió la brocha en la pintura roja y observó la camiseta blanca y los pantalones cortos vaqueros de Juliet. Había que darles un poco de color.

Con un giro de muñeca, el pecho y el muslo de Juliet quedaron rociados de pintura.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó ella entre dientes. Eran las primeras palabras que le dirigía en una hora.

—¿Porque me apetecía? —dijo encogiéndose de hombros.

Juliet miró el cubo de pintura y la brocha seca que había al lado.

—Ni se te ocurra —le advirtió él, sabiendo que iba a hacerlo.

Juliet corrió a por la brocha, pero él se interpuso en su camino y la tomó en brazos. Una vez que la tuvo sujeta, agarró la brocha y le pintó una raya en la mejilla.

—Pagarás por esto —masculló ella.

—¿Parezco asustado?

La soltó, y entonces Juliet agarró el vaso de pintura que él había estado usando para pintar los bordes y se lo arrojó. La pintura roja cubrió su camiseta y su brazo. Cole se echó a reír, haciendo que Juliet entornara los ojos como una gata a la defensiva.

Necesitaba relajarse más. Cole volvió a mojar la brocha y a mancharle la camiseta.

—Creo que vas a tener que quitártela.

—¿Ah, sí? No pienso desnudarme a menos que tú también lo hagas —antes de que Cole pudiera detenerla, le había vertido encima lo que quedaba de pintura—. Adelante. Desnúdate —le ordenó. No parecía todo lo relajada que él esperaba.

—¿Qué te pasa, Juliet? ¿Estás enfadada por algo?

—No, claro que no. Pero me sabe mal que me estés ayudando y que no pueda pagarte.

¿Otra vez con lo mismo? Ya habían tenido antes aquella conversación.

—Ya te dije que esto no es trabajo para mí. Me divierte hacerlo. No aceptaría que me pagaras aunque pudieras hacerlo.

Podía imaginar lo que le pasaba a Juliet. Se había creído demasiado las ideas de su tía, y ahora tenía miedo del lazo que se había formado entre ellos. Pensaba que para ser feliz tenía que permanecer soltera… Tal vez se estuviera enamorando de él, del mismo modo que él se había enamorado de ella.

Sí, ésa era la inevitable realidad: amaba a Juliet, y no podía imaginar un futuro sin ella. Aquella verdad era tan emocionante como aterradora.

—Cole, creo que deberías marcharte —la voz de Juliet lo sacó de sus pensamientos.

Él se quitó los pantalones y se quedó en ropa interior.

—No puedo irme así —dijo, cruzándose de brazos.

—¿No has traído ropa limpia? —preguntó ella, mirándole los calzoncillos.

—No pensé que fueras a tirarme un cubo de pintura.

—¿Tenías planeado esto?

—Sólo quería que te relajaras un poco. Desde el picnic en casa de Jake pareces muy tensa. ¿Es por mi familia? ¿Tan odiosos te resultaron?

—Por supuesto que no —respondió ella, ruborizándose—. Y no estoy tensa.

Él se acercó y la rodeó con los brazos.

—¿Estás furiosa porque no nos hemos acostado en tres semanas?

—Si hubiera querido acostarme contigo, lo habríamos hecho.

Él pensó en protestar, pero sabía que ella tenía razón. No habría podido resistirse.

—Entonces, ¿por qué no quisiste seguir poniendo a prueba mi teoría?

Ella lo miró unos momentos sin responder.

—Porque temía hacerte daño. Desde el principio te has tomado esto muy en serio.

—¿Significa eso que estás de acuerdo conmigo? —preguntó, y sintió cómo se ponía tensa.

—¿Es eso lo que quieres oír? Pues sí, Cole, tienes razón. El sexo sin compromisos es malo, muy malo. La gente sufre, echan a perder sus vidas, bla, bla, bla.

—No, no es eso lo que quiero oír.

Ella abrió la boca para hablar, pero él se lo impidió con un suave beso en los labios. Quería creer que no importaba que Juliet no lo amase o que tuviera miedo de admitirlo. Quería creer que al final todo saldría bien, pero ya no estaba tan seguro.

Empezó a profundizar en el beso al no notar resistencia, y al cabo de un minuto ella respondió con el mismo entusiasmo. Cole tuvo una erección instantánea y deslizó las manos bajo la camiseta para desabrocharle el sujetador. Con las manos llenas de pintura, le masajeó los pechos, endureciéndole los pezones y haciéndola gemir.

Pero, de repente, sintió que ella se ponía rígida.

—¿Qué pasa?

—No podemos hacer esto.

—Claro que podemos. Yo me encargo de todo —para demostrárselo, le desabrochó los pantalones y deslizó los dedos bajo las braguitas.

Ella cerró los ojos y suspiró, y él siguió acariciándola en la entrepierna y acabando con su resistencia. Tiró de los pantalones y de las braguitas hacia abajo y la presionó contra el marco de la puerta, una de las pocas superficies que quedaban por pintar. Estaba desesperado por poseerla allí mismo, pero también quería demostrarle que conocía su cuerpo y que los dos podían conectar a la perfección. Ella echó la cabeza hacia atrás, preparada para recibirlo. Sin embargo, él siguió acariciándola con los dedos, aumentando la velocidad. Vio cómo el placer suavizaba sus rasgos mientras la llevaba hacia el clímax, y cuando supo que estaba a punto de llegar, la besó, acallando sus jadeos mientras ella se retorcía.

La erección de Cole era tan dolorosa, que apenas podía mantenerse quieto, pero se mantuvo en el sitio, sosteniendo a Juliet, permitiendo que su olor y su calor lo volvieran loco de deseo.

Tras unos minutos, ella lo empujó en el pecho y lo miró a los ojos.

—Cole, me encanta nuestra relación física, pero no quiero que te confundas…

—Calla —la interrumpió él, poniéndole un dedo en los labios—. Lo entiendo.

—¿De verdad? —lo miró dudosa, y él tuvo un mal presentimiento —. ¿Lo entiendes o sólo crees que si sigues siendo el hombre perfecto yo acabaré enamorándome de ti?

Cole no pudo aguantar más. Había sido más que paciente, y no estaba seguro de cuánto tiempo podría seguir siéndolo. Tenía que

irse de allí y calmarse.

—Será mejor que me vaya —dijo al tiempo que se apartaba.

Ella recogió las braguitas y los pantalones del suelo y se los puso.

—Lo siento, Cole, pero…

—No tienes que pedir disculpas —dijo él entre dientes.

Se dirigió hacia el vestíbulo, seguido por Juliet.

—Cole, nunca fue mi intención que esto llegara tan lejos.

Tampoco lo había pretendido él. Al menos, no cuando se acostó con ella la primera noche. Pero se había enamorado de Juliet, así que ir demasiado lejos era el menor de sus problemas.

Juliet cerró con cinta adhesiva la última caja de material de oficina y la puso junto a la puerta para que Finn la llevase al coche. Any Ocassion había cerrado oficialmente su local en el Barrio Francés y volvería a abrir la próxima semana en la casa de su tía. La asociación de vecinos y el ayuntamiento le habían dado permiso para montar un negocio en el barrio más antiguo de la ciudad, y sólo quedaba instalar la oficina.

Finn volvió del coche y puso una mueca cuando vio la última caja.

—¿Eso es todo?

—Absolutamente todo —respondió ella, mirando alrededor por última vez para asegurarse de que el local quedaba listo para la inspección del nuevo propietario.

Mientras Finn llevaba la caja al coche, su teléfono móvil empezó a sonar. Era Rebecca.

—¡Buenas noticias, Jule! ¿Podemos vernos en la tienda de novias ahora mismo?

—Eh… Tengo que ir a instalar la nueva oficina con Finn.

—¿Crees que le importaría trabajar solo por un rato?

—No lo sé. ¿Por qué? —preguntó Juliet, insegura de querer oír la respuesta.

—¡Hemos adelantado la fecha de la boda! —gritó Rebecca.

Juliet no la había oído tan excitada desde que descubrió los martinis de manzana.

—¿Para cuándo? —preguntó, sintiendo que se le hacía un nudo en el estómago.

—No me odies. Queremos que sea a finales de octubre, dentro de cuatro semanas. ¿Crees que es posible?

Finn volvió a entrar y vio su expresión de pánico, pero ella le hizo un gesto con la mano para que esperara.

—Todo es posible —se obligó a hablar en tono ligero—. Pero no tendrás tiempo para preocuparte por los detalles… ni para ser quisquillosa con las flores o el vestido.

—Eso no me importa —aseguró Rebecca—. Pero por eso quiero que nos veamos ahora, para que podamos elegir ya los vestidos.

Juliet miró su reloj.

—Puedo estar ahí dentro de una hora, cuando haya inspeccionado el local con el nuevo propietario.

—¡Perfecto! Yo iré antes para ir viendo cosas, así que no te preocupes si te retrasas.

Juliet colgó y metió el móvil en el bolso. Finn la miraba impaciente.

—Era Rebecca. Tengo que ir a ayudarla a elegir los vestidos para su boda.

—¿Te vas y vuelves a dejarme con el trabajo sucio?

—Lo siento. Pero si no voy es capaz de comprar todos los vestidos de la tienda.

—Entonces será mejor que vayas, si no quieres marchar por el pasillo de la iglesia vestida de rosa con plumas y un lazo enorme en el trasero.

—Eso me temo.

El nuevo propietario del local llegó, y la inspección se realizó sin problemas. Juliet le entregó las llaves sin sentir el menor pesar. No echaría de menos aquel tugurio, tan entusiasmada como estaba por abrir el negocio en casa de su tía.

Quince minutos después, estaba metiéndose en el probador de la tienda de novias con Rebecca. Finn se había ido a llevar las cajas con Cole, quien la noche anterior había llamado para decir que iría a ayudar. Juliet aún se sentía incómoda por lo del otro día, pero al

verlo aparecer, tan guapo y perfecto, estuvo a punto de cancelar su cita con Rebecca. Por suerte para ambos, pudo contenerse.

—Bueno, ¿por qué esa repentina prisa por casarse? —le preguntó a Rebecca en el probador—. Por favor, dime que no estás embarazada.

—Pues claro que no —dijo su amiga riendo—. Simplemente, no podemos aguantar más esta relación a distancia.

Mientras hablaba, su amiga se desnudó y se probó el primer vestido, uno largo y blanco con flecos que a Juliet le recordó a las chicas atrevidas de los años veinte.

—¿Y qué va a hacer Alec? —le preguntó, subiéndole la cremallera —. ¿Va a hacer las maletas y venirse a Nueva Orleans?

—Sí, es una suerte que sea periodista autónomo. Así no tiene que preocuparse por cambiar de trabajo.

—Sí, es genial —dijo Juliet no muy convencida.

Rebecca se dio la vuelta y se miró en el espejo.

—Más te vale tener una opinión favorable si no quieres que elija para ti el vestido de dama de honor más horrible que pueda encontrar.

—Siempre he querido ser una chica atrevida de los años veinte. Creo que deberías quedarte con éste; así yo podré comprarme uno a juego de color rojo.

—Oooh… me gusta la idea —dijo Rebecca—. ¡Ya está!

—¿Qué?

—Haremos una boda estilo años veinte. Será genial.

—Si sigues haciendo planes a esta velocidad, tendremos que organizar la boda para la semana que viene.

—No me tientes —dijo Rebecca viéndose desde todos los ángulos, mientras Juliet buscaba entre los vestidos de dama de honor para ver si había alguno propio de los años veinte—. No veo que haya ninguno a juego con éste.

—Finn conoce a un modisto fabuloso. Quizá podamos contratarlo para que nos diseñe los vestidos que queremos.

Rebecca la miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Quieres contratar a un modisto para que diseñe el vestido de mi dama de honor?

—Diseña los trajes de las drag queens. Para esta gente no debe de ser muy fácil encontrar vestidos femeninos de su talla.

—¿Crees que estaría dispuesto?

—Creo que Finn podría convencerlo. Tiene métodos muy persuasivos.

—Finn es increíble… Siempre he pensado que es una lástima que sea gay.

—Sí, bueno, pero ahora tienes a tu propio hombre, así que no te preocupes por Finn.

Sacó el calendario de su bolso para anotar la cita con el modisto y comprobar su agenda para la próxima semana.

—Podemos vernos el miércoles para ir a la floristería. Necesitaré tiempo para buscar los adornos de los años veinte.

Rebecca estaba admirándose otra vez en el espejo, encantada con el vestido.

—Muy bien —se volvió hacia Juliet—. No sabes cuánto te agradezco que me ayudes con la boda. Sin ti estaría perdida.

—Para eso están las amigas.

—Sí, pero sé que no apruebas que me case tan pronto, y aun así me has ayudado sin criticarme.

—¡Pues claro que lo apruebo! —mintió Juliet, sintiéndose ridícula por decirlo.

Rebecca la miró con incredulidad, pero no dijo nada.

—Es sólo que siento un poco de lástima por mí misma, nada más.

—¿Sigues preocupada por salir a divertirte sola? —le preguntó Rebecca.

—No, tengo a Finn. Él aún no se ha casado.

Su amiga la miró con tristeza por un momento.

—Y puede llevarte a los mejores clubes nocturnos para gays.

—Sí, por eso quiero permanecer soltera. Por los clubes gays.

—Sabes a lo que me refiero. A veces apetece bailar sin estar rodeada por una bandada de buitres.

En eso su amiga tenía razón, pensó Juliet.

—¿Y qué pasa con Cole? ¿Seguís en la fase de diversión o ya es algo serio?

—Me está ayudando a reformar la casa, eso es todo —dijo, y a punto estuvo de ruborizarse al recordar las reformas del último fin de semana.

—Oh, vamos, no esperarás que me lo crea. Los hombres no prestan su ayuda a menos que quieran recibir algo a cambio.

—Él no es así.

—Todos son así —replicó Rebecca.

—Cole es distinto —insistió Juliet. Era más desconcertante que ningún otro y la volvía loca con sus teorías sobre el daño emocional. Pero era el hombre más agradable que había conocido en su vida.

—Si tú lo dices… Supongo que no podré convencerte de que haya una boda doble o algo por el estilo.

—¿Me prometes que seguirás saliendo conmigo de vez en cuando? ¿Incluso cuando lleves casada mucho tiempo?

Rebecca sonrió y le dio un abrazo.

—Hasta que seamos ancianas con bastón, nena.

¿Hasta que fueran ancianas con bastón? ¿Querría salir a divertirse incluso cuando llevara zapatos ortopédicos?

No, por primera vez se dio cuenta de que no quería.

Pero, de algún modo, y sin intentarlo, había conseguido convencer a todo el mundo de lo contrario.

Capítulo 13

Principio número 13:

Una mujer indecente toma lo que quiere cuando no puede conseguirlo por otros métodos.

Cole escuchaba a Finn mientras desembalaban las cajas, consciente de que estaba siendo objeto de una propaganda proJuliet. No le importaba. De hecho, le parecía genial que Juliet tuviera un amigo tan fiel. Finn se había pasado la última hora hablando de lo inteligente y maravillosa que era Juliet, y él había mantenido la boca cerrada. Él ya sabía lo fantástica que era, pero era interesante oír cómo la describía otra persona.

Sospechaba que Finn sólo intentaba preparar el terreno para sonsacarle información. Después de todo, ¿qué buen amigo no querría buscar los trapos sucios de un amante? Y sus sospechas quedaron confirmadas cuando Finn le preguntó en tono despreocupado:

—¿Y cuáles son tus intenciones con Juliet?

—¿Mis intenciones? —repitió Cole sonriendo, como si lo estuviera interrogando un padre protector.

—¿Vas en serio con ella?

—Yo sí, ella no.

Finn estaba sacando unos catálogos de una caja y colocándolos sobre la mesita.

—Creo que Juliet tiene motivos, si sabes a lo que me refiero.

—Lo sé —se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos. No podía ayudar a sacar cosas si no sabía cuál era su sitio.

—Pero eso no significa que no pueda ser conquistada. Sólo necesita al hombre adecuado.

Cole había estado seguro de ser aquel hombre, pero empezaba a dudarlo. Apenas habían hablado desde el incidente con la pintura, y seguro que si por ella fuera, no volverían a hablar nunca más.

En vez de acercarse, parecían estar cada vez más distanciados. Juliet hacía todo lo posible por evitarlo, y él no podía conquistarla si ella no quería ser conquistada.

—Puede que me esté metiendo donde no me llaman —dijo Finn—, pero suelo tener buen ojo con estas cosas, y creo que tú eres el hombre adecuado para ella. No abandones, ¿de acuerdo?

Cole asintió, sintiéndose un poco extraño al sincerarse con un desconocido.

—Aún no he abandonado.

La puerta principal se abrió y entró el sujeto de la conversación.

—Hola, chicos —saludó Juliet con una sonrisa.

—Hola, Jule —respondió Finn—. Estaba a punto de irme —miró su reloj—. He quedado para cenar.

—Gracias por tu ayuda —dijo ella—. La visita a la tienda de novias fue un éxito, pero puede que necesite tu ayuda para algo más.

—Puedo volver mañana, si quieres que te ayude a seguir desempaquetando.

—Gracias, pero me refiero a la boda de Rebecca. ¿Crees que podrías convencer a tu amigo el modisto para que diseñe el vestido de la dama de honor?

—Supongo que lo haría por un buen precio. Pero se negará rotundamente a hacer vestidos feos.

—Rebecca quiere una boda estilo años veinte. Estamos pensando en rojo, abalorios y borlas… algo verdaderamente impactante.

—Suena bien. Hablaré con él.

—Gracias, Finn. Te debo una.

Una vez que se despidieron y Finn se marchó, Juliet se volvió hacia Cole y suspiró.

—Espero que no te haya acosado mucho a preguntas.

—Sólo estaba cuidando de tus intereses.

—Me lo imagino.

Cole no sabía qué hacer ahora que estaban solos. Quería tomarla en sus brazos y llevarla al jardín secreto, donde la pasión borraría todas las dudas que Juliet tenía sobre él. Pero al mismo tiempo debía sincerarse con ella. Tenía que confesarle que su teoría sólo era una excusa para estar a su lado y… ¿por qué no?, decirle que la amaba. Si ella era la mujer de su vida, no se asustaría de sus sentimientos.

Cada vez que intentaba decirle la verdad, se le hacía un nudo en la garganta, o se enzarzaban en una discusión, o Juliet hacía algo para distraerlo. Y si no había otra excusa, bastaba con mirarla a los ojos para que lo abandonara el valor.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella—. Otra vez pareces sumido en tus pensamientos.

Aquélla era su oportunidad. Juliet se la había servido en bandeja de plata. Sólo tenía que abrir la boca y decir la verdad.

—Estaba pensando que…

—¡Oh, Dios mío! No puedo creer que hayas encontrado esto —exclamó Juliet, agarrando de la mesa un muñeco andrajoso de vudú, como los que vendían en las tiendas turísticas—. Es François, mi muñeco de la buena suerte.

—¿Se te había perdido?

—No lo había visto desde hace meses —lo dejó cuidadosamente junto al monitor del ordenador, y Cole se recordó que la oportunidad seguía abierta. Aún podía decírselo.

—Juliet, tenemos que hablar.

—Tienes razón —dijo ella volviéndose hacia él—. Te agradezco mucho la ayuda que me has prestado estas semanas y hoy también, y siento haber estado un poco distante…

—No me refiero a eso.

Una expresión de pánico cruzó los ojos de Juliet.

—No seas muy duro, ¿de acuerdo? Estoy estresada, y puede que no me comporte tan bien como debería.

—Juliet…

—Intento solucionar lo de la herencia de mi tía, dejar la casa preparada, trasladar aquí mi negocio, atender a mis clientes y sus fiestas, ayudar a Rebecca con su boda… Y supongo que no sé qué hacer con nuestra relación.

—Tengo algunas ideas —dijo él.

Ella sonrió pícaramente e ignoró su comentario.

—Deberíamos preguntarle a François. Sabe todas las respuestas —agarró el muñeco y lo miró—. François, siento que hayas pasado seis meses en una caja. ¿Me perdonas? —miró a Cole—. Dice que aún no está seguro —volvió a mirar al muñeco—. ¿Crees que podrías darme algún consejo?… Dice que escuchará nuestro problema, pero que no puede garantizar una respuesta… Cole y yo no estamos de acuerdo en el sexo. Yo creo que deberíamos hacerlo sin más compromisos, y él piensa que eso es imposible.

Cole la tomó de la mano y la acercó de un tirón, sujetándola por la cintura.

—¿Vas a dejar de luchar contra esto?

—No estoy luchando contra nada. Sólo estoy siendo realista.

—Pensar que podemos seguir haciendo lo mismo sin sufrir consecuencias negativas no es ser realista.

Juliet lo fulminó con la mirada y se soltó de su abrazo.

—Tienes razón. Eres incapaz de divertirte sin más. Siento haberte sobreestimado.

Aquello no iba como Cole había planeado.

—Será mejor que lo dejemos aquí, antes de que alguno diga algo de lo que podamos arrepentirnos —dijo él.

—¿Siempre tienes que ser tan condenadamente tranquilo? ¿Nunca pierdes los nervios?

Desde luego que sí, los había perdido en el momento en que conoció a Juliet.

—¿Te sentirías mejor si lo hiciera?

—Ahórrate la Psicología, ¿de acuerdo? Quiero que te comportes como un hombre normal que tiene una discusión con su novia, no como el doctor Cole Matheson… —se calló bruscamente, como si se hubiera percatado de su desliz.

El mismo Cole se había quedado atónito. ¿Novia? Eso era lo más cerca que Juliet había estado de admitir que eran algo más que amantes.

—No pretendo sugerir que yo sea tu novia —dijo ella—. Sólo quiero decir que…

—¿Te gustaría que me comportara como si lo fueras?

—¡No! —exclamó, roja como un tomate—. Sólo quiero que te comportes como un hombre y no como un psicólogo.

—¿No puedo ser las dos cosas?

—¿Ves a lo que me refiero? En vez de discutir conmigo, sigues haciéndome preguntas irritantes. ¡Los hombres normales no hacen eso!

—Entiendo que mis preguntas te parezcan irritantes si no quieres examinar tus actos.

—Oye, ya sé que te dije que participaría en tu investigación, pero no creo que esto funcione. ¿Puedes encontrar a otra persona a la que volver loca?

Por fin estaba clara su oportunidad. Allí, en aquel momento. Y ella ya estaba enfadada, así que no tenía que preocuparse por sus cambios de humor. Pero al confesarse estaría sellando su destino, porque ella no querrá volver a verlo.

—No, no puedo. Te deseo a ti —se acercó y le cubrió la boca con la suya.

Max siempre decía que cuando todo lo demás fallara con una mujer, la hiciera callar con un beso. Por una vez, le hizo caso a su hermano.

Juliet se puso rígida al principio, pero poco a poco se fue derritiendo contra él. Le rodeó el cuello con los brazos y canalizó toda su furia en un beso ávido y desesperado. Y Cole entendió rápidamente los peligros del método de Max, porque ahora quería mucho más.

Pero no podía. No en aquel momento. Tenía que ser sólo un beso, un simple roce, así que se obligó a separarse, aunque siguió abrazándola.

—Tenemos que dejar de hacer esto —dijo ella—. Siempre acabamos con problemas.

Tenía razón, pensó Cole, pero no podía dejar de desearla.

—El problema es que no paro de imaginarte desnuda…

—Mmm, eso es un problema —le apartó las manos de la cintura y las mantuvo en las suyas—. Ahora que sabemos que el sexo sin compromiso no funciona entre nosotros, ¿podemos ser amigos, al menos?

Cole se sintió cómo si lo hubiera golpeado en la garganta. Estuvo a punto de hacer un comentario sarcástico sobre las excusas que se daban al romper, pero se contuvo. Si no podía tenerla como él quería, entonces que al menos fueran amigos.

—De acuerdo —dijo, aunque no estaba seguro de poder soportarlo más de un día o dos.

Ella le ofreció una encantadora sonrisa.

—Estupendo. He estado pensando en Delia y Max. ¿Sabes si se han reconciliado ya?

—Ayer me pasé por su casa a robarles las fotos y el vídeo y seguían igual. Por cierto, tengo las cosas en el coche.

—Gracias por conseguirlo. Me encargaré de prepararles una pequeña presentación. ¿Puedes conseguir que Max esté aquí el viernes por la noche? Yo haré que venga Delia.

—El aniversario es el sábado, ¿verdad?

—Sí, así que si no podemos reunirlos el viernes por la noche, será un aniversario curioso —le soltó las manos y juntó las suyas—. Pero no nos preocupemos, porque seguro que nuestro plan funciona.

Cole sonrió al ver su entusiasmo. Sí, era una suerte tenerla como amiga. Aunque él deseaba más, mucho más que una simple amistad.

Max estaba sentado en el sofá con Cole, preguntando dónde estaba el televisor de pantalla gigante y por qué no estaban viendo el partido de béisbol que su hermano le había prometido. Si Delia no aparecía dentro de unos minutos, el plan se echaría a perder; pero aunque llegara a tiempo, no era seguro que cada uno no se marchara por su cuenta cuando se vieran allí.

Juliet se había pasado los dos últimos días preparando la fiesta de aniversario, y si no conseguían reconciliarlos esa noche, los encerraría en el dormitorio y no los dejaría salir hasta que hicieran las paces.

Mientras veía las fotos y el vídeo de la boda para hacer un montaje, se le habían saltado las lágrimas. A pesar de su determinación a permanecer soltera, podía ver que el matrimonio tenía cosas maravillosas. Y tenía razón con Delia y Max. Eran una de las mejores parejas que había conocido. Por eso quería que fueran felices de nuevo.

El timbre de la puerta sonó. Juliet le echó una mirada nerviosa a Cole y abrió la puerta para recibir a Delia.

—Tengo una sorpresa para ti —le dijo, justo antes de que Delia viera a Max en el sofá.

—¿Qué hace él aquí? Me voy —declaró, girándose hacia la puerta.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Max—. Si no hay pantalla gigante ni partido, me voy.

Juliet agarró a Delia del brazo antes de que saliera.

—Por favor, danos cinco minutos. Si después quieres irte, no intentaré detenerte.

Delia la miró con desconfianza, pero no dijo nada. Juliet cerró la puerta y soltó un suspiro de alivio por haber superado el primer obstáculo.

—¿De qué va todo esto? —exigió saber Max.

—Necesito que los dos os sentéis en el sofá —dijo Juliet con su sonrisa más diplomática.

Los dos la miraron como si estuviera loca, y Cole encendió el pequeño televisor que en modo alguno podía calificarse como «de pantalla gigante». Delia se sentó en el otro extremo del sofá, con la espalda rígida.

—Max y Delia —dijo Juliet—, ésta es la vida que habéis tenido juntos —apretó el botón del vídeo y la ceremonia de la boda apareció en la pequeña pantalla.

—No irás a hacernos ver el maldito vídeo de la boda, ¿verdad? —preguntó Max.

—Seguro que para ti sería una tortura, ¿no? —lo provocó Delia.

Juliet había previsto que al principio se resistirían. Presionó el botón de pausa.

—Ya basta. No quiero oír más peleas. Considerad esto como un pequeño paseo por la memoria. Si después de ver vuestra propia boda aún queréis sacaros los ojos, no seré yo quien lo impida.

—¿Tienes tú algo que ver en esto? —le preguntó Max a Cole.

—Puede que haya ayudado un poquito —respondió él sonriendo.

Max puso una mueca y se volvió hacia el televisor.

—Adelante, acabemos con esto de una vez.

Juliet volvió a presionar el play, y todos vieron cómo la ceremonia transcurría del modo tradicional. Delia llevaba un vestido precioso, y sus ojos brillaban de emoción y nerviosismo cuando miraba a Max con absoluta adoración.

Y cuando Max la miraba a ella, era fácil ver por qué su matrimonio había durado veinte años. Los dos se amaban de todo corazón, aunque últimamente hubieran estado mal.

Juliet sintió una dolorosa punzada en el pecho. ¿Alguna vez un hombre la miraría así a ella? Seguramente no. Mejor, así no tendría que soportar los inconvenientes del amor.

Entonces vio a Cole en el vídeo, con diez años, y el corazón se le derritió. Con su esmoquin negro parecía tan encantador y tan joven… Aunque en sus ojos y en su porte ya se adivinaba el hombre que sería.

La ceremonia acabó y el vídeo cambió bruscamente al banquete, donde los novios tenían su primer baile como marido y mujer. Los invitados rodeaban la pista de baile, mirándolos sonrientes, y Max y Delia sólo tenían ojos el uno para el otro.

Juliet sintió que alguien la observaba. Apartó la vista del televisor y se encontró con la mirada de Cole. Sonriente, asintió hacia Delia y Max, quienes parecían embelesados con el vídeo, como si estuvieran recordando lo felices que habían sido.

—Salgamos de aquí —gesticuló Cole con los labios.

Juliet asintió y se fue silenciosamente a la cocina. Al momento llegó Cole.

—Creo que la cosa marcha —dijo él tras cerrar la puerta.

—Al menos no han intentando estrangularse. Es una buena señal.

—En cuanto les enseñemos las fotos, lo habremos conseguido —fue hacia ella y la abrazó por las caderas. No era el gesto propio de un amigo, pero Juliet no lo apartó—. Lo has hecho muy bien. Gracias por ayudar a mi hermano y a Delia.

—No me des las gracias. Delia es mi amiga y quiero que sea feliz.

Juliet intentó ignorar el calor que la proximidad de Cole provocaba en ella. Intentó no pensar en lo que le gustaría hacer sobre la encimera en aquel momento. Estar a solas con él era demasiado peligroso, por mucha distancia que intentara poner entre ellos.

El sonido del vídeo procedente del salón se apagó, indicando el final de la cinta.

—Será mejor que volvamos antes de que empiecen a discutir de nuevo —dijo, agradecida por la ocasión para escapar.

—Sí —dijo él, mirándole la boca—. Será mejor que salgamos.

Ella se soltó y corrió al salón. Delia y Max seguían sentados, con la vista fija en la pantalla de televisión, que estaba en blanco.

—Lo siguiente es algo que he preparado especialmente para vosotros —dijo Juliet.

Sacó del vídeo la cinta de la boda y metió la que había preparado con las fotos. Se volvió hacia la pareja y los vio un poco incómodos, pero no furiosos.

En la pantalla apareció el fotomontaje, acompañado por una canción de amor que Delia le había dicho que era la canción de Max y ella. Las imágenes se sucedían lentamente, empezando por su noviazgo, su matrimonio, su luna de miel… Luego aparecieron sus hijos, las vacaciones familiares, las fiestas y los picnics en el parque. Vista desde fuera, la vida de Delia y Max parecía perfecta.

Perfecta para quien quisiera aquel tipo de vida, se recordó rápidamente Juliet. Ella, por su parte, estaba destinada a otro tipo de felicidad, igual que su tía. Una vida llena de esparcimiento y diversión, libre de las imposiciones sociales.

Pero de repente experimentó una extraña sensación en la garganta. La vida de Max y Delia, tan llena de amor, hacía que la existencia que anhelaba pareciera un poco… vacía. Por un momento se permitió visualizar su propio fotomontaje, con Cole de pareja. Su boda, su luna de miel, sus hijos, su felicidad.

Quizá, sólo quizá, pudiera tener aquella clase de vida y ser feliz.

Volvió a sentir que alguien la observaba. Esa vez era Delia. Sintió que se ruborizaba, pensando que su amiga podía haberle leído los pensamientos. Pero Delia le sonrió y siguió mirando la televisión.

El fotomontaje estaba a punto de acabar, y Juliet pensó que lo mejor que podían hacer Cole y ella para ayudarlos era volver a desaparecer. Lo miró y asintió hacia la cocina.

—¿Crees que está funcionando? —le preguntó él cuando se encerraron en la cocina.

—Incluso yo me he emocionado, así que tiene que haber surtido efecto en ellos.

—¿Tú? ¿Te has emocionado?

—Un poco —admitió ella sonriendo.

—Quizá debería aprovecharme de ti, ahora que puedo.

—Quizá deberías —respondió, pensando en cómo le gustaría que se aprovechara de ella.

Siguiendo un impulso, fue hacia él y lo besó suavemente en los labios.

—Eso no ha sido un beso amistoso —dijo él.

Juliet sonrió y apoyó la cabeza en su hombro, sin saber muy bien lo que quería.

—¿Crees que notarán nuestra falta si nos vamos arriba un rato? —preguntó Cole.

—Creo que debemos asegurarnos de que se han reconciliado, y entonces echarlos de aquí.

—Estoy de acuerdo.

Juliet abrió un poco la puerta y vio a Delia y a Max sentados el uno junto al otro en el sofá. Él la rodeaba con un brazo, y los dos hablaban en voz baja, seguramente pidiéndose disculpas. Y entonces se besaron y a Juliet se le encogió el corazón.

Cerró la puerta y se volvió hacia Cole con una radiante sonrisa.

—¡Victoria!

—Buen trabajo —dijo él, y la abrazó.

Quince minutos después, habían echado amablemente a Delia y a Max y Juliet se derrumbó en el sofá con un suspiro de satisfacción. Cole se sentó junto a ella y se puso sus pies en el regazo. Empezó a

masajearlos y Juliet decidió que era un hombre perfecto. No sólo era inteligente, guapo, un amante de ensueño y un fiel amigo, sino que además tenía unas manos increíbles.

No, se dijo, estaba muy lejos de ser perfecto. Tal vez tuviera muchas cualidades, pero utilizaba su título de Psicología como mecanismo de defensa, y pensaba que ella tenía problemas psicológicos.

Aun así, seguía teniendo unas manos increíbles.

—Pareces muy satisfecha contigo misma —le dijo él—. ¿Quieres hablar de ello?

—Ha sido un buen día, eso es todo. Estoy deseando celebrar la fiesta de mañana.

—¿Cómo es vivir de nuevo en la casa de tu tía?

—Extraño. Y maravilloso. Me siento como si ella estuviese conmigo.

—Tal vez lo esté.

Juliet cerró los ojos y se concentró en las manos de Cole, que se movían desde los pies hasta los tobillos y las pantorrillas. Quería mucho a su tía, pero había otras cosas en las que prefería pensar en aquel momento.

Como en arrastrar a Cole hasta su dormitorio.

Tal vez fuera un impulso absurdo… pero, después del trabajo tan duro, se merecía una última noche de sexo con Cole. Al demonio con sus planes de ser sólo amigos.

Movió el pie sobre el regazo de Cole, hasta el bulto de la entrepierna.

—Me gustaría que esta noche fueras tú el único que estuviese conmigo.

—¿Ah, sí?

—He terminado de preparar mi dormitorio. ¿Quieres verlo?

—Ésa es una invitación que no puedo rechazar —dijo él deslizando las manos por los muslos, pero había algo en su tono que la desanimó un poco.

—No pareces muy excitado por la idea.

—Hay algo de lo que debemos hablar antes.

—Primero vamos a pasarlo bien; hablaremos luego —se sentó sobre su regazo y le mordisqueó la oreja, ansiosa por olvidarse de todo lo demás.

—Juliet, de verdad… —empezó a protestar él, pero ella le cubrió la boca con la suya y lo besó con todo el anhelo y desesperación que llevaba conteniendo.

El efecto fue justo el deseado, porque la apretó contra él y le devolvió el beso con todo su afán e intensidad. Se desnudaron mutua y frenéticamente. Juliet temblaba como un flan, no podría descansar hasta que él estuviera en su interior y colmara su deseo.

De algún modo los dos acabaron en el suelo, sobre la alfombra persa de Ophelia, y a Juliet no se le ocurría un uso mejor para la vieja obra de arte que servir como colchón para la pasión. Rodeó a Cole con las piernas y él la penetró con una certera embestida.

Tenía el sexo húmedo y palpitante por él, y la sensación de plenitud fue más intenta y deliciosa que nunca. Tanto, que hasta pasados unos momentos de arrebato no se dio cuenta de que habían olvidado usar protección.

Los ojos de Cole estaban nublados por el deseo mientras la miraba y se movía, y ella supo que estaba muy lejos de percatarse del olvido.

Debería detenerlo, pero el deseo era tan fuerte que le impedía pensar con claridad. Cole empujaba una y otra vez, con el cuerpo tenso y empapado de sudor, y ella sólo podía aferrarse a él e intentar seguir su ritmo frenético.

Él la sujetó por la nuca y la besó con intensidad cuando ambos llegaron al orgasmo. Fueron dos explosiones simultáneas de placer, dos gritos de liberación al unísono.

Juliet cerró los ojos, incapaz de mirarlo, incapaz de enfrentarse a lo que podría ver en los ojos de Cole. Lo besó en el cuello, en el hombro y en la oreja mientras se calmaban los temblores del clímax. Y él, en vez de desplomarse sobre ella, la rodeó con los brazos y giró hasta tumbarse de espaldas. Así permanecieron, quietos y unidos, hasta que los dos volvieron a respirar con normalidad.

—Ha sido increíble —murmuró él, dándole un beso en la frente.

—¿Sabes por qué?

—Creo que me hago una idea —dijo, aunque no era cierto.

—No hemos usado protección.

Cole se puso tenso al instante.

—Oh, demonios… Lo siento. Estaba tan…

—No te disculpes. Ha sido culpa mía tanto como tuya. Me di cuenta casi al principio, pero no pude parar.

—Siempre he tomado precauciones —dijo él—. En mi último reconocimiento estaba sano.

—Yo también he sido siempre precavida. Es la primera vez que cometo un error así.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas quedarte embarazada?

—Todo es posible, pero gracias a Dios estoy tomando la píldora.

Cole la apretó con fuerza.

—Tengo que decirte una cosa, y no creo que vaya a encontrar nunca el momento adecuado.

—¿Por qué tengo la sensación de que no va a gustarme? —preguntó Juliet cerrando los ojos.

—Porque no va a gustarte. Te he mentido en algo.

Ella levantó la cabeza y le sonrió, intentando quitarle importancia.

—Si te refieres a todos los orgasmos que has fingido, tranquilo. Ya lo sé.

Cuando él no le devolvió la sonrisa, supo que, fuera lo que fuese, era algo serio.

—¿Recuerdas que te dije que yo había formulado la Teoría de la Relatividad Sexual?

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Sólo me inventé esa teoría para tenerte cerca.

Juliet parpadeó un par de veces, asimilando la información.

—Porque sabías que era el único modo de conseguir tenerme.

—Exacto —dijo él—. Y siento haberte mentido, pero no siento habernos dado una oportunidad para conocernos mutuamente.

A ella no le gustaba que la manipularan, y tenía la sensación de que así había sido. De repente, lo de la teoría sexual le pareció algo de lo más ridículo. Y además, ¿qué hacía un psicólogo organizativo formulando teorías sexuales?

—¿Juliet?

—De acuerdo… me has mentido. Gracias por decírmelo —no sabía qué más decir.

—Eso no es todo —dijo él.

—Si no te llamas Cole, voy a enfadarme de veras.

Él la hizo sentarse y le tomó las manos.

—Nada me gustaría más que subir a tu habitación y hacerte el amor toda la noche, pero hay algo que debes saber antes de que podamos hacer esto de nuevo.

—De acuerdo, suéltalo —le pidió, sin estar segura de querer oírlo.

—Todo este tiempo que hemos pasado juntos… no he podido verlo como una simple aventura. Desde el principio supe que me estaba enamorando de ti.

La traspasó con la mirada. Ella intentó apartarse, pero él la retuvo.

«Enamorando de ti».

Era exactamente el desastre que había querido evitar. La furia creció en su interior, pero no quería decir nada que pudiera herirlo más que la verdad… Y la verdad era que ella no lo amaba. No podía amarlo después de cómo la había manipulado.

—No sé qué decir —dijo, reprimiendo las lágrimas.

—Di que nos darás una oportunidad. Di que abandonarás tu absurda creencia de que tienes que estar sola para ser feliz.

Juliet apenas podía contener la ira.

—Nuestra relación se ha basado en una mentira. No puedo creerte.

—Siento no habértelo dicho antes, pero ésta es la primera vez que me siento seguro para hacerlo.

Juliet se levantó y lo miró furiosa.

—Has estado acostándote conmigo con falsos pretextos.

Él también se levantó e intentó acercarse, pero ella se apartó.

—Lo siento.

—Vete al infierno —le espetó.

—Juliet…

—Quiero que te vayas de mi casa —le señaló la puerta y lo miró de un modo que ponía fin a la conversación.

La expresión de Cole se oscureció, pero se vistió sin decir nada y lo mismo hizo Juliet.

—Te llamaré —dijo él—. Tenemos que continuar esta conversación cuando ambos estemos más calmados.

—Si me llamas, no responderé. Esta conversación se ha acabado, y nosotros también.

Cole fue hasta la puerta, pero antes de salir la miró una vez más.

—Te daré tiempo para que te calmes, pero no voy a dejar las cosas así.

—¡Fuera! —gritó ella.

Cuando lo vio salir del salón y oyó abrirse y cerrarse la puerta principal, se dejó caer en el sofá. ¿Por qué su vida amorosa se había complicado tanto cuando había hecho todo lo posible para que no fuera así?

La razón no importaba. Lo que importaba era que había estado en lo cierto. Las relaciones serias sólo creaban problemas. Y ella había tenido seriedad suficiente para toda una vida.

Capítulo 14

Principio número 14:

Una mujer indecente nunca pierde el control de sus emociones ni permite que éstas la controlen.

Delia miró a Max cuando éste siguió conduciendo en línea recta en vez de girar en el desvío a su barrio.

—¿Adónde vamos? —le preguntó. No habían hablado desde que salieron de casa de Juliet.

—Es una sorpresa.

Max tenía muchas cualidades, pero sorprender a su mujer no era una de ellas.

—Si estás pensando en comprarme un helado en el 7-Eleven no te molestes. Dejaron de gustarme hace veinte años.

—Confía un poco en mí, ¿quieres?

—Lo siento, pero no sé qué más hay en esta calle —de hecho, no tomaban aquel camino desde los tiempos de la universidad, cuando salían de la ciudad para ir a su lugar favorito.

¿Podría ser que Max la estuviera llevando allí?

Imposible. Apartó aquel pensamiento para no sentirse decepcionada cuando él se detuviera frente a una tienda de aparejos y le anunciara que iban a ir de pesca nocturna. Era realmente curioso lo que un hombre entendía por darle una sorpresa a su mujer.

Se recostó en el asiento y cerró los ojos. Aún estaba atónita por lo sucedido en casa de Juliet. Sus esfuerzos para que Max y ella se reconciliaran habían conmovido profundamente a Delia. Siempre consideraría a Juliet como su mejor amiga.

Las imágenes del fotomontaje y de las fotos que no había visto en años desfilaban por su cabeza, recordándole la emoción que sentía cada vez que veía a Max. Siempre había sido un hombre arrebatador, y Delia estaba encantada de que sólo tuviera ojos para ella.

Y por alguna razón, al tener y criar a sus hijos se había olvidado de lo afortunada que era al ser la única mujer a la que Max amaba, de ser su alma gemela.

Oyó el crujido de la grava bajo los neumáticos y abrió los ojos. Vio que habían abandonado la carretera asfaltada y que marchaban entre los árboles. Enseguida reconoció la ruta a su viejo lugar favorito. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Vamos a donde creo que vamos?

—Siempre he pensado que no aprovechábamos como es debido este coche tan espacioso. En vez de llevar a los niños detrás deberíamos…

—¡Max Matheson! —exclamó ella riendo—. No estarás insinuando que usemos el coche familiar para enrollarnos, ¿verdad?

—Nena, tengo pensado hacer mucho más que enrollarme contigo.

Detuvo el coche en un claro, el mismo que habían usado años antes, y apagó el motor. Delia experimentó una ola de calor desde las cejas hasta la entrepierna.

—Delia, cariño, siento haber descuidado la relación. Mereces que se te valore muchísimo más de lo que yo he hecho.

—Creo que la culpa es de los dos. Yo he estado centrada en los niños y tú en el restaurante. Hemos estado muy ocupados.

—Pues tenemos que arreglar eso. No quiero que los niños se vayan de casa dentro de unos años y que descubramos de repente que no nos queda nada en común.

—Tienes razón —dijo ella, consciente de lo cerca que habían estado de que aquello sucediera—. Tenemos que buscar más tiempo para nosotros.

—A partir de ahora, saldremos juntos todos los sábados por la noche.

—Pero el sábado es cuando más trabajo hay en el restaurante.

—Mi ayudante se encargará de eso.

Delia se quedó sorprendida de que Max estuviera dispuesto a hacer un sacrificio semejante. Durante años no había faltado al trabajo casi ningún sábado por la noche.

—Pero…

—Una cosa más —interrumpió él, tomándola de la mano—. Me avergüenzo de cómo ha estado la casa, y te prometo que, de ahora en adelante, los niños y yo vamos a colaborar en las tareas. Además, he contratado a una asistenta para que venga a limpiar cada semana.

Delia se había quedado sin habla.

—Gracias —consiguió decir—. Supondrá una gran ayuda para mí.

—Tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo —se inclinó y la besó con dulzura.

—Tengo que reconocer que echaba de menos este lugar —susurró ella.

—Yo también. Y ahora, vamos a probar el asiento trasero.

Unos minutos después, habían limpiado los asientos de trastos y material deportivo, y Delia no recordaba cuándo fue la última vez que se había sentido tan indecente. Para alguien que llevaba una rosa tatuada en la cara interna del muslo y que había disfrutado como nadie de las fiestas, darse cuenta de lo normal y tranquila que había llegado a ser su vida era un shock.

Pero no cambiaría su vida actual por sus días de locura. Sólo quería saborear su faceta aventurera de vez en cuando. Un poco de diversión con su marido.

Estaba a punto de pasarse al asiento trasero cuando él la detuvo.

—Espera un momento. Te olvidas de algo.

Delia se volvió y lo rodeó con los brazos.

—¿De qué?

—Está noche el cielo está nublado, pero ¿no se supone que tenemos que pedir un deseo a una estrella?

Las lágrimas volvieron a afluir a los ojos de Delia. Se había olvidado por completo de la pequeña tradición de su juventud: antes de hacer el amor bajo las estrellas, siempre pedían un deseo… la paz mundial, un orgasmo múltiple, un coche nuevo. El objetivo no era desear que se cumpliera, sino hacer reír al otro.

—Deseo que esta noche no nos interrumpa la policía estatal —dijo ella con una sonrisa.

Max se echó a reír al recordar el incidente con la policía años atrás.

—Deseo una vida entera de noches como ésta contigo.

La ayudó a quitarse la camisa y a los pocos minutos los dos estaban desnudos. Entonces él la llevó al asiento trasero y la besó en los pechos. Ella se arqueó hacia él y cerró los ojos para deleitarse con la sensación de placer.

—Eres más hermosa ahora que nunca— le susurró Max—. Olvidé decírtelo.

Ella sonrió y le entrelazó los dedos en el pelo mientras él volvía a besarla en un pecho.

—¿Alguna cosa más que hayas olvidado decirme?

—Sí —la apretó con fuerza—. Olvidé decirte cuánto valoro que seas una madre maravillosa, que hayas creado un hogar tan agradable y que no merezco tener una esposa como tú.

En veinte años de matrimonio, nunca le había oído decir aquellas cosas. Intentó tragar saliva para deshacer el nudo que se le había formando en la garganta.

—Lo mismo digo —dijo cuando consiguió recuperar la voz.

Momentos después, cuando Max la llevaba hacia el orgasmo como sólo él sabía, Delia agradeció a las estrellas que su pequeña huelga hubiera funcionado. Había echado de menos a su marido, y se juró que nunca más volvería a cuestionar la fuerza tan poderosa que los mantenía unidos a pesar de todo.

Asistir a la fiesta de aniversario de Max y Delia no era lo que más le apetecía hacer a Cole, y menos después de lo ocurrido la noche anterior.

Había calculado mal la reacción de Juliet. Sabía que valoraba la sinceridad, pero no se imaginaba que fuera a sentirse tan ultrajada y furiosa por la mentira. Nunca la había visto tan dolida, y tenía el presentimiento de que le había causado a la relación una herida que no cicatrizaría jamás.

Juliet había estado buscando una razón para romper, y él le había dado, no una, sino dos en bandeja de plata.

Estaba convencido de que su declaración de amor le había molestado incluso más que la mentira. Y él tendría que haberlo previsto. Toda su preparación psicológica no le había servido con Juliet, quien se regía por la excéntrica filosofía de su tía Ophelia.

Tenía que asumir que todo había acabado entre ellos. Pero aunque su cabeza lo comprendía, su corazón se negaba a aceptarlo. Por tanto, ir a casa de Juliet para el aniversario le supondría un enorme esfuerzo de voluntad. No quería ver a Juliet, pero al mismo tiempo deseaba desesperadamente verla.

A la luz del crepúsculo, la casa tenía un aspecto glorioso e imponente, con su fachada recién pintada y las luces brillando en las ventanas.

Subió los escalones del porche sin vacilar, dispuesto a poner toda su atención en la felicidad de Max y Delia y no en Juliet.

Dentro, ya se había congregado una considerable multitud, y en el salón se respiraba el cálido ambiente festivo que Cole siempre relacionaría con Juliet. Sabía cómo preparar una fiesta, de eso no cabía duda.

—¡Cole, querido!

Se volvió y se encontró con Jeannie Monroe, su ex novia. Su presencia lo desconcertó momentáneamente, hasta que recordó que Jeannie y Delia eran primas lejanas.

—Hola, Jeannie —la saludó, resistiendo el impulso de largarse de allí. Después de todo, Jeannie era una mujer muy atractiva y podría ayudarlo a olvidarse de Juliet.

No, de eso nada. Era demasiado mayor para jugar a los celos. Aunque, por otro lado, quizá tuviera que recordarle a Juliet lo que se estaba perdiendo…

—¿Dónde te has metido últimamente? —le preguntó Jeannie—. He intentado contactar contigo un montón de veces, sin éxito.

—Por ahí. ¿Por qué no me dejaste ningún mensaje en el buzón de voz?

—Odio dejar mensajes, es algo tan impersonal… Quería invitarte al yate nuevo de mi padre. Es precioso.

Cole forzó una sonrisa, y cuando vio a Juliet al otro lado del salón, se sintió como un canalla por poner la mano en el codo de Jeannie e inclinarse hacia ella para fingir que quería oírla mejor en el barullo de la fiesta.

—Me encantaría salir a navegar alguna vez —dijo. Era una burda mentira, y se preguntó si tal vez Juliet no se mereciera aquello.

La casa se llenó rápidamente de amigos y familiares de Max y Delia, y Cole se obligó a pasar la velada en compañía de Jeannie, intentando divertirla.

Lo cual era una estupidez, considerando que no podía quitarse a Juliet de la cabeza.

En un momento de la fiesta, Max lo pilló en el bar sirviéndose una bebida.

—¿Qué pasa contigo y Jeannie? Creía que estabas saliendo con Juliet.

Cole se encogió de hombros. No estaba preparado para confesar los sórdidos detalles de su vida amorosa.

—Juliet y yo no estamos juntos.

—Pero anoche…

—Lo de anoche fue un esfuerzo para conseguir que Delia y tú os reconciliarais.

—Y funcionó, te lo aseguro —dijo Max con una sonrisa enigmática —. Os lo agradezco.

—Fue todo idea de Juliet.

—Parece una mujer maravillosa. No puedo creer que la dejes escapar, hermanito —le dio una palmada en el hombro y se alejó.

Él tampoco podía creerlo, pero así era. Y ahora comprendía que nunca habían estado hechos el uno para el otro. De haberlo estado, Juliet le habría correspondido, así de simple.

Así de simple y así de doloroso.

Juliet no se había sentido tan desgraciada en una fiesta en su vida. Y no porque las cosas hubieran salido mal. La casa estaba más bonita de lo que podía recordar, el servicio de catering de Finn era todo un éxito y los invitados se lo pasaban de maravilla. Y uno en particular parecía estar disfrutando más de lo que a ella le hubiera gustado.

Se obligó a no mirar otra vez a Cole. Se había pasado toda la fiesta coqueteando con una hermosa mujer… la misma mujer a la que Cole había intentado evitar en su fiesta de cumpleaños, y que ahora lo miraba con una expresión descarada de lujuria y deseo.

Juliet quiso golpearse a sí misma por estar tan celosa. ¿Acaso no era eso lo que quería? ¿No había rechazado todos los intentos de Cole por conseguir una relación seria? ¿Y no lo había echado la noche anterior, convencida de que lo mejor para ellos era acabar?

En el fondo, sabía cuál era el verdadero problema. Se había permitido acercarse demasiado a él, y al final los sentimientos se habían visto implicados. Había sucumbido a los peligros del romance, y estaba sufriendo las consecuencias por haber violado sus más sagradas reglas.

Cole y ella habían terminado, y aquello era lo mejor. Le costaría un poco de tiempo superarlo, pero finalmente volvería a su vida libre de complicaciones.

—Jule, tenemos que hablar.

Levantó la vista del plato de aperitivos que había estado mirando intensamente y se encontró cara a cara con Delia, que se había convertido en su amiga del alma y que tenía un sexto sentido para saber lo que pasaba. Era la última persona con quien Juliet deseaba hablar en aquellos momentos.

—Estaba… eh… pensando si hacen falta más bocaditos de queso en la mesa.

—La comida puede esperar. Te aseguro que nadie va a morirse de hambre —la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia la cocina.

—Pero…

—Nada de «peros» —la cortó Delia—. Vas a venir conmigo.

Juliet odiaba hablar de temas sentimentales, sobre todo cuando eran sus sentimientos los que se analizaban.

—¿Y bien? ¿Te gusta la fiesta?

—La fiesta es perfecta, gracias. Y ahora dime qué pasa entre Cole y tú.

—Nada en absoluto.

Delia le clavó la mirada.

—Hace una semana erais inseparables, y ahora hacéis todo lo posible por evitaros.

Juliet se puso a juguetear con un trapo hasta que Delia se lo arrebató de la mano.

—Estoy esperando una respuesta.

—Ya sé que tenías grandes esperanzas puestas en nosotros, pero la verdad es, y Cole lo sabe, que no estoy interesada en una relación seria. Sólo quería divertirme un poco, y lamento si alguien ha resultado herido. No era mi intención hacer daño a nadie.

Delia frunció el ceño. Agarró la mano de Juliet y la sostuvo en las suyas.

—Parece que eres tú quien ha resultado herida, Jule.

—Sí, Cole parece estar divirtiéndose mucho —dijo ella, sorprendida del tono tan rencoroso que su voz había adquirido.

—Está fingiendo, de eso puedes estar segura. Nunca le ha interesado mi prima Jeannie.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, e inmediatamente se arrepintió. ¿No se suponía que tenía que mostrarse fría y despreocupada respecto a la vida amorosa de Cole?

—He visto cómo miraba a todas partes menos a ti, hasta que se aseguraba de que no estabas mirando, y entonces te lanzaba miradas furtivas.

—Aun así, todo ha terminado entre nosotros. Me mintió, y yo no soporto a los mentirosos.

—¿En qué te mintió?

—Eso tendrás que preguntárselo a él. Pero digamos que nuestra relación se basaba en un pretexto falso.

—Cole no es así —dijo Delia enarcando una ceja.

—Es mejor actor de lo que piensas.

Su amiga no pareció convencida, pero no siguió discutiendo.

—Gracias por la fiesta. No sabes cuánto significa para mí…

—No me des las gracias. Para mí es un placer ver lo felices que estáis Max y tú.

Delia suspiró.

—Sí, bueno, tendrías que habernos visto anoche, cuando nos fuimos de aquí.

Juliet sonrió. Tal vez ella fuera desgraciada, pero al menos la gente que le importaba era feliz.

—Ojalá tengáis otros veinte años, y otros veinte más, de felicidad matrimonial.

La puerta de la cocina se abrió y vio a lo lejos a Cole y a Jeannie, sonriéndose y riendo juntos. Se le hizo un nudo en el estómago y quiso echar a correr y llorar.

Delia y Max podían seguir felizmente casados. Ella seguiría soltera, libre y sin buscarse complicaciones.

Capítulo 15

Principio número 15:

Una mujer indecente nunca olvida que es una mujer, con sus necesidades y deseos. Y por encima de todo cumple los dictados de su corazón.

Si las risas y charlas del grupo de mujeres significaban algo, la Liga de Mujeres Indecentes había sido todo un éxito. Juliet volvió de la cocina con una bandeja llena de aperitivos y, tras dejarla en la mesita, se sentó junto a Audrey y Rebecca, que hablaban sobre la inminente boda de Rebecca.

El embarazo de Audrey estaba llegando a su fin, y a Juliet le sorprendió que hubiera acudido a la reunión, considerando que ya debía de haber dado a luz.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó cuando se produjo una pausa en la conversación.

Audrey puso una mueca y esbozó una sonrisa cansada.

—Como si tuviera dentro una sandía.

—Tienes muy buen aspecto —le aseguró Juliet, y lo decía en serio.

El día anterior, había visto a una mujer embarazada por la calle y se había quedado admirando el brillo que desprendía. Finalmente había comprendido por qué a la gente le parecía tan atractiva la barriga de una embarazada. Y aunque ella no quería estarlo, desde luego, podía apreciar la belleza de un embarazo.

—¿Sabes que mientes rematadamente mal? —dijo Audrey riendo.

—¡No estoy mintiendo!

—Tiene razón —intervino Rebecca—. Al verte me pregunto cómo estaré yo cuando me llegue el turno.

—Seguro que serás la embarazada más sexy del mundo —dijo Audrey.

Juliet se maravilló por no sentirse fuera de lugar en aquella conversación. Hace dos meses, le habría resultado impensable que Rebecca se quedara embarazada. En aquel momento, en cambio, parecía inevitable.

Había planeado que la reunión siguiera un modelo convencional de conversación y diálogo, pero todas tenían tantas ganas de hablar y tanto que decir que no quería interrumpirlas. Miró a su alrededor y vio a un grupo heterogéneo de mujeres intercambiando ideas y pasándolo bien.

El dolor que la había martirizado desde la fiesta de aniversario del pasado fin de semana había desaparecido como por arte de magia en la última hora, e incluso se sentía feliz. Pero si permitía que sus pensamientos volvieran a Cole, aunque sólo fuera por un segundo, la felicidad se desvanecía. Por eso se concentraba exclusivamente en sus amigas.

Delia estaba sentada al otro lado del salón, hablando con una de las antiguas compañeras de diversión de Juliet. Era increíble lo mucho que había cambiado su punto de vista sobre muchas cosas desde que conoció a Delia. En ella, tenía un ejemplo de maternidad, de lo que era llevar una vida en pareja sin perder en el proceso una parte importante de sí misma.

Miró a las otras mujeres y se dio cuenta de que podría decir lo mismo de cualquiera que estuviera casada y tuviese hijos. Todas eran mujeres dinámicas e interesantes… y tal vez ella se había protegido inconscientemente porque había sentido que se quedaba atrás.

—Pareces melancólica —le dijo Rebecca.

—¿Quieres ayudarme a preparar más café? —le preguntó ella con una sonrisa.

—Claro —respondió su amiga, y las dos recogieron las tazas y las llevaron a la cocina—. Bueno, dime, ¿qué te pasa hoy?

—Supongo que estoy así desde la fiesta de aniversario de Delia y Max.

—¿Viste a Cole en la fiesta?

—Sí, y fue horrible —admitió Juliet mientras preparaba el café—. No esperaba que fuera a sentirme así.

Rebecca la miró con el ceño fruncido.

—Aún no puedo creer que rompieras con él.

—Ya te dije que no estaba interesada en una relación.

—Pensé que sólo intentabas negarlo, pero que acabarías dándote cuenta de que serías más feliz con Cole que sin él.

¿Sería aquello cierto? ¿Sería más feliz con Cole? Parecía imposible que pudiera ser más feliz atada a alguien que siendo libre para hacer lo que quisiera, y sin embargo…

Tal vez aquello fuera la consecuencia por haberse implicado sentimentalmente. Había sido una ingenua al pensar que podía tener una aventura con alguien como Cole y que sólo su cuerpo se vería afectado.

—Ya sabes lo que pienso de las relaciones duraderas. Son muy complicadas… y siempre acaba alguien sufriendo.

—Para una amante de la diversión como tú, me resulta difícil creer que tu prioridad principal en la vida sea evitar los lazos emocionales. Piensa en todo lo que te pierdes.

—Si quiero una relación, será con alguien más fácil de tratar que Cole. Es un psicólogo, por amor de Dios.

—¿Y?

—Que siempre estaba analizando mis actos, y que usaba la palabrería psicológica como una barrera entre los dos.

A Rebecca no pareció convencerla el argumento.

—¿Por qué haría eso? Era obvio que estaba loco por ti.

—Porque está tan mal de la cabeza como cualquiera, sólo que él lo esconde tras su insufrible palabrería.

—Nadie está bien de la cabeza. Pero vosotros dos haríais buena pareja.

Juliet miró la cafetera, intentando imaginarse feliz con Cole. Hasta entonces había evitado aquella idea. Le parecía la clase de fantasía

estúpida que su tía habría declarado impropia de una chica moderna como ella.

Y totalmente impropia de la primera reunión de la Liga de Mujeres Indecentes.

—Si quisiera un novio, elegiría a un hombre que se comportara como tal, no como un psicólogo.

Rebecca siguió mirándola con el ceño fruncido, como si Juliet estuviera desperdiciando la oportunidad de su vida.

—Si es así como te sientes, de acuerdo. No sabía que fuera un tipo tan detestable.

Juliet pensó que debería protestar. «Detestable» era una palabra demasiado fuerte, y de ningún modo se le podría aplicar a Cole. Pero no se atrevía a defenderlo, no sin parecer más loca de lo que ya estaba. Lo que había dicho de Cole era cierto. Había levantado una barrera entre los dos con su palabrería psicológica, aunque ella desconocía la razón.

Tal vez fuera ella la culpable.

Tal vez él había sabido desde un principio que ella acabaría haciéndole daño y había usado la Psicología como única defensa.

El estómago se le revolvió y sintió el impulso de esconderse en su habitación.

—Lo siento —dijo Rebecca—. No debería haber sacado este tema. Se supone que esta reunión es para divertirse. Así que vamos a llevar el café antes de que alguien empiece a bailar sobre la mesa.

Juliet se obligó a sonreír. Rebecca tenía razón: estaban allí para divertirse. Volvieron al salón y carraspeó para llamar la atención.

—Muchas gracias por haber venido esta noche —dijo—. La Liga de Mujeres Indecentes tiene como objetivo crear un vínculo de hermandad entre aquellas mujeres que se atreven a derribar las barreras sociales.

—La única barrera que he derribado últimamente es el plástico que me separaba de mis chocolatinas —dijo Audrey, y todas se echaron a reír.

—En los próximos meses, me gustaría que dedicáramos nuestras reuniones a discutir los principios rectores de nuestro recién formado grupo. Se establecieron hace cuarenta años, cuando se creó la liga

original, y creo que hoy día siguen siendo igual de apropiados que entonces.

Tomó una pila de papeles de una mesa cercana y los fue pasando por el grupo.

—Vamos a discutir el primer principio, el cual no tiene que ver nada con el chocolate, me temo —dijo, mirando burlonamente a Audrey.

Rebecca lo leyó en voz alta:

—«Una mujer indecente sabe que el descaro es una virtud».

Juliet se había pasado casi toda su vida siguiendo aquel principio. Y sin embargo no le había servido con Cole, a pesar de haber bailado desnuda en su fiesta y habérselo llevado a la cama.

—¿Qué ejemplos se os ocurren para ilustrarlo? —preguntó Delia.

—Teniendo en cuenta mi estado —dijo Audrey—, nunca conseguiría lo que quiero si no se lo pido claramente a mi marido.

Todas estallaron en carcajadas.

—¿Y en otra situación menos obvia? —preguntó Rebecca—. Por ejemplo, una vez en mi trabajo…

Juliet escuchó hablar a su amiga, sintiéndose más triste de lo que le gustaría. ¿Por qué le había fallado el descaro? Había fracasado como mujer indecente.

Pero cuando miró alrededor, se dio cuenta de que, aunque hubiera fracasado, estaba rodeada por mujeres que la querían de todos modos.

Era algo por lo que debía estar profundamente agradecida.

Juliet llevaba varios días sin ganas de comer. Había pasado una semana desde la fiesta de aniversario, y no recordaba cuál fue la última comida completa que tomó. Ni siquiera en la reunión de la Liga del día anterior había probado los aperitivos.

La reunión había sido todo un éxito. Habían discutido animadamente sobre los principios rectores y todas se habían mostrado ansiosas por reunirse el mes siguiente.

Por todo ello, Juliet debería estar exultante. Había conseguido reencontrarse con sus viejas amigas y había revivido uno de sus

capítulos favoritos de la fabulosa historia de su tía Ophelia.

Pero no se sentía exultante, sino más bien perdida. Como si su vida hubiera dado un giro equivocado y no supiera encontrar el camino de vuelta a la senda correcta.

Después de mirar la despensa casi vacía, y constatar que seguía sin tener hambre, se sirvió una taza de café y subió al desván, donde pensaba pasar el día limpiando y ordenando todos los trastos que encontrara.

No sólo debería estar contenta por la Liga de Mujeres Indecentes, sino por todo. Las reformas de la casa estaban casi acabadas, había solucionado los problemas de la herencia de su tía y su negocio empezaba a remontar desde que se había instalado en su nuevo emplazamiento.

Su vida iba todo lo bien que podía, ¿o no?

¿No?

Cole y su maldita Teoría de la Relatividad Sexual. No sólo le había arruinado su plan para tener una aventura despreocupada con él, sino que le había arruinado sus posibilidades de volver a tener una aventura en su vida. Desde que había visto las dolorosas consecuencias, no podría acostarse con otro hombre sin echarse a temblar.

Lo mejor sería perder cuanto antes su adicción a los hombres. Ophelia nunca había aprobado aquella afición, así que su tía quedaría complacida si pudiera verla cuando por fin había comprendido el peligro de la imprudencia amorosa.

Dejó la taza de café sobre un viejo cofre y miró alrededor, preguntándose por dónde empezar. Lámparas, juguetes, cajas de sábanas, radios antiguas y otros muchos trastos. Decidió empezar clasificando los bártulos por categorías: para ser tirados, regalados o llevados a un anticuario. Abrió un baúl cercano, curiosa por ver su contenido.

Vio una tela blanca de satén, y al sacarla con cuidado vio que era un vestido de novia. Un vestido bonito y delicado de una talla tan pequeña que sólo podía haberle servido a su tía.

¿A su tía?

Lo observó con el ceño fruncido. Ophelia siempre le había dicho que nunca se había casado, y ella nunca había visto ningún certificado matrimonial en la casa.

Dejó el vestido sobre la superficie más limpia que pudo encontrar y siguió buscando en el baúl. Descubrió un par de zapatos blancos, guantes a juego y un velo. Y en un rincón del baúl había un diario. Lo abrió y reconoció de inmediato la letra de su tía.

La fecha de la primera página debía de ser de cuando Ophelia tenía dieciocho años.

Lo he conocido en el Baile de la Primavera.

Juliet leyó la descripción que hacía Ophelia de su encuentro con un hombre llamado Charlie, diez años mayor que ella, de cómo la había fascinado con su encanto, cómo había bailado con ella y cómo le había pedido volver a verla. El estilo de aquel diario no se parecía en nada al otro que había leído Juliet. La chica que había escrito aquello no parecía estar demasiado segura de sí misma, y seguramente soñaba con ideales románticos e imposibles.

Cerró el diario y contempló la cubierta, no muy segura de querer seguir leyendo. Los otros diarios de Ophelia habían sido escritos para ser leídos, pero aquello… aquello había sido escrito para un propósito muy diferente. Eran las fantasías de la joven que su tía había sido. Leerlas sería desvelar sus secretos más íntimos.

Parpadeó para reprimir las lágrimas y respiró hondo, intentando ignorar el olor a polvo y naftalina. Una parte de ella necesitaba conocer aquella faceta oculta de su tía, vislumbrar lo que había sido antes de convertirse en la formidable mujer que ella había conocido.

Con mucho tiento, y sintiendo mariposas en el estómago, volvió a abrir el diario y comenzó a leer. Una hora más tarde, seguía sin moverse del mismo sitio. Además de dolerle terriblemente la espalda se le habían dormido las piernas, y cuando dejó de leer, se dio cuenta de que tenía los ojos inundados de lágrimas.

Había leído el intenso noviazgo de su tía con el hombre que conoció en el baile, Charles Cantrell, quien la había venerado como un amante postrado a sus pies, y a quien Ophelia había adorado de una manera que Juliet nunca hubiese creído posible en su tía. Él la cortejó durante un año antes de que se comprometieran, pero

finalmente decidieron posponer la boda hasta que Ophelia terminara sus estudios.

Charles era militar en reserva, y cuando Ophelia estaba en el penúltimo año de la universidad, a él le notificaron que lo destinaban a la guerra de Corea.

Entonces decidieron casarse rápidamente, pero Charles fue llamado a filas antes de lo esperado, y la boda nunca pudo celebrarse.

Al principio Ophelia se puso muy furiosa, pero terminó aceptando la situación. Escribió lo mucho que admiraba el valor de Charles y el miedo que tenía por él. Más tarde, escribió que había recibido una carta suya después de haber sobrevivido a la batalla por la reconquista de Seúl, y en la página siguiente tan sólo había una escueta anotación.

En aquel punto Juliet había cerrado el diario, temerosa de leer lo que vendría a continuación. Podía adivinarlo. Pero al final la curiosidad la venció. Tenía que descubrir lo que había convertido a su tía en la mujer que fue.

Volvió a abrir el diario por la última página escrita y leyó:

Ayer recibí una carta de los padres de Charles, una carta que llevo esperando y temiendo desde el día en que se marchó a la guerra.

Murió en una emboscada a su convoy, y dicen que luchó con coraje hasta el final, aunque eso poco me importa ahora. Si pudiera volver atrás, habría preferido que fuera un cobarde en vez de ir a luchar con honor, pero pensar en lo que podría haber pasado no tiene ningún sentido.

Los sueños que tuve de nuestro futuro me parecen ahora absurdos, y sé que en este mundo no hay lugar para la chica de buen corazón que una vez fui.

Juliet hojeó las páginas en blanco siguientes, intentando sin éxito contener las lágrimas. Nunca había sabido nada del primer amor de su tía. Ophelia nunca había insinuado que hubiera amado tanto a un hombre ni que lo hubiera perdido en la guerra.

Se levantó del suelo y estiró los miembros doloridos. Aquélla era la pieza que faltaba en el rompecabezas de su tía. La que respondía a las preguntas que Juliet nunca había pensado en formular. Sin embargo, otras preguntas la asaltaron mientras bajaba las escaleras: ¿por qué su tía nunca le había contado nada? ¿La muerte de Charles la había amargado para el resto de su vida? ¿Y por qué nunca le había mostrado aquel lado triste a ella, su sobrina, a la que quería como a una hija?

Se sentó en los escalones y rompió a llorar, sacudida por un terrible sentimiento de soledad. Ophelia había sido una mujer muy inteligente, pero aquello no significaba que tuviera siempre razón. Y por culpa de la filosofía que le había inculcado, contraria al amor romántico y las relaciones duraderas, ella había cometido un error fatal con Cole.

Al pensar en Cole se le encogió el corazón. Ningún otro hombre la hacía sentirse tan deseada, tan querida, tan feliz…

Sí, incluso con su palabrería psicológica la hacía feliz. Ninguna de sus relaciones anteriores, en su búsqueda de la aventura perfecta, la habían hecho sentirse tan feliz.

Porque estaba enamorada de Cole.

La idea la golpeó como un rayo. No sabía si quería aceptar todo lo que el amor implicaba; el compromiso, la vulnerabilidad, la posibilidad de que le rompieran el corazón igual que le había pasado a su tía…

Se levantó y fue a la cocina, desde donde miró el jardín por la ventana. El tejado del cenador donde había hecho el amor con Cole se asomaba sobre los árboles. Pensó en aquella noche y todo lo que habían pasado juntos. Con él se había sentido más viva que nunca. Tal vez no despreocupada, pero sí en un nuevo y genuino nivel de felicidad.

Por fin estaba dispuesta a cambiar la despreocupación por aquella felicidad. Al pensar en el amor que su tía había perdido, supo que quería a Cole con todos los riesgos que aquello implicara. Lo quería en su vida, si él aún quería darle una oportunidad.

Tenía que pedirle que la perdonara.

Cole estaba sentado en el aula vacía, después de haber dado la clase menos inspiradora de su vida. En realidad, había perdido el entusiasmo en todo lo que hacía.

—¿Doctor Matheson? —lo llamó un estudiante junto al atril.

—¿Sí?

—¿Podría… podría echarle un vistazo a este trabajo y darme su opinión?

Cole asintió y tomó el trabajo. Lo hojeó por encima durante un minuto, hasta que notó que alguien entraba en el aula. Levantó la mirada y el corazón le dio un vuelco al ver que era Juliet.

Ella le sonrió y se sentó en uno de los pupitres del fondo.

—Si no te importa, pásate por mi despacho mañana por la tarde —le dijo al alumno—. Te devolveré el trabajo con las anotaciones pertinentes.

Cuando el alumno se marchó, Juliet se levantó y carraspeó.

—¿Doctor Matheson?

—Juliet —quería correr hacia ella y tomarla en sus brazos, pero ¿qué sentido tenía? Sólo de pensarlo volvía a sentir el vacío que lo mantenía despierto por las noches.

—Tengo un pequeño discurso, por si le gustaría oírlo.

Él sintió curiosidad, pero sabía que no había ninguna esperanza. No después de que Juliet se hubiera demostrado incapaz de tener una relación seria.

—Por supuesto. La escucho —se sentó en uno de los pupitres y Juliet se acercó al atril.

—Voy a presentar un informe de mis descubrimientos en la Teoría de la Relatividad Sexual —hojeó unas cuantas cuartillas antes de empezar, mientras que Cole se sentía cada vez más intrigado—. El sujeto número uno del estudio, Juliet Emory, inicialmente contrario a que una relación sexual estuviera unida a una intimidad emocional, fue convencido finalmente por la teoría—hizo una pequeña pausa—. De hecho, comenzó a ver los errores en su planteamiento del sexo y a desarrollar sentimientos significativos hacia el sujeto número dos del estudio, Cole Matheson.

—¿Qué clase de «sentimientos significativos» ha desarrollado el sujeto número uno? —preguntó él con desconfianza. Aquello no era precisamente una declaración de amor.

—Al principió experimentó rechazo y confusión, pero cuando tuvo tiempo para reflexionar, empezó a ver claramente que estaba enamorada del sujeto número dos.

—¿Enamorada? ¿Y el sujeto número uno está seguro? —preguntó Cole, con el cuerpo tenso. No quería que Juliet volviera sólo como una amante o una amiga. Lo quería todo de ella: amor, amistad, compañía… De ningún modo se conformaría con menos.

—Está completamente seguro, y lamenta mucho no haber entrado antes en razón.

—El sujeto número dos está más que contento con este resultado.

Juliet sonrió y se restregó el rabillo del ojo. ¿Estaría llorando? No, imposible.

—El sujeto número uno está dispuesto a cambiar sus equivocadas teorías sobre el amor y el sexo. Admite que la Teoría de la Relatividad Sexual es válida y que su salud emocional ha sufrido un impacto negativo por su anterior negativa a mantener algo más que sexo con el sujeto número dos.

¿Anterior? A Cole se le formó un nudo en la garganta que le impidió hablar. Quería decirle que la amaba y que no volvería a dejarla escapar.

—Lo siento, Cole —dijo ella con su tono de voz normal—. Sé que me ha costado mucho tiempo darme cuenta, pero te quiero.

Cole supo entonces que Juliet era la mujer de su vida. La vio bajar del atril y acercarse a él, con pasos vacilantes y mirada insegura.

Él se levantó y fue hacia ella. Se encontraron a mitad del pasillo y la abrazó. Aquella vez, no la dejaría escapar.

—¿Estás segura de que quieres esto? —le preguntó.

—Completamente —respondió ella, y la inseguridad desapareció de su expresión.

—¿Lo bastante segura para casarte conmigo?

Ella empezó a reír y los ojos se le llenaron de lágrimas. Lágrimas que Cole secó dulcemente con sus besos.

—¿Te estás declarando? —preguntó, una vez recuperada.

Él inclinó la cabeza y la besó. Quería olvidarse de todo salvo de ellos dos.

—Sí —susurró finalmente.

No importaba lo que ocurriera en el futuro. Sabía que nunca sería feliz a menos que se entregara a Juliet por completo. Tal vez ella no quisiera casarse, pero aun así tenía que pedírselo.

Juliet lo miró fijamente a los ojos.

—Sí —dijo—. Estoy lo bastante segura para casarme contigo.

Cole sonrió y volvió a besarla. Entonces la levantó en brazos y la sacó de la clase y del edificio, y atravesó el aparcamiento hacia su coche, entre las miradas de asombro de los estudiantes. Tenían mucho que hacer. La vida con Juliet era una fiesta que él no estaba dispuesto a perderse.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

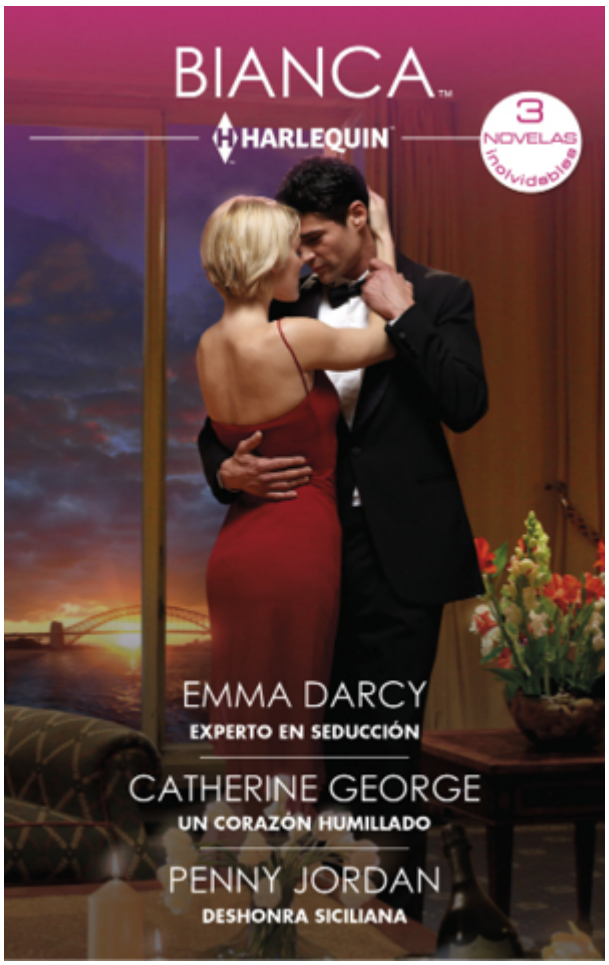


Table of Contents

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Si te ha gustado este libro…